



EL FUGITIVO

SELENA WINTERS

EL FUGITIVO

SELENA WINTERS

ÍNDICE

Lista de Reproducción

Nota del autor

1. Ivy
2. Ivy
3. Maddox
4. Ivy
5. Maddox
6. Ivy
7. Maddox
8. Ivy
9. Ivy
10. Maddox
11. Ivy
12. Maddox
13. Ivy
14. Maddox
15. Ivy
16. Maddox
17. Ivy
18. Maddox
19. Epílogo

Sobra del autora

—Para todas las chicas que desearían que Papá Noel les trajera un gran acosador tatuado que adora usar máscaras por Navidad...

LISTA DE REPRODUCCIÓN

“I Fucking Lust You”—D’african
“I Feel Like I’m Drowning”—Two Feet, Speed Radio
“Killshot — Slowed”—Magdalena Bay
“Meddle About”—Chase Atlantic
“Put It On Me”—Matt Maeson
“Obsessed”—zandros, Limi
“Chills — Dark Version”—Mickey Valen, Joey Myron
“Your Guilt Pleasure”—Henry Verus
“All Mine”—PLAZA
“Call Out My Name”—The Weeknd

PUEDES ENCONTRAR LA LISTA DE REPRODUCCIÓN EN SPOTIFY [AQUÍ](#).

NOTA DEL AUTOR

HOLA LECTORES,

Esta historia explora el romance oscuro y contiene contenido explícito que puede no ser adecuado para todos los lectores. Incluye temas de dominancia, comportamiento psicótico, posesividad y escenas maduras explícitas presentadas junto a asuntos delicados que pueden resultar angustiosos o desencadenantes para algunas personas.

Por favor, consulta esta lista completa de advertencias a continuación para información sobre posibles desencadenantes.

Aconsejo discreción al lector y recomiendo continuar solo si se sienten cómodos con los temas mencionados. Tengan por seguro que la historia termina en un final feliz asegurado sin cliffhanger ni infidelidades.

TRIGGER WARNINGS

- ASESINATO Y VIOLENCIA
- ACOSO
- COCKWARMING
- VOYERISMO
- JUEGO CON ARMAS (GUNPLAY)
- PRIMAL PLAY
- LA ASFIXIA ERÓTICA
- CONSENTIMIENTO NO CONSENTIDO
- JUEGO DE IMPACTO (IMPACT PLAY)
- CONSENTIMIENTO DUDOSO (CNC)
- DROGAS
- SOMNOFILIA
- ATADURAS
- ALABANZAS Y DEGRADACIÓN
- MÁSCARAS

IVY

VUELVO A RECIBIR EL BUZÓN DE VOZ DE PRESTON POR SÉPTIMA VEZ Y SALGO DEL ASCENSOR. MI novio se suponía que me tenía que recoger del yoga con nuestras maletas hace media hora para ir al aeródromo privado. El jet de mi padre nos está esperando para volar a Alaska de vacaciones románticas por Navidad. En cambio, estoy entrando pisando fuerte en el edificio de nuestro apartamento para arrastrar su culo fuera de la cama.

Preston y yo llevamos saliendo desde el último año del instituto. Seis años en total. Y estaba segura de que ya maduraría para estas alturas. Tenía la esperanza de que este viaje significara el siguiente paso en nuestra relación, sobre todo porque mi madre no para de soltar indirectas cada vez que la vemos. Quiere una boda que organizar.

Creo que la probabilidad de que me pida matrimonio es de un cero por ciento, considerando que ni siquiera puede recogerme del yoga a tiempo. Camino decidida hacia la puerta de nuestro apartamento, pero me quedo helada fuera al oír risitas.

Reuniendo todo el valor, rebusco torpemente la llave en el bolsillo y abro la puerta a regañadientes.

Y la escena que presencio quiero borrarla de mi mente para siempre. Preston está follando con una mujer voluptuosa y guapa inclinada sobre nuestro mullido sofá blanco, que elegimos juntos, pero hay otra chica también.

Se me revuelve el estómago cuando me doy cuenta de lo que está haciendo. Lleva un arnés y está follando a mi novio, ahora exnovio, por el culo.

Pero qué cojones...

La imagen se me graba en la retina. Y tras un milisegundo de dolor y tristeza, una ira abrumadora inunda mis venas. Es más intensa que cualquier cosa que haya sentido antes. El cabrón tendría que haberme recogido hace media hora para ir al puto aeropuerto y en lugar de eso me está poniendo los cuernos con dos tías.

El sonido de piel contra piel reverbera en el silencio mortal que sigue a mi entrada. Ninguno se ha dado cuenta todavía de que estoy ahí plantada.

Es una visión que ojalá pudiera desver. Una verdad que ojalá no fuera realidad. Pero es innegable que mi novio es un hijo de puta, y he estado demasiado ciega para verlo.

Mis puños se cierran y mis labios se convierten en una línea fina mientras doy un paso adelante, aclarándome la garganta. Y al instante, los tres me miran. Las dos chicas parecen confundidas, mientras que Preston palidece. Abre y cierra la boca intentando formar palabras en vano.

—Ivy, ¿qué haces aquí? —Se retira de la mujer con la que estaba follando y se aparta a toda prisa de la que le estaba follando a él.

Lo fulmino con la mirada. — ¿Me tomas el pelo? Aparezco aquí mientras follas con dos tías y me preguntas qué hago en nuestro puto apartamento?

—Mira, no es lo que...

—Déjalo, Preston —le digo con voz gélida, ocultando la tormenta de ira en mi interior. — No quiero oír ninguna gilipollez que salga de tu boca.

Me acerco pisando fuerte con los tacones. — Por lo que a mí respecta, lo nuestro se acabó — escupo, disfrutando de cómo palidece aún más su cara. Cojo las llaves del coche de la mesita lateral; la mano me tiembla. Ya preparé el coche antes de la clase de yoga, y me voy de vacaciones yo sola. A la mierda Preston.

Me sigue al dormitorio, donde pretendo coger el portátil, el cuaderno de bocetos y el bolso que dejé en la cama y le pedí que metiera en la maleta.

—Ivy, por favor, escúchame —me suplica, con desesperación en los ojos a medida que se le pasa la rabia.

Aparto la muñeca de un tirón cuando me agarra. —No hay nada que escuchar. No necesito hacerlo. Está claro que no estás satisfecho con nuestra relación. Y encima eres tan jodidamente estúpido que te tiras a dos tías en nuestro apartamento mientras estoy en yoga y cuando se supone que me tienes que recoger para ir al puto aeropuerto.

Su cara se vuelve furiosa y niega con la cabeza. — Bueno, si hubieras estado más abierta a tener más sexo y a experimentar, no estaríamos en este lío.

Entorno los ojos. — El sexo contigo no es precisamente placentero —le digo.

Se le tensa la mandíbula. — Pero ¿qué cojones estás diciendo? Siempre te hago llegar al orgasmo.

Me río. — Lo finjo cada vez. Hace años que no tengo un orgasmo de verdad cuando tenemos sexo. La verdad es que me has hecho un favor.

Doy media vuelta; llevo el portátil colgando de un hombro y el bolso del otro. — Que te vaya bien la vida.

—Ivy, hablemos de esto —intenta razonar Preston, con súplica desesperada en los ojos a medida que se le pasa la rabia.

—¿Hablar de qué? ¿De que me pusiste los cuernos con dos tías? No, gracias. —Le espeto, girándome y dirigiéndome decidida a la puerta. — Disfruta de tu trío, Preston.

No le doy la satisfacción de mirar atrás al salir.

Cuando entro en el ascensor, una oleada de emociones me invade de golpe. Tristeza. Sorpresa. Rabia. No sé cuál es más aguda. Solo sé que mi madre se va a poner hecha una furia cuando se entere de que cortamos.

Preston es el hijo de su mejor amiga, Jane. Nos apoya para que nos casemos desde que empezamos a salir. De hecho, creo que su injerencia es la razón por la que empezamos a salir en primer lugar. La familia de Preston es rica como la nuestra y su padre tiene una empresa multimillonaria.

Siempre he sido la 'chica buena', la hija cumplidora que siguió el camino trazado para ella. A pesar de que mi corazón nunca estuvo en ello, me dejé arrear a la carrera de Derecho. Mis padres son abogados de éxito y tenían en mente un futuro para mí que reflejara el suyo.

Lo veían como un paso lógico y una continuación de un legado, pero yo me he sentido atrapada. Nunca reuní el valor para expresar mi descontento, para rebelarme contra sus rígidas expectativas. Me sometí a sus planes, enterrando mis sueños bajo documentos legales y estudios de casos.

Visto el traje de una abogada en ciernes, pero en el fondo me siento una impostora, una

marioneta que se mueve por inercia. Esta no es la vida que quiero; no es la vida que elegí. Pero he tenido demasiado miedo para plantarme.

Por mucho que me guste la vida acomodada, nunca he disfrutado jugando al juego. Ser parte de la dinastía social a la que pertenecen mis padres, acudir a fiestas pretenciosas y dedicar a todo el mundo falsas sonrisas. Juego bien al juego, pero en el fondo, quiero salir de él.

Ha tenido que ser Preston mostrándome sus verdaderos colores y revelando que solo es otro personaje en la obra en la que me han encasillado. Una obra en la que ya no quiero tener ningún papel.

Mientras se cierran las puertas del ascensor, siento un gran alivio. Soy libre y me he desatado de una relación insatisfactoria basada en las apariencias más que en el amor. Soy Ivy St. Clair, la heredera, abogada y mujer de la alta sociedad, pero anhele amor, honestidad y respeto. Cosas que el dinero no puede comprar.

Me escuecen los ojos, pero me niego a derramar ni una lágrima. No lloro por haber perdido a Preston; lloro por

IVY

—BIENVENIDA, SEÑORITA ST. CLAIR. ¿PUEDO OFRECERLE ALGO DE BEBER? —PREGUNTA LA anfitriona.

Sonríó. —Tomaré una copa de pinot noir, por favor.

Ella asiente con diligencia, sin juzgar que son las once de la mañana. Normalmente, no bebería tan temprano, pero después de la mañana que he tenido, necesito algo para calmar los nervios.

La anfitriona regresa con mi copa de vino. —¿Puedo ofrecerle algo más?

Niego con la cabeza. —No, gracias, Alice.

—El capitán anunciará nuestro despegue en breve. Están terminando de cargar combustible al jet, y estaremos en camino.

—Estupendo —digo, forzando una sonrisa. Cuanto antes, mejor. No dudo que Preston llamará a su madre, Jane, para que se comunique con la mía. Y no quiero hablar con ella ahora mismo.

Mi teléfono empieza a vibrar, rompiendo el silencio de la lujosa cabina del jet. Miro la pantalla y pongo los ojos en blanco. Hablando del diablo. El nombre de mamá aparece en letras negritas en la pantalla. Doy un sorbo a mi pinot noir y considero dejar que la llamada se vaya al buzón de voz. Pero sé que eso solo empeoraría la situación. Respiro hondo y deslizo el dedo por la pantalla.

—Hola, mamá, qué agradable sorpresa —digo, con un tono empalagoso fingido.

—Ivy St. Clair, ¿dónde estás? —exige, con voz chillona.

—Estoy sentada en el jet, esperando que me lleve a Alaska.

—¿El jet de tu padre? —dice, con voz severa. — No, no vas a ir a Alaska sin Preston.

Trago saliva. —Es demasiado tarde. El jet está a punto de despegar.

—¡Te advierto que haré que le digan al capitán que dé la vuelta!

—Entonces iré al aeropuerto y volaré en un vuelo comercial —replico.

Jadea, como si hubiera sugerido probar a vivir en la calle. —No seas tan desagradable. Los St. Clair no vuelan en clase turista.

—Bueno, hay dos opciones. Dejarme ir a Alaska en el jet de papá, o volaré en un vuelo comercial.

Se hace unos momentos de silencio. —¿Qué vas a hacer tú sola en Alaska para Navidad? Mejor vente a casa.

Preferiría arrancarme los ojos antes que volver a casa para Navidad. No solo porque siempre es horrible, sino que será diez veces peor ahora que estoy soltera. Mamá siempre tiene a Jane en casa durante la Navidad, lo que significa que Preston estará allí. Me presionará para que vuelva

con él, que es lo último que quiero.

—Preston puede haber cometido errores, pero es tu pareja perfecta. Esto es una tontería.

—¿Pareja perfecta, eh? ¿Así es como llamamos ahora a los infieles mujeriegos? —replico; mi lengua es más afilada que una espada de doble filo.

—Todos los hombres cometen errores. Está en su naturaleza.

—Preferiría sacarme los ojos antes que volver a estar con él, ¿entendido? —gruño por el teléfono, con la imagen que me encontré reproduciéndose eternamente tras mis párpados. —Preston está muerto para mí.

—Estás siendo completamente dramática. Nada le impide seguirte hasta allá.

Me río. —No tiene ni idea de dónde reservé alojamiento porque no le importa nuestra relación. Así que buena suerte intentando encontrarme. —Aclaro mi garganta. —Voy a ir a Alaska. Sola. Y no hay nada que tú o Preston puedan hacer al respecto. —Cuelgo, sintiendo una extraña mezcla de euforia y temor. No dejaré que nadie más dicte mi vida.

En mi bolso está mi cuaderno de dibujo. Siempre que voy de vacaciones, trabajo en mis diseños.

Lo miro asomándose de mi bolso; su suave cubierta de cuero reconfortándome al tacto. Paso las páginas y cada trazo de color enciende una chispa de alegría dentro de mí que no había sentido en mucho tiempo.

Me detengo en el último diseño en el que estaba trabajando. Han pasado meses desde la última vez que me senté a disfrutar dibujando algo. Ahora parece tan buen momento como cualquier otro.

Muchas mujeres podrían hacerse añicos después de descubrir a su pareja engañándola. Pero no yo. En cambio, me siento como un pájaro liberado de su jaula.

He estado sonámbula en mi vida, haciendo lo que me dicen y viviendo una realidad que no quiero. Pero su traición es liberadora. Ha abierto mi futuro, revelando un horizonte lleno de oportunidades que nunca me había permitido soñar. Por primera vez en mucho tiempo, me siento viva. Me siento yo misma.

El capitán hace su anuncio. —Listos para despegar.

Sonrío, sentándome en mi asiento con mi cuaderno de dibujo.

No estoy completamente segura de lo que haré sola en Alaska en una cabaña grande, pero agradezco que tendré soledad y tiempo para pensar en mi vida y la dirección que está tomando. Quizás finalmente reuniré el valor suficiente para decirle a mi madre que dejaré de trabajar para Cravath, Swaine & Moore y perseguiré una carrera en el diseño de modas. Probablemente me desheredaría.

Me recuerda a mi pasión mientras agrego algunos detalles al vestido de gala que estaba dibujando. Diseño de moda. Mis diseños, o mis "garabatos," como Preston tan desconsideradamente los llamó, son una parte de mí. He reprimido una parte de mí todos estos años para encajar en el molde de la hija abogada perfecta que mi madre quería que fuera.

Pero en Alaska, estaré libre de tales expectativas. Libre para explorar esta pasión y convertirme en quien realmente quiero ser. El motor a reacción ruge a la vida, y siento que se me dibuja una sonrisa. Alaska, allá voy.

MADDOX

EL FRÍO DEL AIRE DE ALASKA ME TRASPASA, PERO EL FRÍO NUNCA ME MOLESTA. MI HACHA BAJA, partiéndola madera. No debería haber dejado este trabajo para el último minuto, pero nunca he sido bueno para hacer los trabajos a tiempo. Es un peligro ocupacional de vivir en algún lugar donde el tiempo pasa tan jodidamente lento.

Rechino los dientes porque no pasará mucho tiempo hasta que las personas que alquilan mi cabaña llegarán. Ivy St. Clair y su novio elegante la llamarán hogar para la Navidad. El pensamiento de las manos de su novio sobre ella es como un puñetazo en el estómago.

He matado antes, y mirando el hacha en mi mano, no puedo evitar entretener el pensamiento. La imagen de Preston King con ella clavada en su pecho me da un escalofrío de emoción. Su sangre pinta la nieve blanca limpia mientras Ivy mira impactada, y luego la perseguiría y la haría mía.

Sacudo los pensamientos asesinos, lanzando otro tronco a la pila.

Ivy.

Su nombre se ha grabado en mi mente desde que vi su foto en el sitio de reservas. Una obsesión que se encendió al instante. Es impresionante, como un sueño que no me atreví a conjurar. Pelo como hilo de oro y un cuerpo para morir. Mi polla se endurece. El frío no puede detener mi deseo por esa hermosa pequeña mocosa de fondo fiduciario. Mi deseo por ella no tiene ningún sentido lógico. Ella encarna todo lo que odio de la gente nacida con una cuchara de plata en su puta boca, y sin embargo me siento atraído por ella.

Dejo el hacha y me froto la mano por la entrepierna tensa. Aquí arriba, especialmente en invierno, puede estar solo. Y las chicas guapas como ella no suelen elegir el desierto salvaje para su lugar de vacaciones.

He tenido algunas chicas hermosas que alquilan el lugar, y un par se han metido en mi cama. Pero nunca me he sentido tan desesperadamente inclinado a follar a una de las chicas hasta que vi su foto. Y luego vi que la reserva era para ella y un tipo llamado Preston.

Quería estrangularlo hasta matarlo, y ni siquiera los había conocido. Temo que debería haber cancelado esta reserva. Cuanto más se acerca la fecha, más violentos se vuelven mis pensamientos sobre su novio. Y más perversas se vuelven mis fantasías sobre ese hermoso ángel, también.

Saco mi polla, ignorando el frío punzante, y la puño, gimiendo. La idea de tener a Ivy, la bonita pequeña mocosa de fondo fiduciario, me pone más duro que las uñas, especialmente después de asesinar a su novio. Sería jodidamente caliente. Y el lado enfermo y retorcido de mí también se pone duro pensando en cómo sería matarlo.

Cinco meses, eso es lo que he tenido que alimentar esta obsesión. Ahora, ella está a una hora

de poner un pie en mi territorio. Ivy y ese novio presumido suyo, Preston. Y no sé qué tipo de mierda se va a desarrollar. Sé que tengo que controlar mis impulsos primarios.

Gimo cuando la imagen de Ivy inclinada mientras la embisto se graba en mi cerebro. La sangre de su novio todavía está en mis manos mientras le nalgueo el culo, y ella gime mi nombre.

—¡Hola! —un voz suave y dulce resuena en el viento hacia mí.

Sin pensar, me doy la vuelta, con la polla todavía en la mano. Y ahí delante de mí, como si la hubiera conjurado con mi maldita mente, está Ivy. Sus ojos se ensanchan y bajan a mi polla. — ¡Oh Dios mío! Debo estar en el lugar equivocado —Ella gira —¡Lo siento mucho! Estoy buscando el refugio vacacional.

Joder.

¿Dónde está su novio?

Meto la polla de nuevo en los pantalones aunque se ha puesto más dura desde que ella llegó. —Puedes darte la vuelta. Este es el lugar. No debías estar aquí por otra hora.

Ella me enfrenta de nuevo, tragando saliva —Sí, calcule mal cuánto tiempo llevaría desde el aeropuerto. Resulta que Google Maps no funciona bien aquí. —Sus mejillas están rojo brillante, no por el frío. — Lo siento. Eres Alex, ¿verdad?

Niego con la cabeza y gruño. —Me llaman Maddox.

Su ceño se frunce. —Oh, en la reserva ponía...

—Ese es mi nombre legal, pero Maddox es como me llaman.

Ella asiente en respuesta. La gente no suele cuestionarlo. Mi identificación falsa, cuentas bancarias y puta vida me hacen Alex Henderson, pero no iba a abandonar mi verdadero nombre en la vida cotidiana.

—¿Dónde está el otro huésped?

Su mandíbula se tensa, y un destello de ira se enciende en sus ojos. —No viene. Solo soy yo.

Joder.

Es como si mis oraciones hubieran sido respondidas. Una oleada de alivio y oscura satisfacción me recorre.

Está sola. Solo estamos Ivy y yo. Sin novio que haga de protector. Nadie que escuche su grito.

Mi sonrisa debe ser feroz porque sus ojos se ensanchan, un inconfundible destello de miedo cruzando su rostro perfecto y sus impresionantes ojos verdes. Contengo mi emoción, el subidón de la caza obligando a mi corazón a latir contra mi pecho como un tambor.

—Bien —digo, con la voz áspera. — Es más tranquilo sin compañía. Así es como se debe disfrutar el desierto.

Sus ojos buscan en los míos, buscando garantías de que está a salvo, pero todo lo que mis ojos ofrecerán es la oscura promesa de lo que está por venir.

—Tenemos que instalarte —continúo. — Hay mucha leña para la chimenea. Te mostraré cómo mantenerla ardiendo. —La metáfora no se me escapa. Una vez una simple brasa, el fuego dentro de mí es ahora una llama rugiente. Una mirada a Ivy St. Clair, y no tengo intención de apagarlo.

Ivy está envuelta en un impecable parka blanco, la capucha forrada de piel enmarcando su rostro como un halo etéreo. Debajo de la mole del abrigo, que no está abrochado, puedo vislumbrar un ajustado suéter que delinea su voluptuosa figura. Se aferra a su cuerpo como una segunda piel, acentuando cada curva y contorno.

Sus piernas están enfundadas en jeans oscuros, los vaqueros abrazando sus muslos y

desapareciendo en botas altas forradas de pelo hasta la rodilla. Su atuendo grita chica de ciudad, pero la salvaje mirada en sus ojos hace que mi sangre hierva.

La forma en que se sostiene es casi embriagadora. Su vulnerabilidad es una llama. Soy una polilla atraída indefensa hacia ella. Ninguna mujer ha parecido tan fuera de lugar pero increíblemente atractiva. Ivy St. Clair es una visión, un espejismo tentador en este desierto helado, y me encuentro desesperado por beber de ella.

—Está bien, guíame —dice.

Paso junto a ella e inhalo, absorbiendo su dulce aroma a vainilla y pino con escarcha. Un perfume exótico que se aferra a ella e invade mis sentidos. Es enloquecedor, como ella. Ella me sigue obedientemente, sus botas crujen en la nieve fresca.

La cabaña aparece a la vista, y observo su reacción. Sus ojos se ensanchan, tomando los troncos toscos labrados a mano, la chimenea de piedra, los carámbanos colgando de los aleros como decoraciones de la naturaleza.

Construí este lugar con mis propias manos, cada tronco, cada clavo, un testimonio de mi perseverancia. Una fortaleza en el desierto, una escapatoria de la crueldad del mundo. Y una forma de proteger al resto del mundo de mí.

El ceño de Ivy se frunce. —¿Vives cerca de aquí?

Señalo hacia mi cabaña más pequeña a unos cien metros de distancia. —Vivo allí.

Su garganta se mueve. —Ya veo. ¿Y vives solo?

Me pregunto si mi bonito ángel quiere saber si tengo novia. Quizás le gustó lo que vio y no le importaría dar una vuelta. Descarto la idea de mi mente y ignoro su pregunta. —Vamos.

Me abro camino por los escalones del porche y abro la puerta principal de la cabaña, entrando en el vestíbulo.

El fuego crepita en la chimenea de la sala de estar. El contraste de temperatura con el exterior es inmenso.

Ivy suspira con agrado y se quita el abrigo, permitiéndome ver su hermosa figura. —Es hermoso, como las fotos. Y acogedor también. —Me regala una hermosa sonrisa.

—¿Por qué no está aquí tu novio? —pregunto.

—Cortamos. —Mantiene la cabeza alta.

—No es exactamente el lugar adecuado para una chica sola. Y esperamos quedar incomunicados por la nieve en Navidad. —Ladeo la cabeza, queriendo darle una salida. —¿Estás segura de que no quieres que te llame un taxi y cancele la estancia?

Ella busca en mis ojos y luego rápidamente niega con la cabeza. —No, estoy exactamente donde necesito estar esta Navidad.

No podría estar más de acuerdo, ángel.

—Bueno, bienvenida al desierto, Ivy —digo.

Ella se estremece, y no puedo evitar preguntarme si la afecto de la forma en que ella me afecta a mí. Mi mirada recorre su cuerpo, deteniéndose en la curva de su garganta donde late su pulso visiblemente. Está vulnerable, un cordero inocente en presencia de un lobo hambriento. El pensamiento envía una sacudida de crudo y primal deseo a través de mí.

—Es bastante simple. Tienes la cocina y el salón. Todo diáfano —explico. — Un dormitorio y un baño por ahí. Y otro dormitorio y baño arriba. Elige el que prefieras, porque ambos están preparados.

Ella asiente. —Gracias.

—Llené la despensa según la lista que enviaste, pero algunas cosas no se consiguen aquí arriba. Te reembolsé el dinero de los artículos que no pude conseguir.

Ella suspira. —Probablemente no necesitaré la mitad de ellos de todos modos, ya que solo soy yo. —Ivy se mueve tentativamente hacia el interior de la sala de estar, y soy muy consciente de la disminución de la distancia entre nosotros.

La observo conteniendo la respiración, odiando lo dura que todavía tengo la polla. Ninguna mujer me ha tenido este efecto. Me mira y sus ojos verdes son suaves, hermosos y llenos de una emoción que no acabo de identificar. Me pone nervioso y aprieto los puños con más fuerza.

—Te dejaré instalarte —digo con la voz áspera. Me doy la vuelta para irme, pero no antes de añadir: —La leña para la chimenea está almacenada en la parte trasera de la cabaña. Terminaré de partirla en la próxima hora.

La oigo murmurar algo por lo bajo.

—¿Qué ha dicho? —pregunto, mirándola de nuevo.

Sus mejillas se enrojecen. —Nada —dice demasiado rápido.

Arqueo una ceja. —No seas tímida ahora. Repite lo que has dicho.

Se muerde el labio. —He dicho que parecía que tenías mucho leño duro que manejar. —Su mirada es firme y mi polla palpita.

—Ten cuidado con cómo me hablas, ángel. Eres la primera cosa bonita que he visto en mucho tiempo. —Enfatizo el mucho, tratando de advertirle. Aunque no tiene sentido. Voy a tenerla, especialmente ahora que está aquí sola. Me cebaré en su vulnerabilidad sin un ápice de culpa. — Ya sabes dónde estoy si me necesitas. Que tengas una buena noche.

Me doy la vuelta y salgo de su cabaña, dejándola sola para que se instale.

No puedo evitar sentir una sensación de expectación. Ivy St. Clair, sola en mi cabaña de vacaciones. El pensamiento hace que mi sangre hierva. Esta Navidad será una para recordar por tantas deliciosas razones.

IVY

GUARDÉ MI QUINTO PAR DE ZAPATOS, SABIENDO QUE NO LOS USARÍA EN ESTE VIAJE. AUNQUE sabía que no saldría a ningún lado, tenía la intención de arreglarme para mi idiota de novio. Es patético, considerando que él nunca se esforzó por mí. La mitad de las cosas que empaqué no se usarán.

Tiro la maleta vacía al fondo del armario y me doy vuelta para mirar la habitación. El lugar es tan hermoso como me lo imaginé, pero está manchado por la realidad. Sola en Alaska para Navidad. Aunque, no estoy completamente sola. La cabaña de Maddox está sólo a unos cien metros de distancia. Me pregunto por qué no respondió mi pregunta sobre si vive solo.

Mirando esta cabaña, parece que fue decorada por una mujer o alguien aficionado al diseño, y Maddox parece un hombre de montaña rudo. Estaba muy emocionada de compartir una acogedora Navidad con Preston; ahora se siente anticlimático. Tomo la copa de pinot noir de la mesita de noche y me termino el resto, cerrando los ojos y pellizcando el puente de mi nariz.

No puedo quitarme la imagen de Maddox, mi anfitrión, acariciando su enorme polla. Es una vista que nunca olvidaré. Sus músculos se tensaron bajo su ajustada camisa negra mientras sostenía su polla y se dio vuelta para mirarme.

Cualquier pensamiento racional me eludió en ese momento. Maddox es enorme en todos los sentidos. Casi dos metros de altura, musculoso, cubierto de tatuajes, y tiene una polla que debe medir al menos veinticinco centímetros de largo y gruesa también.

Sacudo la cabeza, tratando de alejar las imágenes de mi mente.

¿Quién diablos se masturba afuera con este frío?

Es ridículo pero innegablemente excitante. Lo suficiente para prender mi piel en llamas de deseo. Salgo de la habitación trasera de la cabaña, habiendo optado por el dormitorio más pequeño de abajo porque es más acogedor, hacia la enorme sala de estar abierta.

Mis ojos se dirigen instantáneamente a las ventanas de piso a techo en el centro de la habitación. Afuera está completamente oscuro ahora, y no hay luces encendidas, pero siento que me observan.

La advertencia de Maddox se repite en mi mente.

Ten cuidado con lo que dices cuando estoy cerca, ángel. Eres lo más bonito que he visto en mucho tiempo.

El calor se enrosca en mí al recordarlo. Percibo que Maddox es peligroso, lo que sólo aumenta su atractivo. Diría que tiene poco más de treinta años y es precioso. Su cabello oscuro estaba peinado más largo arriba, corto a los costados, y su barba incipiente sombreada su mandíbula cincelada.

Es todo un hombre de una manera que Preston simplemente no lo es. Sus ojos hacen que mi

corazón revolotee porque son de un azul tan único.

Cuando lo vi de espaldas, sus músculos de la espalda tensándose bajo su camisa ajustada y el tatuaje en la parte posterior de su cuello, estaba instantáneamente mojada. Y ni siquiera había visto su rostro.

Mientras me muevo hacia la cocina y enciendo las luces de abajo del mostrador, me siento más convencida de que me observan. Mi coño está empapado, y necesito hacer algo al respecto. Y ahí es cuando tengo una idea loca. Si Maddox me está mirando, entonces es una locura; si no, simplemente me divertiré.

Camino hacia el dormitorio y me quito la ropa, agarrando un sexy camisón transparente que compré para el viaje. Me lo pongo antes de agarrar mi consolador. Vuelvo a la sala de estar y me siento en el sofá a plena vista de las enormes ventanas, separando las piernas y arrastrando la punta del consolador sobre mi clitoris. Me sobresalta porque estoy muy sensible.

Al instante, viene a mi mente la imagen de Maddox con su enorme polla en la mano. Espero que esté mirando, porque quiero divertirme mientras estoy aquí.

¿Por qué no?

Estoy segura de que Preston tendrá lo suyo, y no me importa de todos modos. La falta de desazón demuestra que nunca fuimos el uno para el otro en primer lugar. Maddox es el tipo de hombre que me ha atraído durante años, pero nunca puedo ser vista con un hombre así. Mamá probablemente le daría un infarto.

Estoy empapada mientras arrastro la cabeza del consolador a mi entrada, provocándome.

—Joder, — respiro, sin poder creer lo excitada que estoy. —Por favor, Maddox, — murmuro, apretando los ojos e imaginándolo entre mis muslos. El consolador no se acerca ni de lejos al tamaño de su polla, pero tendrá que funcionar.

Lo empujo dentro de mí y gimo, mis caderas se levantan del sofá. —Oh Dios. —

Mientras muevo el consolador dentro y fuera, aumentando el placer, imagino que es Maddox, y no puedo evitar gemir ante la idea. Juraría que puedo sentir sus ojos sobre mí, mirando mientras me doy placer. Me impulsa a ir más rápido y profundo hasta que puedo sentir que mi clímax se acerca, la sensación tan intensa que es insoportable.

—Maddox, — grito, mi voz es una súplica desesperada.

Sé que no puede oírme, pero tal vez pueda verme. Espero que lo esté. Dejo que el orgasmo me invada mientras mi cuerpo tiembla, prolongándolo. A pesar de la satisfacción que me recorre, hay una frustración persistente. Un deseo insatisfecho. Una necesidad de algo real, algo enorme y viril. Una necesidad de Maddox. Un hombre del que no sé nada.

Un golpe en la ventana llama mi atención hacia ella, y mi corazón salta hasta mi garganta. Salto, soltando el consolador.

Un hombre con una máscara de fantasma de Call of Duty me mira fijamente a través de la ventana. La reconozco porque Preston la jugaba todo el tiempo en su xbox en nuestro departamento. Incluso bromeé con que tal vez debería comprar una, y podríamos jugar en el dormitorio, pero dijo que era raro que yo quisiera eso.

Abro la boca para gritar, pero no sale nada. Estoy paralizada, con los ojos fijos en el hombre fuera de mi ventana. Una parte de mí tiene curiosidad, y una parte está asustada.

El hombre arrastra sus ojos por mi cuerpo, y me doy cuenta de mi error. El camisón transparente no deja nada a la imaginación. Podría estar parada aquí desnuda.

Sus ojos vuelven a mi rostro.

Hay algo en la forma en que me mira, incluso detrás de esa máscara. Está demasiado oscuro para distinguir el color de sus ojos. Pero la mirada en ellos es ardiente y voraz, como si quisiera

devorarme entera. No es miedo lo que me invade, sino curiosidad. Un oscuro deseo que refleja el que baila en sus ojos. No tengo miedo, no realmente. En cambio, estoy emocionada.

Quiero saber si es Maddox. Dos semanas enteras a solas en el desierto de Alaska con un hombre caliente y rudo al que le gusta usar máscaras. Dios, espero que lo sea.

Lentamente, aprieto el camisón transparente alrededor de mi cuerpo, tratando de provocarlo. El destello depredador en sus ojos me dice que he tenido éxito.

Y luego la realidad me golpea. Ni siquiera sé si es Maddox. Podría ser cualquiera. Tragó saliva con dificultad, mi corazón martilleando en mi pecho. ¿Qué diablos estoy haciendo?

A regañadientes, aparto los ojos del hombre fuera de la ventana y me apresuro a mi habitación. Una punzada de arrepentimiento me invade al instante porque estoy siendo una cobarde.

¿Estará el hombre enmascarado ahí cuando regrese? ¿Y por qué quiero que esté? La mayoría de la gente se asustaría al ver a un hombre mirándola a través de la ventana con una máscara a tantos kilómetros de la civilización, pero todo lo que siento es un cosquilleo de emoción.

Presiento que mi tiempo aquí en Alaska será muy diferente a lo que imaginaba.

MADDOX

NUNCA HE CORTADO TANTA MADERA EN MI VIDA, PERO ES LO ÚNICO QUE PUEDO HACER PARA sacar de mi mente la ardiente tentación a pocos metros de mí. Ivy está loca. La forma en que se puso ese camisón transparente y abrió las malditas piernas como si supiera que la estaba esperando entre las sombras, mirando.

Joder.

No he dejado de pensar en el espectáculo que me dio mi ángel. Estaba tan jodidamente mojada que ese consolador se deslizó dentro de ella como si nada. Era pequeño comparado conmigo, pero apostaría a que tomaría mi polla con facilidad.

Blandeó el hacha y gruñó, partiendo un enorme tronco en cuatro. No importa la energía que ponga en cortar leña. Mi polla está más dura que una piedra.

Cuando la vea, recibirá una reprimenda. Otros hombres viven y cazan en estos bosques. Si alguno de ellos la viera... Aprieto la mandíbula, sabiendo que me volvería loco si lo hicieran. Asesinaría a cualquier hombre que siquiera poseyera sus ojos en lo que es mío.

Es una zorra, eso seguro. Y la emoción en sus ojos no se me escapó cuando me vio con la máscara de fantasma. La mayoría de las chicas se asustarían, pero ella estaba tranquila, serena y, lo más impactante, intrigada.

Tiro el hacha y me seco el sudor de la frente, dándome la vuelta para regresar a mi cabaña. Y me detengo cuando veo a Ivy de pie ahí.

—Perdón por asustarte. Me preguntaba si sabes de algún buen sendero para hacer hiking.

Ladeo la cabeza. ¿Esperaba encontrarme masturbándome de nuevo? Si lo era, entonces con gusto le daría un espectáculo como el que ella me dio anoche. —¿Hiking?

—Sí —murmura, tirando de la manga de su parka. — ¿No es lo que la gente hace en Alaska?

Me río, pero sale frío. —En verano, seguro. Si quieres hacer hiking en invierno, mejor lleva tu sudario contigo.

Sus mejillas se sonrojan y desvía la mirada. —Claro, entonces, ¿qué hace la gente por aquí?

Se me ocurren algunas cosas que podría hacer con ella. No hay una mierda que hacer en invierno. Así es como es. Sin duda se imaginó un romántico viaje follando a su novio en cada superficie de mi cabaña. Tiene suerte de que cortaran, o lo habría asesinado.

—¿Aburrida? —le pregunto.

Traga saliva con dificultad. —Un poco, supongo. —

—No salgas a caminar para nada, ¿entiendes? —advierdo.

—¿Por qué? —pregunta.

—Porque es peligroso —digo, bajando la voz. — Porque no conoces estos bosques como yo. Son traicioneros, llenos de animales salvajes y trampas ocultas. Un paso en falso, y podrías no

volver. ¿Captas?

Sus ojos se abren. —De acuerdo, entiendo.

—Y una cosa más —añado, acercándome. — Aléjate de las ventanas por la noche, especialmente si planeas hacer más espectáculos.

Se sonroja furiosamente, pero sus ojos destellan desafiantes.

Doy un paso más cerca. —No soy el único hombre que vive por aquí. Y muchos de los que viven aquí te devorarían para desayunar y tirarían los huesos. — Es una advertencia macabra, pero es la verdad. No soy mucho mejor, pero ella no necesita saberlo.

—¿Esos hombres suelen llevar máscaras de fantasma? —pregunta, con los ojos centelleantes.

Rechino los dientes. —¿Qué insinúas?

Inhala profundamente. —¿Fuiste tú en mi ventana?

No estoy listo para revelar nada todavía. La construcción hacia el evento principal es parte de la emoción. —No sé de qué hablas. Ahora entra. — La traspaso con la mirada. —Hace un frío polar y no estás vestida para este clima. —

Sus ojos se estrechan. —¿Y tú sí? —Su mirada baja a la camiseta ceñida sobre mi pecho.

—Estoy cortando leña, así que me mantiene caliente. — La fulmino con la mirada. — Adentro, ahora. —

—No me di cuenta de que eras mi anfitrión y jefe. —

Mocosa.

Lo que daría por azotarle el culo por ser tan jodidamente desobediente. —Ahora—gruño.

Se pone las manos en las caderas. —No creo que me quede aquí. ¿Puedes conseguir un coche para recogerme y llevarme al aeropuerto mañana por la mañana?

Ni de coña Ivy se va a ninguna parte.

—No, el paso está nevado. Te dije que era algo habitual antes de que reservaras por correo electrónico. — Ladeo la cabeza, preguntándome si detectará mi mentira. — Estás atrapada aquí conmigo hasta Año Nuevo como pronto. —

Sus ojos se abren. — ¿Y los suministros? ¿Cómo vamos a...?

—No te preocupes por eso. Tengo suficientes raciones para que ambos duren meses. —

Su garganta se mueve al tragar. — Pero no vamos a estar atrapados aquí durante meses, ¿verdad?

Ojalá estuviéramos. Espero que estemos atrapados aquí para siempre, porque que se vaya no es una opción. — Es posible, pero improbable. —

Ella palidece, negando con la cabeza. — Tiene que ser una broma. —

—Si no entras ahora mismo, te llevaré sobre mi hombro. —

Ella considera discutir. Lo veo en sus ojos, pero cede y se da la vuelta, dirigiéndose a la cabaña. Sus caderas se menean en los vaqueros ajustados que lleva, haciendo que mi polla palpite. Si no me meto dentro de ella antes del día de Navidad, me volveré loco. Eso es en menos de una semana.

Sé que no puedo controlarme a su alrededor durante mucho más tiempo, y solo lleva veinticuatro horas aquí. Su presencia está despertando partes de mí que creía enterradas desde hace tiempo. Pero por nuestro bien, tiene que seguir mis reglas. Porque en este desierto, yo soy la ley.

La poca luz que hay aquí en invierno ya se ha ido, así que me dirijo de vuelta a mi cabaña. Ando de un lado a otro como un animal enjaulado. Sé que está ahí dentro sola y ese pensamiento me distrae.

Intento mantenerme ocupado, limpiando mis armas, afilando mis cuchillos, cualquier cosa

para mantener mis manos ocupadas. Pero la imagen de Ivy con los muslos separados y ese consolador enterrándose en su coño sigue pasando por mi mente. Me está volviendo loco, haciendo que mi sangre hierva con una infernal mezcla de lujuria y posesividad.

Me levanto y me alejo del banco de trabajo en mi garaje, cogiendo una de mis máscaras de la pared, una antigua máscara táctica que ha visto más que su parte justa de sangre y violencia. Recuerdo cada atraco, cada pelea, cada vida tomada. No estoy orgulloso de mi pasado, pero es parte de mí. No importa lo lejos que vaya en Alaska, no puedo escapar de él.

Me pongo la máscara y salgo al frío aire nocturno, caminando hacia la cabaña de Ivy. La noche ha descendido y la luna proyecta largas y siniestras sombras sobre la nieve. Hace tiempo que no me siento tan vivo. Aprieto los puños y me dirijo con paso firme hacia su cabaña.

Al acercarme, puedo verla a través de la ventana sentada en el sofá. Tiene las piernas dobladas debajo de ella mientras lee un libro. En el momento en que mis ojos se posan en ella, estoy más duro que el acero. Saco mi polla del pantalón y la agarro con el puño, gimiendo cuando el frío me golpea, pero nada puede apagar el fuego que arde en mi interior.

—Sigo observándola, mi mirada implacable e inquebrantable. Y entonces ella me presiente, igual que la noche anterior cuando me brindó un espectáculo. Echa un vistazo en mi dirección, pero no me verá. Estoy demasiado oculto entre las sombras del bosque circundante y envuelto por la oscuridad de la noche.

Por otro lado, ella está iluminada como el ángel que es. Y gruño, viéndola desenrollar las piernas y abrirlas de par en par para mí. Esta vez, es más instintiva mientras sube el dobladillo de su camisón hasta las caderas y luego se desliza los dedos dentro de sí misma, dejando caer la cabeza hacia atrás en el sofá.

—Joder, Ivy —gruño, mi voz un susurro enronquecido en la oscuridad, audible solo para mí. — Mírate tan preparada, tan ansiosa. —Mi mano trabaja mi polla, acompasando el ritmo de sus dedos hundiéndose en su coño empapado.

Mi voz se vuelve más grave, un susurro ronco que solo ella podría escuchar si estuviera a mi lado. — Eso es, Ivy. Mételes a esa dulce coñita tuya —pronuncio en la oscuridad. — Imagina que son mis dedos, ángel. Empujando hacia adentro y deslizándose hacia afuera. Te haría retorcerte, te haría gemir. Estarías hecha un lío gimiendo y suplicante. —Mi mano sigue acariciando mi polla, el ritmo implacable.

Mi mano libre se tensa, el aire helado no enfría el fuego dentro de mí. — No tienes idea de lo que te haría si estuviera ahí contigo ahora mismo —gruño.

La espalda de Ivy se arquea y ella se impulsa al clímax, su coño chorreando mientras se corre.

Joder.

La vista es todo lo que se necesita para hacerme llegar al límite. Y descargo mi carga en la nieve debajo de mí.

—Mierda —gruño, metiéndome la polla de nuevo en los pantalones antes de que el frío me alcance. Es estúpido llegar al clímax así afuera con este clima. Soy una criatura de impulsos, de instinto primitivo, y ahora mismo, cada instinto está gritando por ella. Me doy la vuelta a regañadientes, marchando de regreso a mi cabaña.

El aire helado del yermo de Alaska muerde mi piel, pero no es nada comparado con el infierno ardiente dentro de mí. La imagen está grabada en mi mente. Ivy está consumiendo cada resquicio de autocontrol que me queda.

Ya no puedo negarlo. La quiero. La necesito. Y no pararé hasta tenerla.

IVY

LA CABAÑA ESTÁ INUNDADA POR EL TENUE RESPLANDOR DEL FUEGO MENGUANTE EN LA chimenea, proyectando largas y monstruosas sombras por el suelo. Me acurruco más apretada en el sillón, sintiéndome vulnerable sola en la enorme cabaña de troncos.

El silencio es ensordecedor, interrumpido sólo por el ocasional chasquido y crepitación de la chimenea. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, cada latido haciendo eco del crudo deseo que Maddox ha despertado en mí. Lucho contra las ganas de tocarme, de darle otro —espectáculo. — Su ausencia en la ventana no significa que no esté observando. Presiento que siempre me observa.

Su indiferencia durante el día contrasta bruscamente con el crudo deseo que emana de él por la noche. Llevo aquí cuatro días y las últimas tres noches le he dado un espectáculo.

Anhelo más. Anhelo el tacto de Maddox. Las luces navideñas centelleando alegremente en el enorme árbol de Navidad se burlan de las tumultuosas emociones que se agitan dentro de mí.

A pesar de las interminables noches, no puedo evitar admitir que Maddox es lo más destacado de cada una de ellas. Es un antojo que no puedo saciar. Y mientras la nieve sigue cayendo afuera, cubriendo el mundo con un silencio apagado, manteniéndonos aquí juntos. Me encuentro preguntándome si estoy varada o si estoy exactamente donde se supone que debo estar.

El tono de llamada de mi mejor amiga, Aliyah — *Count On Me* de Bruno Mars — resuena en la cabaña. La melodía familiar desgarrá el silencio, sacándome de mis pensamientos y ofreciéndome un breve respiro de la tensión que ha sido mi constante compañera desde que llegué. Aliyah y yo nos hemos perdido las llamadas de la otra desde que dejé a Preston. Y finalmente, podemos hablar.

—¡Hola, Aliyah! —contesto.

—¡Oh Dios mío! —grita tan fuerte que siento que mi tímpano está a punto de estallar. — ¿Qué diablos está pasando contigo, chica? Un minuto me estás llamando y dejando un mensaje de voz sobre dejar a Preston, ¡y al siguiente tu número está fuera de servicio!

No me había dado cuenta de la magnitud de mi aislamiento hasta este momento. Pero en lugar de sentir pánico por estar incomunicada, siento una extraña sensación de calma. El mundo de Maddox es peligroso y desconocido, pero de alguna manera se siente como un hogar.

—Sí, las cosas han sido complicadas. Estoy en Alaska para las vacaciones. El servicio es irregular —respondo.

Hay una larga pausa. Luego, un incierto: —¿Estás bien, nena?

—Estoy más que bien —le digo, mirando hacia la ventana y el oscuro bosque. Hacia Maddox. — De hecho, nunca me he sentido más viva.

—Me alegro por ti. Tengo que admitir que nunca me gustó ese idiota de Preston.

Sonríó porque sé que me advirtió sobre él hace años. Debería haberle hecho caso, pero me cegó que todos pensarán que éramos la pareja perfecta.

Patético.

—A mí tampoco, Aliyah. Estaba tratando de convencerme de que estaba satisfecha. Pero ahora, he despertado de un largo y sin sentido sueño.

—Pero, ¿Alaska? ¿En serio? —Su voz me devuelve al presente. — Al menos podrías haberme llevado contigo a tu mejor amiga.

Me río. —Como si tu madre te dejara irte en Navidad.

—Me sorprende que la tuya lo haya hecho.

Trago saliva porque no es como si me lo hubiera permitido. —Le dije que me iba, y eso fue todo. El lugar estaba reservado para mí y para Preston, ¿por qué desperdiciarlo? —pregunto.

—Razón suficiente —dice.

—¿Estás de vuelta en Maine? —le pregunto. Los padres de Aliyah viven en Maine en un lugar igualmente hermoso. Rústico y agreste, aunque ellos son cualquier cosa menos eso. Su padre es un importante hombre de negocios y siempre está viajando. Me pregunto cómo su madre sobrelleva la soledad, porque es un lugar tranquilo donde viven.

—Sí, estoy de vuelta en casa —confirma Aliyah, dejando escapar un suave suspiro. El sonido queda amortiguado, ahogado por el incesante zumbido del calefactor de fondo. — Está muy tranquilo aquí, demasiado tranquilo. Ya sabes cómo es cuando mi padre no está, y mi madre se pierde en la jardinería. Es como si viviera con un par de fantasmas —su risa suena hueca. — Pero mis primos llegarán pronto. ¿Estás segura de que estás bien? Sola en la naturaleza, suena como la trama de una película de terror.

—Aliyah, no estoy sola —me sorprendo diciendo. Mi voz adopta un extraño tono. — Tengo a la naturaleza para hacerme compañía. No tienes idea de lo charlatanes que pueden ser los árboles. —Me río, lo cual se siente fuera de lugar en el silencio. — Y mi anfitrión no vive lejos si hay algún problema.

—Hablo en serio. Debes tener cuidado ahí afuera —me advierte. — Ya sabes lo impredecible que puede volverse el clima, especialmente en invierno.

—No te preocupes por mí. Estaré bien —le aseguro. Aliyah no sabe sobre Maddox, y no quiero decírselo. Sé que pensará que estoy loca. Después de todo, tenía su pene afuera cuando nos conocimos y me ha observado todas las noches, merodeando junto a la ventana con una máscara. No puedo creer lo caliente que es eso.

—Está bien, ten cuidado. Intentaré comunicarme contigo el día de Navidad. Pero si no puedo, feliz Navidad, Ivy.

Sonríó. Es poco probable que se pueda comunicar. Esta es la primera vez que mi celular tiene servicio en cuatro días. —Tú también, que pases una Navidad maravillosa.

Ella no dice ni una palabra más, terminando la llamada.

Dejo caer mi celular, mis emociones son un torbellino arremolinándose dentro de mí. Esa conversación fue mejor de lo esperado. Mi corazón todavía late con fuerza mientras me acurruco más profundamente en el sillón, la suave tela me envuelve. El silencio en la cabaña es ensordecedor, cada tic tac del reloj resuena en mis oídos.

Me muevo hacia adelante, tomando mi cuaderno de bocetos y abriendo mi diseño más reciente.

Es un vestido de gala pero todavía no le he puesto color. No puedo decidir de qué color debería ser, pero de repente me llega la inspiración. Azul pálido y frío como la escarcha de

Alaska. Y como los ojos de Maddox. Exactamente el mismo tono.

Me lo imagino a mi lado con un traje a medida y yo con mi vestido de gala, este vestido en una tela del mismo color de sus ojos mientras asistimos a mi primer desfile de moda. Tomo uno de mis lápices de colores y agrego el color, permitiendo que la inspiración me guíe.

Siento que me pierdo en el diseño mientras la poca luz diurna de Alaska mengua y la oscuridad envuelve el bosque de afuera. Una vez que estoy satisfecha con mi diseño, coloco el cuaderno de bocetos en la mesa de centro y me pongo de pie, estirando los brazos sobre mi cabeza.

Estoy segura de que puedo sentir la mirada de Maddox sobre mí. Una constante sensación de que estoy siendo observada.

Miro hacia la ventana, esperando y deseando a partes iguales ver su silueta. No está allí. La ausencia de su figura fisgona hace que la cabaña se sienta más fría y vacía. Me levanto sin rumbo del asiento y camino por la cabaña, con el corazón palpitando.

Todo en lo que puedo pensar es en Maddox y su personalidad taciturna. Es desesperante, la forma en que consume mis pensamientos y la forma en que me hace sentir. Estamos atrapados en un extraño baile. Un juego silencioso de mirar y esperar. Pero estoy cansada de esperar.

Esta noche, el espectáculo será diferente. Voy a atraer a Maddox al interior. He sido paciente y he cumplido mi papel en su juego, pero es hora de cambiar el guión. No soy Ivy, la mujer desconsolada que huye de su pasado. Soy Ivy, la mujer que no tiene miedo de defenderse y enfrentar las sombras que merodean en la oscuridad.

Esta noche, Maddox no solo estará mirando. Esta noche, todo va a cambiar.

MADDOX

LA OBSESIÓN MORDAZ EN MIS ENTRAÑAS SE RETUERCE MIENTRAS LA OBSERVO SOLA EN EL confinamiento de la cabaña. El silencio de la noche sólo se ve interrumpido por el suave zumbido de las cámaras de seguridad, dándome mi función privada de cada uno de sus movimientos. El hambre que he mantenido a raya amenaza con consumirme al presenciar su inquietud.

Tuvo un par de llamadas telefónicas. Una de ellas fue de su madre, y me sentí jodidamente orgulloso de la forma en que mi chica se enfrentó a ella. Resulta que su madre también estaba orgullosa y escuché porque la tenía con el altavoz. Vi lo que significó para ella cuando escuchó a su madre decirle eso.

Cuando la escuché decir que atrapó a su novio no con una chica sino con dos, quise arrancarle la cabeza. Todavía puedo. Pero ahora, ella está aquí conmigo, y él está a miles de kilómetros de distancia. Afortunado para él. Si se presentara aquí, lo asesinaría sin pensarlo dos veces. ¿Cómo se atreve a hacerla sentir que no es digna? Él no es jodidamente digno de ella.

Ya no es suficiente mirarla y disfrutar de momentos robados de placer voyerista. Anhele más que su imagen en una pantalla o detrás de la ventana. Quiero su sumisión, su miedo, sus gritos de éxtasis.

Me encanta escuchar cuando grita mi nombre durante el orgasmo y otra vez mientras duerme, perdida en sueños de placer que puedo hacer realidad esta noche. Me vuelve loco, la idea de enterrarme profundamente dentro de ella, reclamándola de la manera más primitiva. Esta noche, he decidido romper las cadenas de la restricción autoimpuesta y salir de las sombras.

Me pregunto cuánto ha pensado en mi polla desde que nos conocimos hace cuatro días. Parece una vida atrás. Siento una oleada de adrenalina. El viejo cazador en mí se está despertando mientras apago la pantalla de la computadora y me dirijo al garaje de mi cabaña.

Echo un vistazo a las diferentes máscaras que tengo colgadas en mi pared. Es una colección, eso seguro. ¿Cuál disfrutará más mi pequeño ángel?

Selecciono una máscara táctica de media cara porque quiero que sepa que soy yo detrás de ella. Y me la deslizo, mirándome en el espejo. Perfecto. Centrando mi atención en mis armas, las examino. Selecciono una pistola y compruebo que no esté cargada, antes de meterla en mi cinturón. Y luego me pongo unos guantes negros. Una vez listo, salgo a la fría noche, sólo para detenerme cuando veo las ventanas de la cabaña de Ivy.

Hijo de puta.

Ha cerrado todas las cortinas, bloqueando mi vista de ella.

Entorno los ojos. —¿A qué juegas, ángel?

Ya está. He tenido suficiente de esto, de todos modos. Espiar a través de ventanas y mirar en

cámaras es para aficionados. Ya no me conformo con ser un voyerista. Quiero formar parte del espectáculo en vivo, no de alguna reposición. Tal vez Ivy está tan aburrida de este juego del gato y el ratón como yo. Tal vez esté lista para lo real.

—Voy por ti, ángel, — gruño, una oscura emoción surge por mis venas.

El frío aire nocturno me pica la cara, cruzando la pequeña distancia de mi cabaña a la suya en segundos, agarrando mi llave del bolsillo de la chaqueta y deslizándome dentro. Es hora de que sepa la profundidad de mi deseo y los extremos a los que llegaré para reclamarla. Esta noche, soy un cazador.

Ivy está en la cocina. La oigo tirando ollas y sartenes. Sonrío y me deslizo en su dormitorio, sabiendo que no pasará mucho tiempo hasta que se vaya a la cama ya que son casi las diez y es como un reloj.

El enorme armario a un lado de la habitación es el escondite perfecto para sorprenderla. Después de no más de diez minutos de espera, entra en el dormitorio, suspirando pesadamente. La veo a través de las rendijas de la puerta, mordiéndose el labio y sacudiendo la cabeza. — Estúpida Ivy.

Me pregunto por qué se llamaría estúpida. Me enfurece. Y quiero castigarla por ello. Ella es perfecta. No estúpida.

Se quita la bata, y mi polla palpita cuando veo lo que lleva debajo. Un corpiño rojo de encaje sexy, ligeros a juego y cinturón, y cuando se agacha, me doy cuenta de que las bragas brasileñas que lleva puestas no tienen entrepierna.

Mierda.

¿Es esto lo que esperaba? ¿Atraerme dentro detrás de las cortinas cerradas? Está a punto de quitarse el corsé, tratando de desabrocharlo, cuando salgo del armario. —Para—, exijo.

Ella se congela, un escalofrío la recorre. Y luego se vuelve para mirarme. —¿Maddox? — respira mi nombre, y suena tan jodidamente dulce.

Su aroma a vainilla y pino es tan malditamente fuerte en este momento, arrojando una neblina sobre mi mente.

—Sí, Ivy, — respondo. Mis ojos recorren las curvas de su cuerpo desde atrás, el encaje rojo acentuando sus curvas y invitándome a entrar.

Su cara es una imagen de miedo y anticipación. Camino hacia ella, lento y con un propósito, haciendo que trague saliva. Su pecho se agita y sus pupilas se dilatan.

—Te he estado observando, Ivy, — confieso, sin romper el contacto visual. La alcanzo y trazo provocativamente un dedo por la piel expuesta de su escote. —Y ahora, estoy harto de mirar. —

Ella levanta la cabeza. —Estoy harta de ser observada. Quiero verte a ti. — Es una admisión atrevida. Especialmente considerando que llevo una máscara como algún tipo de criminal, pero no tiene miedo.

—¿No tienes miedo?

Ella niega con la cabeza. —No.

—Deberías tenerlo, — gruño. —No tienes ni idea de lo que has empezado. — La amenaza es tan real como el frío acero de la pistola que llevo, tan tangible como la media máscara que oculta mi rostro. No puedo esperar a ver cómo reacciona a mis juegos retorcidos.

—¿Por qué?

Sonrío detrás de la máscara. Mis ojos recorren la longitud de su cuerpo, haciéndola retorcerse. Oh, esto va a ser muy divertido. Ya puedo ver las preguntas formándose en sus bonitos ojos verdes.

—Soy un hombre malo, — admito.

Ella se lame los labios.

—¿Sabías que te estaba observando? — Le pregunto, mi voz baja una octava mientras me muevo hacia ella, un depredador acercándose a su presa.

Asiente. —Por eso lo hice.

Niego con la cabeza. —No me refiero a tus pequeños espectáculos en el sofá.

Su ceño se frunce.

—Tengo cámaras por todos lados en este lugar. Te he observado dormir, comer, jodidamente vestirme y dibujar en ese cuaderno de dibujo tuyo.

Sus fosas nasales se dilatan, y un destello de miedo se enciende en sus ojos.

Por fin.

—Eso te asusta? — Le pregunto, acercándome más a ella.

Traga saliva con dificultad, sus ojos muy abiertos. —¿Me has estado observando?

—Cada maldito segundo, — confirmo, mi voz áspera por el deseo. —Cómo te muerdes el labio cuando piensas, cómo tarareas para ti misma cuando cocinas. Te he visto tocarte en la cama mientras dices mi nombre.

Jadea, su cara se sonroja de un tentador rosado.

—¿Eso te excita o te asusta? — Le pregunto, cerrando la distancia entre nosotros.

Se tambalea un poco, separando los labios y mirándome a los ojos. —Es confuso. Tú eres confuso.

—¿Confuso? —Me río. Es un sonido oscuro. —No estoy aquí para ser comprendido, ángel.

—¿Qué quieres de mí?

La pregunta queda en el aire. Todo es la respuesta. Pero no se la doy. En cambio, me acerco más, agarrando la nuca de Ivy.

Su respiración se entrecorta.

—¿Lista para que el juego comience? — Le pregunto.

—Estoy lista, — susurra. Pero su voz tiembla, traicionando el miedo que está tratando tan duro de ocultar. Bien. El miedo hace esto más emocionante.

—¿Vamos a hacer esto por las buenas o por las malas?

Me encanta cómo sus ojos pasan entre mí y la puerta, los engranajes de su cerebro trabajando a toda máquina. Está considerando sus opciones. Esa es mi chica. Siempre pensando. Pero ha subestimado un factor crucial: no soy el chico bueno en esta historia. De hecho, estoy lejos de serlo.

—¿Qué quieres decir? — pregunta, ganando tiempo.

—Esto no es un cuento de hadas, cariño. Y no soy el Príncipe Azul. —

Me mira desafiante y luego sonrío, tomándome por sorpresa. —Bien, ya que estoy buscando un villano.

Su respuesta enciende algo oscuro dentro de mí, y no puedo evitar sonreír. —¿Un villano? Bueno, tienes suerte, nena, porque has encontrado uno. — Doy un paso más, invadiendo su espacio personal. Tan cerca, juro que puedo oler su miedo. —¿Estás segura de que puedes manejarme?

Su expresión sigue siendo desafiante. —Creo que la verdadera pregunta es, ¿puedes tú? — replica, las comisuras de su boca se curvan hacia arriba en una sonrisa.

Un rayo de excitación me atraviesa por su audacia.

—Averigüémoslo, ¿de acuerdo? — Susurro, atrayéndola contra mí. Puedo sentir cómo se acelera su pulso, cómo se entrecorta su respiración. Bajo mi cara enmascarada hacia la suya,

sabiendo que no puedo besarla, pero puedo hacer que lo desee. La habitación está en silencio, la tensión es espesa. No voy a esperar más.

El juego acaba de comenzar.

IVY

—TAN PRONTO COMO LAS MANOS DE MADDOX ESTÁN SOBRE MÍ, ME PIERDO. BUSCA EN MIS OJOS. Su media máscara me permite acceso sin restricciones a esos peculiares ojos azul pálido que destellan con deseo. Y sin embargo, la máscara sobre la mitad inferior de su rostro aumenta la emoción.

Nunca me había sentido tan excitada, incluso si este hombre es peligroso. Es lo que quiero y necesito ahora mismo. Romper con mi vida segura y aburrida y finalmente vivir.

—Maddox —suspiro, su nombre sale de mis labios como una súplica y una oración.

Sus ojos se oscurecen mientras su agarre se aprieta alrededor de mí. —Ivy —murmura de vuelta. — ¿Quieres esto?

Siento una oleada de valentía. —Sí —digo, sorprendiéndome con mi atrevimiento. — Más que nada.

Su mano enguantada acaricia mi rostro, la tela fría contra mi piel cálida. Y luego alcanza un cajón junto a nosotros, manteniendo su otra mano alrededor de la parte posterior de mi cuello. Saca un trozo de gruesa cuerda, sosteniéndola frente a mí.

Su mirada no se aparta de la mía. —Quiero jugar a disfrazarme —dice, las palabras teñidas con algo oscuro. — Una fantasía de violación. —La declaración cuelga en el aire entre nosotros como un desafío. — Es lo que disfruto.

Mi estómago se revuelve mientras cientos de preguntas zumban en mi cerebro. Muchas personas vienen a Alaska para escapar, y me pregunto de qué huye Maddox. ¿Qué oscuridad llena su pasado? Y sin embargo, no puedo evitar no importarme. ¿Y si mató, violó y mutiló a personas? ¿Y por qué eso me excita?

Un escalofrío recorre mi espina dorsal, no de miedo sino de anticipación. Nunca antes había considerado la fantasía de violación. Un hombre que me toma en contra de mi voluntad, pero mientras lo hago, algo ilícito cobra vida. Mis pezones se endurecen y mi coño se humedece.

¿Qué diablos está mal conmigo?

—No lo pienses demasiado —susurra, su mano enguantada todavía firme alrededor de mi cuello. — Tendrás una palabra de seguridad —continúa, — úsala, y todo se detiene de inmediato.

La idea es jodida, pero es nuestra jodida, y ahora mismo, no la tendría de ninguna otra manera.

—Está bien —suspiro. — ¿Cuál es la palabra de seguridad?

Su máscara oculta la mitad inferior de su rostro, pero puedo ver una chispa encenderse en sus ojos. —Escarlata —responde, su voz más profunda. — Cuando digas eso, todo termina. Sin hacer preguntas. —Desenrolla la gruesa cuerda que tiene en la mano.

A medida que la realidad de nuestro juego de roles propuesto se hunde, la exaltación se apodera de mí. Me encuentro inclinándome hacia la oscuridad con Maddox y asintiendo. Mi corazón se acelera mientras me ata las muñecas con la cuerda, sus acciones meticulosas y controladas.

La transformación es instantánea. Maddox, el extraño misterioso y calmado, se convierte en una bestia salvaje. Sus manos enguantadas, previamente suaves, ahora me agarran con una fuerza que me deja sin aliento.

Sus ojos arden con una intensidad que hace que mi corazón revolotee. Me empuja bruscamente contra la pared, su cuerpo firme contra el mío, sin dejar espacio para escapar. Y antes de que pueda pensar, la cuerda está tan apretada que me corta la piel.

Instintivamente me deslizo en el papel de víctima, mi corazón latiendo frenéticamente y la adrenalina fluyendo.

—No —escupo, retorciendo mis muñecas contra las ataduras, la cuerda áspera mordiendo mi piel. — ¡Detén esto!

Una risa oscura resuena en mi oído. —No hay forma de detener esto. Cuanto más luches, más dura se me pone la polla. —Presiona contra mí, y siento la evidencia de su erección contra mi trasero. — Voy a arruinar esa linda pequeña coño que me mostraste cada noche desde que llegaste.

Gimo, sin poder evitarlo.

—No sueñas muy renuente, ángel —gruñe.

Sus palabras encienden un fuego dentro de mí que lucho por contener. —¡No te dejaré! —replico, logrando retorcerme de su agarre.

Su gruñido de sorpresa es música para mis oídos. Intento correr, pero las ataduras en mis muñecas dificultan mis esfuerzos. La cuerda roza contra mi piel, pero ignoro la incomodidad, enfocándome en mi escape.

—¡Ivy! —gruñe Maddox, el sonido irradia amenaza. — No llegarás lejos.

Tropiezo, mi pie golpeando la esquina del sofá. La risa de Maddox resuena en la habitación, una sinfonía oscura de deleite. —Estás justo donde te quiero, ángel —se burla, su voz un susurro aterciopelado que me envía escalofríos por la columna vertebral. — Puedes gritar, y nadie te escuchará.

—¡Jódete! —escupo, tratando de ponerme de pie pero luchando sin mis brazos para empujar.

Maddox está sobre mí al instante. Sus manos agarran mi cintura y luego me levanta sin esfuerzo. Me retuerzo y pateo, mis protestas resuenan a nuestro alrededor, pero es en vano. Maddox es demasiado rápido y fuerte. Me carga sobre su hombro y mis luchas son fútiles contra su fuerza bruta.

—Revoltosa —murmura, su mano aterrizando una palmada fuerte en mi trasero. Chillo de sorpresa más que de dolor. — Me encanta una buena persecución, ángel. Pero no esta noche.

Me lleva a la habitación, haciendo que mi corazón lata contra mi caja torácica. Mi respiración sale en jadeos cortos.

—Esta noche —murmura, arrojándome sobre la cama, su rostro enmascarado cerniéndose sobre mí. — Esta noche eres toda mía. Vas a gritar y suplicar, y te encantaré cada maldito segundo.

Le creo. Esto ya es un millón de veces más emocionante que cualquier encuentro sexual que haya tenido en el pasado. Me lanza sobre la cama y luego agarra la cuerda, enganchando mis muñecas al poste de la cama, dejándome completamente inmovilizada.

—Mírate —musita, sus ojos escaneando cada centímetro de mi cuerpo escasamente vestido.

Usé esta lencería para él. Esto es lo que quería. Tentarlo a acercarse y unirse a mí. Nunca imaginé que esto es lo que se desarrollaría.

Los ojos de Maddox están encendidos, su mirada depredadora, examinándome atada en la cama. Una sonrisa diabólica se dibuja en sus labios, oscurecida por su máscara. —Eres hermosa, Ivy —gruñe. — Pero estarás aún más impresionante cuando haya terminado contigo.

Alcanza la parte posterior de su cinturón y saca una pistola plateada. Mi corazón palpita erráticamente y todo el oxígeno se escapa de mis pulmones.

¿Qué carajo?

—Maddox, q—qué... —Sacudo la cabeza, luchando por formar una frase.

—Silencio —gruñe, arrastrando el cañón de la pistola entre el escote de mis senos. — Haré lo que me dé la gana contigo.

De repente, la realidad de la oscuridad de este hombre me golpea. No tengo idea de lo que es capaz. Y aunque tengo la palabra de seguridad, no quiero que esto se detenga, pero estoy dividida. ¿Hasta dónde llegará? ¿Qué tan depravado es?

El frío metal de la pistola me envía un escalofrío por la columna vertebral mientras la pasa lentamente, deliberadamente sobre mi piel. Sus ojos nunca dejan los míos, manteniendo una mirada firme e intensa.

La mueve más abajo, trazando un camino entre mis piernas. Jadeo, mi cuerpo se arquea involuntariamente hacia el objeto frío y peligroso.

Maddox se ríe entre dientes. La pistola frota contra mi lencería sin entrepierna, la tela no ofrece barrera contra la escalofriante sensación. Está mal, pero mi cuerpo me traiciona, respondiendo al dominio de Maddox.

—¿Ves, Ivy? —arrastra Maddox, un dejo de locura en su voz. — Te gusta esto. Te gusta que te traten como una pequeña puta sucia y que te toquen contra tu voluntad.

No niego sus palabras. No puedo negarlas porque es la verdad.

El sonido de la tela ya sin entrepierna rasgándose rompe el silencio. Sus dedos son ásperos mientras los rasga más amplios, el frío aire de la habitación soplando sobre mi piel expuesta. Sus ojos se oscurecen aún más, bebiéndome. La anticipación es más de lo que puedo soportar, haciéndome retorcer en la cama, ansiosa por su siguiente movimiento.

Puedo ver a Maddox sonreír debajo de la máscara, intensificándose un destello predatorio en sus ojos. Lentamente, mueve el arma más abajo. El cañón, frío e inflexible, presiona contra mi clítoris, enviando descargas a través de mi cuerpo. No puedo evitar el gemido que se escapa de mis labios, mi cuerpo late con deseo.

—¿Te gusta eso, eh? —murmura. Mueve el arma en círculos lentos y tortuosos, avivando el fuego dentro de mí. La combinación de miedo y excitación es embriagadora. Me encuentro gimiendo porque mi coño está húmedo y deseoso.

Su risa es baja mientras juega conmigo, encendiendo y apagando el seguro del arma. El chasquido se ahoga con el sonido de los latidos de mi corazón en mis oídos, cada clic envía una nueva oleada de miedo y deseo a través de mí.

Luego me fuerza el arma dentro. Jadeo en voz alta, mi cuerpo se acomoda al frío y duro metal. —¡Espera! ¡Para! —Grito la súplica, aunque se siente tan bien. A pesar de que quiero esto, me asusta. No sé si el arma está cargada o si el seguro está puesto o no; la incertidumbre aviva el fuego que se está construyendo dentro de mí.

Un movimiento erróneo y toda mi vida podría terminar como el chasquido de un interruptor. Y sin embargo, confío en este extraño. Por loco que pueda sonar. Mi corazón late contra mi pecho. La sensación es paradójicamente aterradora y cautivadora, empujándome hacia el borde

del abismo. La oscuridad me hace señas y estoy cayendo en su trampa embriagadora.

Con cada empuje agonizantemente lento del arma, me adentro más en un mundo de depravación. Un mundo donde el dolor, el miedo, el deseo y el placer se difuminan en una masa indistinguible.

—Joder, Maddox —gimo, mi espalda se arquea. — ¿Qué me estás haciendo?

—Te estoy violando con un arma, y como una pequeña puta sucia, te encanta —responde.

Sacudo la cabeza, mechones de pelo azotando mis mejillas sonrojadas. El temblor en mi voz me traiciona: —No, por favor detente. —Pero mi cuerpo cuenta una historia diferente, retorciéndose para encontrar el metal escalofriantemente frío, anhelando más de este placer perverso.

Intento mantener la fachada, interpretando a la víctima de su papel depredador. A través de la tenue luz, puedo ver el brillo de satisfacción en sus ojos mientras me observa.

—Buena chica —respira, la máscara aún firmemente sobre la mitad inferior de su rostro, suma a su atractivo agreste. — Tengo un regalo para ti. —Saca su polla, y todo mi cuerpo se estremece.

Asumo que me va a follar, pero en cambio, comienza a masturbarse frenéticamente con su mano libre. La otra todavía estrellando el cañón del arma en mi ansiosa vagina.

—Córrete para mí —gruñe.

Hago lo que dice como si comandara mi cuerpo subconscientemente.

Me rindo al crescendo de placer. Un grito se arranca de mi garganta. El sonido es crudo y primal, cada ola de placer se estrella sobre mí con una intensidad que nunca antes había experimentado. Cada oleada punteada por la presión fría e implacable del arma, que es una antítesis escalofriante del calor que me recorre.

Escucho a Maddox gruñir, un sonido tan gutural que me envía otro escalofrío por la columna vertebral. Y luego rocía su semen sobre mi estómago.

Un jadeo áspero escapa de mis labios y me derrumbo contra las cuerdas, mi cuerpo agotado y temblando por mi violento orgasmo. Estoy en un estado de sobrecarga sensorial, luchando por comprender lo que sucedió.

—Buena chica —murmura, sus ojos azul hielo encendidos con un fuego que me quema. — Disfruté eso —murmura, alcanzando las cuerdas y soltándolas. — Duerme bien, ángel —respira, luego se va.

Cuando la puerta se cierra detrás de él, su ausencia se filtra en la habitación como una helada brisa invernal, siento decepción. En realidad no me folló, no con su polla. El placer perverso que compartimos, el arma dentro de mí, mi cuerpo marcado por su mirada lujuriosa, todo fue emocionante y enloquecedor. Pero no fue él. No fue el calor de su piel contra la mía o el ritmo íntimo de dos cuerpos entrelazados. Ese anhelo insatisfecho me roe mientras yazco allí, sola y cubierta con su semen.

Pero tengo esta sensación de certeza de que esto es el comienzo de un viaje inolvidable.

—A pesar de las circunstancias tan extrañas, no puedo evitar anticipar nuestro próximo encuentro con entusiasmo. Y no puedo evitar pensar que esta Navidad, aunque dista mucho de ser tradicional, podría ser la mejor hasta ahora.

IVY

ME DESPIERTO Y NOTO QUE APENAS HAY LUZ FUERA. DESPUÉS DE QUE MADDUX CRUZARA LA línea del voyerismo hace dos días, ni siquiera lo he visto. Ha estado encerrado en su cabaña, volviéndome loca. Es Nochebuena, y estoy decidida a sacarlo.

Todo lo que quiero desenvolver en la mañana de Navidad es a Maddox.

Desde que me folló con la pistola, me he sentido diferente. Cambiada, de alguna manera. Todavía puedo sentir el fantasma de su tacto en mi piel, la sensación fantasma de la pistola dentro de mí. Me siento viva.

Por un momento, cuestiono mi cordura. ¿Qué persona cuerda disfrutaría de un placer tan jodido? Pero, una vez más, la cordura está sobrevalorada. Mi ex era cuerdo, y mira a dónde me llevó eso.

Me río, envolviendo las sábanas más ajustadas alrededor de mi cuerpo, sabiendo que Maddox podría estar viéndome en este momento en sus cámaras. A pesar de no mostrar su rostro durante dos días, estoy segura de que me está observando. Y no tengo ni idea de dónde están exactamente en la cabaña, ya que las ha ocultado bien.

No le gusta cuando lo desafío, y me siento extrañamente desafiante en este momento. Es la única forma en que puedo pensar para sacarlo de esa maldita cabaña. Así que me levanto y me dirijo a la ducha, planeando dar un paseo por el bosque, aunque él me dijo que no lo hiciera. Me pregunto qué me hará cuando lo desafíe.

Una vez duchada, me visto con mi ropa térmica y la más abrigada, me pongo el anorak, los gruesos guantes de piel de oveja y el gorro.

—Es hora de explorar, — murmuro para mí misma.

Empujo la puerta de la cabaña, una ráfaga de aire helado me muerde la cara inmediatamente. La nieve cruje bajo mis botas cuando entro en el vasto y blanco desierto. Hay una hermosa belleza lustrosa en este bosque virgen e inmaculado que es tanto sereno como atractivo.

No miro hacia atrás, pero tengo la sensación de que Maddox me está observando. Una sonrisa retuerce mis labios. Si me encuentro con algún peligro, sé que estará detrás de mí. Es reconfortante. Me adentro más profundamente, el aislamiento de este lugar se siente empoderador en lugar de intimidante.

Sigo caminando, siguiendo un estrecho sendero de animales que me lleva a través de un arroyo helado. El hielo es grueso, brillando bajo los suaves resplandores del sol invernal, reflejando las desnudas ramas de los árboles que cuelgan sobre él. Me detengo, mirando hacia abajo en la superficie opaca, preguntándome qué vive debajo en la oscuridad fría y oculta.

Más adentro en el bosque, me detengo bruscamente cuando dos hombres, pareciendo que los habían arrancado directamente de una película de terror paleta, emergen de detrás de un grupo de

pinos cubiertos de nieve. Sus dientes desiguales brillan en sonrisas ásperas, sus anchas barrigas empujando contra las restricciones de sus camisas andrajosas.

—¿Qué tenemos aquí, Kevin? —pregunta uno de ellos, mirándome fijamente.

Trago saliva con dificultad. Maddox mencionó que no éramos las únicas personas aquí en esta área. Y ni siquiera consideré que me encontraría con alguien.

—Una cosa bonita perdida en el bosque, Ian —responde Kevin, extendiéndose una sonrisa dulcemente enfermiza por la cara. Su voz me envía un escalofrío por la espina dorsal.

—Un hermoso regalo de Navidad temprano entregado justo para nosotros en Nochebuena —dice Ian.

Mi corazón truena, pero me niego a dejarlos ver mi miedo. —No estoy perdida —replico bruscamente, mi tono impregnado de desafío. —Y te aconsejaría que mantengas tu distancia.

Ambos se ríen, un sonido que apesta a malas intenciones mientras avanzan hacia mí.

—Lo digo en serio —los fulmino con la mirada, preguntándome si salir corriendo. Si corro, nunca encontraré el camino de regreso. Tengo un terrible sentido de la orientación cuando estoy en pánico. Y aunque esperaba que Maddox me estuviera siguiendo, ya no estoy tan segura en este momento.

¿Fue todo en mi mente?

Es como si el frío me hubiera congelado en el lugar. Y mi mente ya no funciona.

—Agárrala, Ian —instruye Kevin.

Ian me toca la muñeca, y escucho un rugido detrás de mí. Un ruido de hojas secas se escucha desde el matorral detrás de mí, seguido de la voz profunda de Maddox, fría como el aire invernal: —Quita tus asquerosas manos de ella.

Las expresiones en ambos rostros cuando ven a Maddox no tienen precio. Apenas tienen un segundo para reaccionar antes de que Maddox esté sobre ellos, sus acciones rápidas y letales. Es horrible, pero a la vez fascinante, ser testigo de su poder crudo.

En un instante, Maddox se abalanza sobre Kevin, su puño cerrado conectando con la mandíbula de Kevin con un crujido enfermizo. Inmediatamente, Kevin se desploma en el suelo cubierto de nieve, con los ojos en blanco. Sin perder el ritmo, Maddox gira para enfrentar a Ian, su mano latigueando para agarrar la muñeca de Ian. La que todavía está en la mía. La retuerce en un movimiento brutal y áspero, haciendo que Ian grite de dolor.

Su agarre sobre mí se afloja, y jalo mi brazo. El siguiente sonido es una rodilla que se encuentra con el estómago de Ian y el golpe de un cuerpo que se derrumba en el suelo del bosque. Tan rápido como comenzó, termina. El único sonido en el silencioso bosque son las respiraciones entrecortadas del pecho de Maddox y los suaves quejidos de los dos hombres tendidos en el suelo.

Y luego mi corazón deja de latir cuando saca un cuchillo de su chaqueta, el metal brillando a la pálida luz del sol que se filtra a través de los árboles.

—Maddox, ¿qué estás...?

—Silencio —gruñe, su tono me sobresalta.

Antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, Maddox se para sobre los hombres caídos. Con un movimiento rápido y practicado, hunde la hoja en el pecho de cada uno a su vez. El silencio del bosque se rompe con sus jadeos por la vida, que rápidamente se desvanecen en la nada. Un escalofrío me recorre la espina dorsal, no por el frío sino por la realización de que Maddox los mató aquí mismo frente a mí.

Mi cuerpo debería estar lleno de terror, pero un calor inexplicable se eleva dentro de mí. Me siento atraída por la intensidad primitiva en sus ojos que promete peligro y protección. Mi

corazón se acelera, pero no de miedo. Es un latido frenético de deseo y necesidad.

Se vuelve hacia mí, su cuerpo recortado contra el brillo plateado de la luz del sol que se filtra a través de los árboles. Sus ojos, tan fríos hace unos momentos, ahora arden con un fuego que iguala el mío. El cuchillo cae al suelo, olvidado. Da un paso hacia mí. —¿Me tienes miedo ahora, ángel?

—No —respiro, mi voz ronca por el deseo. —No tengo miedo.

La comisura de su boca se curva en media sonrisa. —Llena de sorpresas, ¿no es así, Ivy St. Clair?

No sé por qué escucharlo decir mi nombre completo hace que mi estómago se revuelva. Tal vez porque lo vuelve demasiado real. Esto no es una dimensión alternativa aquí en la naturaleza salvaje de Alaska. Es la realidad, y mi cordura se está desvaneciendo.

Trago saliva con dificultad, observándolo acercarse a mí con sangre todavía manchando sus manos.

—Lo volvería a hacer en un abrir y cerrar de ojos —dice, y no hay duda en su voz. —Por ti, Ivy St. Clair, pintaría el mundo de rojo si eso significara mantenerte a salvo.

Sus palabras reverberan a través de mí, una mezcla potente de posesión y deseo que me atan a él más que cualquier cadena podría. Hace una pausa por un momento, y siento la vacilación.

Estaba obsesionado contigo antes de que llegaras. Tu novio tiene suerte de ser un bastardo infiel, o podría haber estado aquí y enterrado a seis pies bajo tierra también.

Una opresión se aprieta en mi pecho. Sus palabras deberían asustarme. Si Preston no me hubiera engañado, habríamos venido aquí juntos. Maddox está diciendo que lo habría matado y reclamado de todos modos. ¿Y por qué diablos eso me excita?

Él embiste aún más fuerte, enterrando su rostro en mi cuello. —Tan buena chica —respira. —Incluso la idea de tu tacto en la piel de otro me hace querer pintar el mundo con sangre.

Quizás porque Preston ni siquiera me ha hecho llegar en su polla, al menos no en los últimos cuatro o cinco años. Y el sexo que estamos teniendo ahora supera cualquier cosa que compartí con él durante los seis años que estuvimos juntos.

Entonces, sin perder el ritmo, vuelve a mí, su boca reclamando la mía en un beso febril mientras me golpea implacablemente.

Mi espalda se raspa contra la áspera corteza del árbol con cada embestida más profunda. Nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor a pesar del frío aire alaskano azotándonos. Gimo y lloriqueo, sintiéndome totalmente abrumada por el deseo.

Maddox gruñe. —Tus gemidos mientras mi polla se sumerge en tu coño son una maldita sinfonía.

Cada embestida empuja un jadeo de mis labios, el placer que me recorre es tan intenso que es casi doloroso. El ritmo primitivo de nuestros cuerpos es todo lo que puedo escuchar y sentir. Las manos de Maddox están en todas partes. Están en mis caderas, agarrando mi trasero, una mano llega para apretar mi pecho con la fuerza suficiente para arrancarme un grito agudo.

—Di mi nombre —gruñe en mi oído.

Y lo hago. Grito su nombre, mi voz haciendo eco a través del bosque. Nuestro acto es salvaje y sin remordimientos, haciéndome sentir una con la naturaleza que nos rodea.

—Eso te gusta, ¿no es así? —Continúa moviéndose dentro de mí. —Te gusta sentir mi polla dentro de ti. Dilo, Ivy.

No puedo evitar el gemido que se derrama de mis labios cuando angula sus caderas, golpeando ese lugar dentro de mí que hace que mi visión se nuble. —Sí, Maddox.

Un sonido, mitad gruñido, mitad risa, retumba en su pecho. —Esa es mi buena chica. Fuiste

hecha para mí, Ivy. Solo para mí. ¿Lo sientes? Ahí es donde perteneces, en mi polla.

Mi cuerpo reacciona instintivamente a su posesividad. —Solo tú —gimoteo.

—Así es —gruñe Maddox, apretando su agarre en mis caderas. —Tan buena chica.

Con una repentina e intensa oleada de placer, estoy cayendo por el borde de nuevo. Es demasiado pronto, demasiado rápido, pero no puedo evitarlo. Mi cuerpo se contrae violentamente cuando otro orgasmo me golpea. —¡Maddox! —grito, mi voz desgarrando el silencio.

Maddox se vuelve feral, penetrándome a un ritmo frenético. Gruñe en voz alta, su liberación caliente y pesada mientras se derrama profundamente dentro de mí. Gracias a Dios que tomo la píldora. Es difícil creer que acabamos de hacerlo sin protección así. Los dedos de Maddox se hunden en mis caderas, sosteniéndome en su lugar, montando su clímax. —Joder, Ivy —gruñe, su voz en carne viva. —Eres una buena puta para ordeñar mi polla así. Sus palabras son crudas, enviando otro temblor de placer a través de mí.

Mi cuerpo tiembla. Las secuelas de mi clímax me dejan débil y sin aliento.

Su cabeza cae sobre mi hombro, su respiración entrecortada caliente contra mi piel. Incluso su enorme y poderoso cuerpo tiembla por la intensidad de lo que compartimos.

Por unos momentos, nos quedamos así, nuestros cuerpos entrelazados. El aire frío hace poco para apagar el calor que irradia de nosotros. El olor a sexo y agujas de pino y tierra llena mis sentidos.

Eventualmente Maddox se retira, subiéndose los pantalones y subiéndome las mallas. Se arregla la pasamontañas, sus ojos se encuentran con los míos. —Voy a castigarte más tarde por desobedecerme, pero ahora necesito llevarte de vuelta a la cabaña y regresar aquí para limpiar este desastre. —echa un vistazo a los dos cuerpos muertos.

¿Por qué demonios no siento ningún remordimiento?

No sé qué me ha hecho este lugar, pero ha sacado a la luz una oscuridad que nunca supe que existía en lo profundo de mi alma. Y no puedo negar que quiero abrazarla. Quiero abrazar esta nueva parte de mí y permanecer envuelta en Maddox todo el tiempo que pueda.

MADDOX

EL AIRE INVERNAL HELADO NO PUEDE CONTENER EL CALOR. INCLUSO MIENTRAS CAVO EL SEGUNDO agujero profundo en el hielo. Me ha llevado una hora llegar hasta aquí. La tierra está dura, y no hay forma de que pueda cavar seis pies, pero dos tendrán que servir.

Encontré las llaves en el tipo. Viven más arriba en la montaña donde hay un grupo de cinco o seis hombres escondidos allí. Todos ellos son fugitivos como yo, pero siempre me he mantenido al margen. Significa que alguien podría venir a buscarlos, así que necesito estar atento.

El viento áspero aúlla junto a mí, pero apenas lo noto porque mi mente está llena con el recuerdo de Ivy en mi polla. Puedo sentir el sudor deslizándose por mi frente, congelándose en el aire helado mientras esculpo un espacio en el suelo congelado.

Tenía la intención de hacer que Ivy esperara por mi polla, pero los dos nos dejamos llevar por el momento. El gemido de satisfacción que salió de sus labios cuando entré y la forma en que su cuerpo se estremeció contra el mío, arañándose para profundizar... Maldita sea, fue jodidamente perfecto. Follarla contra el árbol como el animal salvaje que soy, reclamándola de la manera más primitiva. El pensamiento me pone duro de nuevo. Siento un retorcido sentido de orgullo, sabiendo que ella se deleitó en mi violento acto de pasión tanto como yo. La crudeza de este lugar, la crudeza de nosotros, me vuelve loco.

Ella no pertenece aquí. La hermosa, prístina princesa de fondo fiduciario y un criminal oscuro y sucio escondiéndose de su pasado. Somos de dos mundos diferentes.

El sonido áspero de la pala golpeando el hielo es rítmico, casi relajante, contrastando fuertemente con el caos salvaje dentro de mí. No puedo apartar el pensamiento de Ivy o la mirada en su rostro mientras la follaba. Estar dentro de ella fue jodidamente revelador. La sensación, el calor y la abrumadora conexión fue a diferencia de nada que hubiera esperado. Me hace anhelarla más.

Mientras vuelco mi energía en la tarea física ante mí, no puedo evitar ansiar el momento en que pueda volver a ella, perderme en ella una y otra vez. Quiero volver a interpretar, pero esta vez violarla con mi polla mientras grita que me detenga. La anticipación y el hambre son suficientes para mantenerme abrigado en este duro desierto.

Ella lo ama, la oscuridad en mí. Es por eso que estaba tan jodidamente mojada después de verme matar a esos bastardos. La muerte la excita tanto como a mí. Todavía puedo ver la chispa en sus ojos, la misma chispa que he visto en el espejo después de cada asesinato.

Sólo que en ella es hermoso.

Termino de cubrir los cuerpos y comienzo mi camino de regreso a la cabaña, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Al acercarme a la cabaña, mi corazón cae cuando veo huellas en la nieve que no pertenecen a ninguno de nosotros. La ira y la necesidad de proteger me llenan.

Acelero el paso. Y luego me congelo cuando veo quién está dentro de la cabaña con ella. Preston jodido King.

Será mejor que mantenga mi pala afuera, porque voy a cavar un nuevo agujero para él. La apoyo contra el borde de la cabaña, apretando los puños, mis uñas clavándose en mis palmas. Este es mi territorio. Ella es mi mujer. Y nadie amenaza lo que es mío. No si quieren vivir.

Sin perder otro momento, me doy la vuelta y corro de regreso a mi cabaña, mi corazón latiendo con fuerza en mis oídos y mi sangre ardiendo con anticipación. Necesito algunas herramientas para lidiar con esta situación.

Abro la puerta y me dirijo inmediatamente hacia el garaje contiguo. Allí, selecciono una máscara de purga neón. Siempre fue una de mis favoritas para usar por la noche. Luego, agarro una variedad de armas: un cuchillo reluciente con filo dentado, una pistola compacta y nudillos de latón.

Recojo todo, mis manos firmes, a pesar de la adrenalina que corre por mis venas. Deslizándome la fría y amenazante máscara, puedo sentir cómo se endurece mi determinación. Estoy listo. Preston King no sabrá qué lo golpeó.

Con una última revisión de mi arsenal, salgo furioso del garaje y me dirijo a la cabaña de Ivy. La puerta se abre con un crujido amenazador, y aparezco en el umbral.

Ivy jadea y la habitación se queda en silencio, sus ojos muy abiertos por la conmoción al presenciar la ira desenfrenada en mis ojos, la calma mortal de una tormenta a punto de estallar.

—Aléjate de ella —gruño.

Preston se da la vuelta. —¿Quién coño eres?

—Ella es mía —digo, avanzando.

Ivy se interpone entre nosotros. —Maddox, no —suplica, temblando su voz. La visión de ella tratando de protegerlo después de todo lo que le hizo es como una bofetada fría en la cara. — No vale la pena —insiste.

Ladeo la cabeza. —¿Por qué lo defenderías?

Ella se muerde el labio inferior y se acerca más a mí, un destello de algo indescifrable en sus ojos. —Quiero hacerlo sufrir —susurra.

Joder.

Mi polla se pone dura al oírla decir eso.

—Buena chica —murmuro.

Sonrío detrás de mi máscara. — Entonces estamos en la misma página —me vuelvo hacia Preston, y el color se drena de su rostro.

Está demasiado aturdido para reaccionar mientras camino hacia él y le doy un puñetazo en el estómago, haciéndolo doblarse. —Nunca debiste tratar a un ángel como una mierda. Vas a pagar por ello.

Lo levanto del cuello de la camisa y lo arrastro fuera de la cabaña hacia la mía. Me ocuparé de él en mi garaje. Se retuerce y maldice, pero apenas puedo escuchar sus protestas. Todo en lo que puedo pensar son las palabras de Ivy, su admisión. Lo arrojo a una esquina y me vuelvo hacia él. —Desnúdate —ordeno.

Su ceño se frunce. —¿Qué demonios, tío?

Endurezco la mirada. —Dije, desnúdate.

Se quita la ropa.

Saco la jaula que encontré en una de mis tiendas favoritas de un cajón. En el pasado, solía ser un Amo en un club y experimenté con hombres y mujeres, aunque las mujeres son mi verdadera pasión. —Va a ser una larga noche, King —digo, atándole el frío metal alrededor de la polla.

—¿Qué coño, tío? —Mira hacia abajo a la jaula en su polla.

Todo lo que puedo pensar es en Ivy. Su deseo de hacerle daño.

Ella está de pie en la puerta, observando. Sus mejillas están sonrojadas de anticipación. Me acerco a ella.

—¿Qué vas a hacerle? —pregunta.

—Primero, voy a violar a su exnovia frente a él —susurro, en voz baja para que él no pueda oírme. Quiero que crea que es real.

Ella gime. —Sí, por favor. Me encanta esta máscara —susurra, mirando la que llevo puesta.

—Arrástrame ahí dentro y viola mientras grito que te detengas.

Mi polla palpita en respuesta.

Maldita sea, es perfecta.

—¿Lista? —le pregunto con la voz ronca.

Asiente.

—Vamos, ángel —gruño, agarrándola del brazo y tirando de ella hacia adentro.

Ella tropieza, jadeando y deslizándose fácilmente en su papel de víctima.

—¡Ivy! —grita Preston, forcejeando contra sus ataduras.

Lo ignoro, arrojando a Ivy sobre el capó del coche. Puedo oír su respiración acelerada y sentir el calor que irradia. Le rasgo la ropa, desgarrándola, revelando su cuerpo perfecto al frío aire.

—¡No! —grita, y su voz resuena en el espacio vacío. — ¡Para! —suplica, pero sus ojos chispean de anticipación, su cuerpo temblando de deseo. Las señales contradictorias son terriblemente sexys.

—¡Eres un bastardo! ¡Déjala en paz! —grita Preston desde la esquina, pero su voz es ronca, desesperada. Puedo ver la angustia en sus ojos, el miedo por la mujer que conoce. Pero está indefenso como siempre lo estuvo. Ivy es mía ahora.

Mientras la miro, con mi propio deseo desbordante, no puedo evitar sonreír detrás de mi máscara. —Vas a tomar mi polla como una buena zorrita —le indico.

Ella lucha debajo de mí, sus pequeños puños golpeando contra mi pecho, sus piernas pateando salvajemente. —¡No, Maddox! —grita, pero el sonido de sus protestas solo alimenta mi hambre.

Le agarro las muñecas, inmovilizándolas sobre su cabeza. —Deja de pelear conmigo —ordeno con un gruñido bajo.

Pero Ivy, ella es indomable. Intenta resistirse y alejarse de mí, pero es inútil. Sus intentos son débiles, ineficaces y a medias.

El juego continúa. Le rasgo los restos de su ropa, exponiendo a Ivy por completo. Ella gime, fingiendo resistirse, pero su cuerpo la traiciona. Su coño está chorreando y suplicando por mi atención. —Estás tan mojada por esto, ¿no? —me burlo, deslizando mi mano para acariciar su coño, introduciendo mis dedos.

Ella jadea, su espalda arqueándose instintivamente contra mi mano.

No puedo evitar reírme de su respuesta.

—Mírala, Preston —lanzo por encima del hombro, mi voz llena de burla. — Está chorreando. Lo quiere. —Puedo oírlo gemir de dolor, el sonido de su angustia es música dulce para mis oídos.

Y entonces estoy dentro de ella. Grita, el sonido haciendo eco en el garaje, pero es un sonido de placer, de satisfacción. Mi polla la llena, la estira y la reclama de formas en que nunca antes había sido reclamada desde que llegó aquí. Eso es seguro después de haber visto la patética

excusa de polla de su novio.

Su cuerpo se aprieta a mi alrededor, abrazándome.

Embisto en ella, duro y rápido, perdido en la sensación de ella. Y a lo largo de todo, Preston observa, el sonido de sus lamentos desesperados un eco distante.

Preston gime mientras su polla se pone dolorosamente dura en la jaula. —En serio, tío. Sácame de esto, es tortura —

—Y parece que estás tan jodido como yo por tener una polla dura mientras tu ex está siendo violada —gruño.

Él no sabe que todo esto es una actuación. Los dos estamos metidos en esto, disfrutando del juego de roles. Demuestra qué pedazo de mierda es realmente. Un hombre de verdad lucharía por su vida para llegar a su mujer y protegerla de esta mierda. En cambio, se está excitando como una pequeña perra afeminada.

Obligo a otro empujón duro en Ivy, sus gemidos son un coro de placer para mis oídos. —Le encanta, Preston, le encanta jodidamente —escupo, extendiéndose una sonrisa cruel en mi rostro debajo de la máscara. — ¡Y no puedes hacer nada al respecto!

Ivy mantiene la actuación, retorciéndose y gimiendo dulces súplicas de misericordia, alimentando mi necesidad de follarla con más fuerza. —Para, por favor —jadea, pero el tono ronco de su voz y la forma en que su cuerpo se arquea para recibir cada embestida canta una canción diferente. Es una participante dispuesta en esta danza de depravación. Es una hermosa y retorcida sirena en mi mar de oscuridad. Y me estoy ahogando en ella.

Nuestros ojos se encuentran y el destello perverso en los suyos me hace estar seguro de que he encontrado a mi alma gemela. Este juego retorcido que estamos jugando, no se trata de Preston. Se trata de ella. La mujer que iguala mi oscuridad, golpe por golpe. Una mujer que se deleita en las mismas cosas que deberían aterrorizarla. Una mujer que podría estar tan jodida como yo.

IVY

PRESTON CONTINÚA DONDE LO DEJAMOS. EN EL GARAJE CALDEADO, DESNUDO CON SU PENE EN una jaula dolorosa que Maddox tenía. Cuanto más tiempo pasa, más intrigada estoy por él y su pasado.

Me siento ahí, sintiendo lo extraño de la fría mesa de la cena detrás de mí y el calor de Maddox dentro de mí. Encuentro su mirada, sentada frente a él.

Me está dando de cenar un plato de venado ahumado y papas, y es delicioso. Él lo cocinó. Puedo sentir los latidos de mi corazón en mi pecho, un ritmo cruel que parece sincronizarse con los latidos dentro de mí.

La conversación fluye naturalmente. Estamos discutiendo nuestros pasados entre bocados, como dos viejos amigos poniéndose al día. Pero esto está lejos de ser una típica cita para cenar. Cada vez que me muevo, puedo sentir su pene, un recordatorio constante del juego que estamos jugando.

—Cuéntame sobre tu pasado —murmuro.

Él sonríe con suficiencia. —Es gracioso, ¿no?

—¿Qué es gracioso? —pregunto.

—Que estés sentada aquí con mi pene dentro de ti, y no sepas nada sobre mí.

Ladeo la cabeza. —Y tú no sabes nada sobre mí —agrego.

—Eso no es cierto —dice él.

Mi ceño se frunce.

—En los cinco meses desde que reservaste la cabaña, he aprendido cada pieza de información accesible sobre ti en línea. Todo.

Trago saliva con dificultad. —¿De verdad tienes internet aquí?

—Sí, no es fibra óptica, pero funciona a través del satélite —aclarla la garganta. — Para responder a tu pregunta, mi pasado es muy oscuro.

Mi pecho se agita ante la admisión. —¿Es por eso que vives aquí en la naturaleza?

Asiente. —Sí. Si viviera en otro lugar, estaría encerrado.

—Quizás yo también debería estar encerrada —la culpa se enrolla a través de mí porque quiero hacer sufrir a Preston. Y sé que cuando Maddox termine, querrá matar a Preston. El problema es que no puedo dejar que eso suceda. Mi madre es la mejor amiga de su madre. La lastimaría, y eso es lo último que quiero.

—No, eres un ángel —murmura, mirándome como si fuera lo mejor que ha visto.

—No puedes matar a Preston —digo.

Su ceño se frunce. —¿Qué? —Una rabia se enciende en sus ojos. — Ya te dije, ángel, cualquiera que te toque muere.

—No entiendes —digo, tratando de mantener la calma. — La familia de Preston está estrechamente unida a la mía. Nuestras madres han compartido tantos hitos juntas. Matarlo no solo lo lastimaría a él.

—Entonces me estás pidiendo que lo perdone porque la amistad de tu madre —gruñe Maddox, sus ojos oscureciéndose. — ¿Quieres que camine libre después de lo que te hizo?

—¡No! —protesto, sacudiendo la cabeza. — No quiero que camine libre. Quiero que sufra y entienda el tipo de dolor que me provocó al desperdiciar todos esos años. Sin embargo, realmente no me lastimó.

Maddox levanta una ceja. —Te engañó con dos mujeres.

Asiento. —Sí, pero me hizo un favor. Me di cuenta de que nunca lo amé. —Aclaro la garganta. — Pero matarlo destruiría a nuestras familias, y no puedo permitir que eso suceda.

El silencio se extiende entre nosotros, puntuado sólo por el crepitar del fuego. Maddox me estudia durante una eternidad antes de hablar, —Está bien, ángel. No lo mataré. Pero tenemos que hacerlo sufrir, hacer que se arrepienta de haberte puesto un dedo encima.

Suspiro aliviada, sintiendo que se me quita un peso de encima. —Gracias —susurro, mi voz apenas audible.

—Pero —agrega, — las reuniones navideñas serán bastante incómodas para ti, ¿no? —Su voz tiene un toque de humor. — Tenemos que asegurarnos de que nunca hable de esto con nadie.

—Podemos amenazarlo —sugiero. — Obligarlo a jurar que no le dirá nada a nadie.

—No tomará en serio nuestras amenazas si están vacías —contrarresta Maddox.

—Entonces encontraremos la forma de asegurarnos de que no estén vacías —digo, sintiendo que se asienta la resolución dentro de mí. — Encontraremos la manera de garantizar que nunca olvide esta experiencia y nunca se atreva a pronunciar una palabra al respecto.

Maddox sonrío con suficiencia, pareciendo satisfecho con mi respuesta. —Tengo algunas ideas en mente.

—¿Ah, sí? —Arqueo una ceja, intrigada y ligeramente aprensiva. — ¿Y qué ideas podrían ser esas?

La oscuridad en sus ojos me provoca escalofríos.

—Explica de nuevo cómo lo encontraste engañándote.

Rechino los dientes. —Preferiría no hacerlo.

—Una chica le estaba follando el culo con un arnés, ¿verdad?

Asiento, preguntándome a qué podría estar llegando.

—Conseguimos un video de él rogándome que me lo folle mientras balanceo mi pene en su cara. Será suficiente para mantenerlo callado, créeme.

Trago saliva con dificultad, porque no lo quiero aquí después de esta noche. El día de Navidad deberíamos ser solo nosotros dos. —Lo hacemos ahora y lo mandamos a empacar antes de mañana. ¿Cómo llegó hasta aquí si el camino está cubierto de nieve?

Maddox se ríe. —Te mentí, ángel, sobre estar incomunicados por la nieve. No iba a dejarte ir.

Lo miro fijamente. —Eso no está bien.

La sonrisa de suficiencia de Maddox se profundiza, sus oscuros ojos brillan como el peligroso océano nocturno. —¿Por qué tan enojada, ángel? —se burla. — No estás planeando dejarme, ¿o sí? —Es un desafío, una provocación.

Conozco las reglas no dichas de nuestro retorcido juego. Tengo que quedarme aquí con él. No hay escapatoria de Maddox o de la oscuridad en la que he entrado voluntariamente. Pero eso no puede ser el caso para siempre. De hecho, tengo una vida en Nueva York a la que necesito

regresar.

—No —respondo, temblando mi voz incluso mientras trato de mantenerla firme. La idea de dejar a Maddox es insoportable.

Su brazo me rodea la cintura, acercándose. La dureza entre sus piernas se hunde más profundamente en mí, recordándome la adicción de la que me he vuelto esclava.

—Me alegra escuchar eso —murmura.

Nunca quiero irme. Quiero quedarme envuelta en esta loca fantasía con Maddox para siempre. Y sin embargo, sé que eso no puede suceder. Por ahora, solo quiero disfrutar de la fantasía. Y quiero saber más sobre este hombre. ¿Por qué está aquí? ¿Qué loco pasado está escapando?

Las máscaras. Las armas. Los cuchillos. Todos apuntan a un pasado de criminalidad.

—Cuéntame más sobre tu pasado. No puedes asustarme —murmuro.

Su pene se contrae dentro de mí, haciéndome gemir. Y luego sonrío con suficiencia. —¿Estás segura de eso, ángel?

Asiento, mirándolo a los ojos. —Todavía estoy aquí, y te vi matar a dos tipos.

Asiente. —Sí, lo estás. —Y luego me mira a los ojos. — Probablemente querrás vestirme para esta conversación.

Niego con la cabeza, apretando mis brazos alrededor de su cuello. —No, quiero quedarme justo aquí.

Una sonrisa diabólica cruza el rostro de Maddox. —Bueno, veamos. ¿Por dónde empiezo? He hecho cosas malas. Mi pasado es un cementerio de errores —los ojos de Maddox se oscurecen. — Lucho con el control de los impulsos, y me llevó por caminos oscuros —aprieta la mandíbula. — No siempre fui así. —Maddox continúa, su mirada nunca deja la mía. — Hubo un momento en mi vida cuando las cosas eran normales. Pero fue hace mucho, mucho tiempo —se queda en silencio, su mandíbula se tensa como si las palabras fueran difíciles de liberar. Luego, finalmente, continúa—: Estuve involucrado en algunos crímenes bastante graves. Atracos a bancos, para ser específicos. He matado más veces de las que puedo contar. —Sus palabras quedan suspendidas en el aire, el silencio entre nosotros palpable. — Y por eso tengo las máscaras. Disfraces, en realidad. Fui malditamente bueno robando bancos, también, hasta que no lo fui.

Su rostro se tensa aún más, sus ojos se endurecen. —Un día, me capturaron la cara en la cámara. Fue el final de mi juego —su voz es apenas un susurro. — Tuve que escapar, y ya tenía una identificación falsa y cuentas bancarias falsas configuradas con suficiente para durarme, así que me mudé aquí, a Alaska.

Hace una pausa, su mirada se aparta brevemente de la mía. —Eso fue hace siete años. Desde entonces, no me he atrevido a salir de este lugar. El calor ha muerto, pero el riesgo sigue siendo demasiado alto —suspira pesadamente. El peso de su pasado parece asentarse sobre sus hombros. — Y es por eso que estoy aquí, ángel. Atrapado por mi pasado, confinado en mi propia prisión.

Su confesión queda suspendida en el aire. —Guau —respondo, con la voz firme a pesar del nudo en el estómago. — Ciertamente sabes cómo mantener a una chica en vilo.

Puedo sentir su dura excitación latiendo dentro de mí, y está claro que su oscuro pasado lo emociona tanto como me inquieta.

—Hablar de esqueletos en el armario, ¿eh? —Levanto la ceja, tratando de aligerar la tensión palpable. — A pesar de la escalofriante confesión, no puedo evitar sentir una extraña sensación de intriga. Me aprieto a su alrededor, mi cuerpo traicionando mi fascinación con su pasado

desquiciado. —Bueno, si crees que tu pasado me asustará, estás equivocado...

Una sonrisa diabólica se extiende por el rostro de Maddox. —Créeme, ángel —responde, su voz teñida de una oscura promesa, — supe que estaba atrapado contigo en el momento en que posé mis ojos en ti. —Sus dedos trazan la curva de mi columna vertebral, su toque a la vez etéreo y electrizante. — Y no tengo intención de dejarte ir.

Levanta la mano para apartar un mechón suelto de cabello de mi rostro. —Ahora eres mía, Ivy. Mi prisionera. Mi mujer —murmura, sus palabras siniestras. — Nada de lo que digas o hagas cambiará eso.

Estoy atrapada en su trampa y cautivada por un hombre cuyo pasado es tan oscuro e impredecible como la naturaleza salvaje de Alaska. Pero no se puede negar la atracción primal hacia él. Es una fuerza magnética que me mantiene atada a este hombre peligroso y fascinante. Soy suya, lo quiera o no. Y extrañamente, no lo quiero de ninguna otra manera.

Una sonrisa diabólica se dibuja en las facciones de Maddox y pregunta: —¿Por qué es, Ivy, que te has humedecido tanto desde que confesé mis pecados? —Su tono es acusador en broma. Él sabe que la oscuridad me excita.

—Porque siempre me han atraído los hombres malos, incluso si mis padres se aseguraron de que nunca me acercara a menos de cien metros de ellos.

La risa de Maddox resuena. —Bueno, parece que han fallado espectacularmente, ¿no? — dice, sonriendo con suficiencia. — Porque en este momento, la hija de ellos tiene a un hombre muy, muy malo hasta las pelotas dentro de ella.

Gimo y comienzo a moverme arriba y abajo de su eje, que está completamente erecto. — Fóllame —ruego.

Él niega con la cabeza. —Todavía no, ángel. Primero tenemos que lidiar con tu ex. —Me saca de él, haciéndome sentir vacía, asintiendo hacia mi ropa. — Vístete ahora.

Frunzo el ceño, deslizándome fuera de Maddox. Su ausencia provoca una punzada de decepción. Hago lo que dice, recuperando mi ropa dispersa del suelo y vistiéndome bajo su mirada vigilante y depredadora. El escalofrío de peligro todavía permanece, pero se ve empañado por un indicio de frustración.

La aparición de Preston ha estropeado lo que hubiera sido una noche de sexo loco y salvaje. Cuanto antes lidiemos con él, mejor.

MADDOX

EL PEDAZO DE MIERDA, PRESTON, SE RETUERCE BAJO NUESTRA MIRADA, ATRAPADO Y vulnerable. La vista de su diminuta polla en esa jaula me arranca una sonrisa perversa. Es hora de ver hasta dónde se degradará para evitar nuestra ira.

—¿Qué coño vais a hacerme? —pregunta.

Ladeo la cabeza, observándolo. — Voy a follarte —digo.

Sus ojos se iluminan con lo que solo puedo describir como emoción, que es mi primera señal de advertencia. Avanzando, mi polla todavía está resbaladiza y húmeda de estar dentro de la perfecta y pequeña coño de Ivy. Está semi—dura mientras la balanceo tal y como acordamos ante la cara de Preston mientras Ivy lo graba con su móvil.

La segunda señal de advertencia es cómo se relame los labios ante la vista.

¿Pero qué coño?

—Vamos, Preston —me burlo, con mi voz teñida de cruel anticipación. — Suplícame. Suplícame que te folle.

Cualquier hombre heterosexual se rebelaría ante tal orden. Pero sucede lo inesperado.

Sin dudarle, Preston tartamudea —Por favor, quiero tu polla —Su voz está llena de desesperación, sus ojos implorantes. — No puedo seguir ocultándolo. Quiero una polla en mi culo. Quiero tu enorme polla en mi culo y en mi boca, joder —Las palabras salen precipitadamente. Su cara está enrojecida de anhelo, pero no hay duda sobre la verdad de sus palabras. La desesperación en su voz es palpable. Una retorcida revelación. Ivy y yo nos miramos, desconcertados.

Ivy rápidamente recupera la compostura. — ¿Pero qué coño, Preston? —

Lágrimas corren por la cara de Preston. — Soy bisexual y me encantan las pollas —solloza, su confesión temblando en el frío aire que nos rodea. — Lo he sabido durante mucho tiempo, pero he tenido miedo. Miedo a la reacción de mi familia y miedo a ser diferente. He estado escondiéndome en las sombras, fingiendo ser alguien que no soy.

—Dios, eso lo explica todo —admite Ivy.

Arqueo una ceja. — ¿El sexo era una mierda? —pregunto.

Ivy asiente. — Rara vez llegaba al orgasmo.

Grüño ante la idea de que mi ángel fuese follada y no recibiese placer. Me enfada. Incluso si es bisexual, no es excusa para ser tan egoísta, especialmente cuando le estás mintiendo a una chica.

Esta nueva revelación hace que nuestro plan original sea irrelevante, pero Ivy lo tiene grabado en cámara.

La atmósfera en la habitación cambia con el peso de la verdad revelada. Miro a Preston, que

es un espectáculo lamentable de su propia creación.

—Preston —empiezo, con mi voz como la calma antes de la tormenta. — Has estado viviendo una mentira.

Su silencioso asentimiento es confirmación.

—No voy a follarte porque la única persona en la que mi polla va a entrar es en Ivy —Le doy una mirada compasiva mientras se le caen los hombros. — Busca a otro hombre para que te folle el culo. Pero nadie que conozcas oye ni una palabra sobre este encuentro, o todos verán el vídeo de Ivy de ti suplicando tener mi polla en tu culo.

Se estremece y asiente. — Entendido.

—Voy a hacerte daño, aunque sea. Hacerte daño por haberle hecho daño a mi ángel.

Los ojos de Preston se abren como platos y parece que va a vomitar.

Ivy niega con la cabeza, poniendo una mano en mi brazo. — No, no hay necesidad —dice. — Es Navidad. Déjalo volver a casa sin ser humillado más —Hay una extraña mirada en su cara. — Sé lo que es vivir con miedo a las expectativas de la familia —Mira a los ojos de Preston. — Ojalá hubieras sido sincero conmigo. Lo habría entendido si hubieras venido a mí y me lo hubieras explicado.

Preston agacha la cabeza, avergonzado. — Lo siento.

—Contéstame a una pregunta —dice ella.

Preston asiente. — Lo que sea.

—¿Cómo me encontraste aquí? Nunca te dije el nombre del lugar.

Preston se aclara la garganta. — Tu padre tiene un localizador en tu teléfono. Me dio tu ubicación. Con las coordenadas, encontré este lugar en internet.

Hijo de puta.

Nadie debería poder localizar a mi chica, excepto yo.

—Dios, mi padre puede ser tan sobreprotector —Se pellizca el puente de la nariz. — Te perdono por todo —dice Ivy, así sin más. Ella realmente es un ángel. Si fuera yo, lo mataría. Tengo sed de su sangre después de lo que le ha hecho pasar. —Intenta encontrar el valor para sincerarte pronto. Si no, te comerá por dentro —Ivy me mira. — Libéralo.

Es una locura que mi ángel pueda darme una orden así, y que yo quiera obedecerla. Camino hacia él y le libero la polla antes de soltarle las ataduras. — Eres libre para irte. Vístete y vete.

Preston se pone de pie, con aspecto derrotado y patético. No es un hombre en mi opinión, y no porque quiera polla. Muchos hombres son tan machos como yo y les encanta que les follen el culo. No me da vergüenza decir que también he experimentado en el pasado, y se siente bien. Simplemente me encanta la sensación de una mujer.

Es la forma en que hace todo. Escondiéndose en las sombras como un cobarde y follando coño cuando no lo desea. Es egoísta. Y en el proceso hirió a Ivy, pero no puedo negar que me alegro. Me alegro de que la haya empujado a mis brazos.

Una vez vestido, se dirige hacia la puerta. — Disfruta de tu libertad —le digo a Preston. Me vuelvo hacia Ivy, tomándola de la mano y llevándola a la puerta. — Vamos, disfrutemos del resto de la noche.

Ivy asiente, permitiéndome guiarla al interior.

—No puedo creer que haya estado mintiendo —dice, con la voz apenas audible. Le aprieto la mano en un intento de ofrecerle algún consuelo.

—Debe de ser mucho que asimilar —admito. — Te mintió a ti y a sí mismo durante más de seis años.

Siento que Ivy tiembla y la acerco más, rodeándola con el brazo por los hombros. —¿Quieres

que ambos nos quedemos en la cabaña agradable esta noche?

Ella asiente. — Vale, no quiero estar sola esta noche.

Sonrí, sin estar seguro de que se dé cuenta de lo que está pasando entre nosotros. Es mía. No hay escape para ella ahora. No la dejaré alejarse de mi lado. — Ángel, nunca más vas a estar sola otra noche en tu vida, ¿entendido?

Su ceño se frunce ligeramente, y su garganta se mueve. Pero me da un pequeño asentimiento.

Caminamos hacia la cabaña, con el frío aire mordiendo nuestra piel. Siento que Ivy tiembla, y la acerco más, apretando mi brazo alrededor de ella. — Te tengo —susurro, mi aliento visible en el aire frío de la noche.

Subiendo al porche de la cabaña, abro la puerta para ella y la sigo adentro. El calor nos envuelve, un grato contraste con el mordiente frío de afuera.

—Ve a cambiarte y atenderé el fuego —digo, empujándola hacia el dormitorio.

Ella asiente, esbozando una pequeña sonrisa. La observo desaparecer, con los ojos fijos en el umbral mucho después de que se ha ido. Suspirando, me vuelvo hacia la chimenea y añado leños a las brasas moribundas.

Oigo los pasos de Ivy detrás de mí y me vuelvo para verla de pie allí, envuelta en una pieza de lencería que deja poco a la imaginación. La tela, de un tono negro medianoche, se ciñe a sus impresionantes curvas. Está adornada con delicados encajes que resaltan la curva de sus pechos y la estrecha curva de su cintura, el dobladillo terminando en el punto álgido de sus muslos.

La visión de ella con un atuendo tan provocativo me vuelve primitivo.

Sus ojos se encuentran con los míos, una silenciosa invitación mientras está ahí, bañada por el cálido resplandor del hogar.

—Chica traviesa —murmuro. — No creo que Santa vaya a visitarte mañana. No te has portado bien.

Ella hace un mohín. — Quizás no quiero a Santa. Quizás quiero un demonio enmascarado.

Gruño y me levanto, cargando hacia ella.

Ella se da la vuelta para correr y da tres pasos antes de que la derribe sobre la mullida alfombra en el suelo, inmovilizándola con mi peso.

—Bueno, tu deseo se hará realidad. —La beso, mi lengua se sumerge en su boca.

—Maddox —gime contra mis labios. — Tienes que decirme...

Me aparto a regañadientes. — ¿Qué pasa ahora? —refunfuño.

—¿Por qué conservas las máscaras cuando te atan al pasado del que estás huyendo?

Mi cuerpo se tensa sobre ella porque sé que la respuesta no tiene sentido. Al menos, no tendrá sentido para ella. Un pesado silencio se cierne entre nosotros antes de que finalmente decida romperlo. — Se trata de poder, Ivy —murmuro, mi voz apenas audible sobre el crepitar del fuego. — Las máscaras, me hacen sentir poderoso e invencible. Me permiten ser alguien que no soy. Alguien sin pasado. Alguien que puede infundir miedo y respeto. Y sí, también son para perversiones. —La miro a los ojos. — Disfruto follando con ellas puestas. ¿Eso es lo que querías oír? —No puedo evitar la aspereza de mi tono porque esta chica me está haciendo sentir vulnerable. Me está haciendo sentir de una manera que nunca imaginé que permitiría a nadie que me hiciera sentir. Hay una pequeña grieta en la armadura que he construido alrededor de mi corazón, y ella está escarbando en ella.

Ella traga saliva, moviéndosele la garganta y atrayendo mi atención hacia ella.

—Maddox —empieza, con la voz insegura.

—¿Sí, ángel?

—A mí también me gusta —admite.

Arqueo una ceja. — ¿Gustarte el qué?

—Las máscaras. Me gusta cuando me follas con ellas puestas. —Hace una pausa, mordiéndose el labio. — Realmente quiero que me folles con la máscara del Fantasma de Call of Duty.

Aprieto la mandíbula, sin poder creer que mi ángel sea tan perfecta. Que realmente pueda disfrutar de esa parte de mi perversión. A muchas mujeres les resulta espeluznante.

Se aclara la garganta. — Desde que vi a Preston jugando a Call of Duty, he tenido esta fantasía —confiesa, con las mejillas sonrojándose de un rojo intenso. — De estar con el hombre de la máscara de fantasma. Pero Preston dijo que estaba jodido que yo quisiera eso y...

—¿Dijo qué? —gruño, sin poder creer que acabo de dejar ir a ese maldito comadreja. —Está ocultando el hecho de que es bisexual y luego te avergüenza por lo que te gusta? —Me pongo de pie, con la sangre bombeando caliente por la adrenalina y la rabia. — No habrá ido muy lejos. Voy a matarlo.

Las suaves manos de Ivy aterrizan en mi brazo, y niega con la cabeza, mirándome a los ojos. — No, es una mierda, pero no me importa. Lo único que me importa es nosotros.

Sus palabras aplacan parte de la ira. *Nosotros*. Me encanta oírla decir eso.

—Voy a hacer realidad cada una de tus pequeñas y sucias fantasías, ángel. Nada es demasiado perverso para mí. Pero ahora, nos sentaremos en el sofá con una gran cantidad de chocolate y galletas y veremos una película. ¿Qué te parece?

Ella sonríe tentadoramente. — Suena bien, siempre y cuando esté sentada en tu polla.

Gruño porque sabe que no podremos concentrarnos en la película una vez que esté dentro de ella, pero no lo querría de ninguna otra manera. Que empiece la fiesta.

IVY

—FELIZ NAVIDAD, ÁNGEL —LA VOZ DE MADDOX ME DESPIERTA.

Abro los ojos y lo encuentro sobre mí, usando la máscara de fantasma que vi por primera vez a través de la ventana. La máscara que le dije que quería que me follara con ella puesta. Y también un jodido gorro de Navidad. Es un poco gracioso pero principalmente excitante. Especialmente porque estoy desnuda bajo las sábanas.

—Feliz Navidad, fantasma —le digo, sonriendo. — ¿Entraste a atarme?

—Ya quisieras —responde. — Te hice el desayuno, pero tengo algo divertido planeado.

Mi corazón se acelera con sus palabras. —Primero el desayuno, luego la diversión. Entendido —le respondo, dándole una sonrisa.

Inclina la cabeza a un lado, sus ojos brillando. —Levántate y encuéntrame en la cocina. —Se baja de la cama y no dice nada más, desapareciendo por la puerta del dormitorio.

Estiro los brazos sobre mi cabeza, sintiéndome emocionada por primera vez en Navidad desde que era niña. Porque puedo pasarla con alguien que no quiere controlarme.

Me pongo una bata y voy a la cocina, el tentador aroma de torrijas y canela llena el aire.

Maddox está junto a la estufa, donde un ganso se asa en el horno. Ya no lleva la máscara puesta. La comida huele deliciosa. Echo un vistazo a la habitación, fijándome en las velas parpadeantes y el pequeño montón de regalos debajo de los árboles. Mi estómago se revuelve porque no tuve oportunidad de conseguirle nada.

Me siento a la mesa, mis dedos recorren los contornos de cinco máscaras diferentes ante mí, incluida la de fantasma.

Maddox trae las torrijas a la mesa y se sienta frente a mí, sonriendo con suficiencia. —Pensé que te gustaría una selección de máscaras hoy.

—Ya veo eso —le respondo juguetonamente, tomando una para inspeccionarla. — ¿Esto es parte de la diversión que mencionaste?

Maddox se ríe. —Se podría decir que sí.

Tomo algunos pedazos de torrija y los muerdo. Están deliciosos, pero mi mente está en otro lugar cuando estoy con Maddox. Concretamente, en él follando conmigo. Es enloquecedor.

—Entonces, ángel —rompe el silencio. — Cuéntame qué dibujas en ese libro tuyo.

Me atraganto con el pedazo de torrija que estaba masticando, aturdida por su pregunta. ¿Sabe de mi libro de bocetos?

—Eh... bueno —tartamudeo, tratando de recuperar la compostura. — Dibujo ropa.

—¿Ropa? —Maddox arquea una ceja, pareciendo genuinamente intrigado. — Eso es interesante. ¿Por qué ropa?

—Porque me encanta la moda —respondo, con la voz apenas más que un susurro. — Es lo

que siempre soñé hacer, diseño de modas.

Los ojos de Maddox se iluminan. —Ángel, si es lo que quieres, deberías ir por ello.

—¿Pero qué pasa si fallo? —Mi voz tiembla, el miedo al fracaso me ahoga. Culpo a mis padres ya que el éxito siempre ha sido lo único importante en nuestra familia.

Maddox toma mi mano. —Entonces lo intentas de nuevo. Nunca dejes que nadie más dicte tu vida, ni siquiera el miedo al fracaso —su voz es firme y resuelta, y veo una chispa de determinación en sus ojos. — Tu pasión por la moda es hermosa, Ivy. Deberías seguirla.

Nadie me había creído así. —Gracias, Maddox.

Él sonríe, su mirada baja a las máscaras sobre la mesa. —Ahora, ¿qué tal si tenemos una alegre y festiva Maskmas? —sugiere.

Me río del juego de palabras, mirándolo y notando el destello de deseo en sus ojos. —¿Una alegre y festiva Maskmas implica que usarás estas todo el día? —sonríe con suficiencia. — ¿Incluso mientras me follas?

—¿Eso es lo que quieres para Navidad, Ivy? —pregunta con un atisbo de diversión en la voz.

Asiento, mi mirada firme. Sí, eso es exactamente lo que quiero, y no tengo miedo de pedirlo con él. Sé que no me juzgará por ello.

Se inclina hacia mí. —Entonces mi traviesa zorrita obtendrá exactamente lo que quiere.

Esa palabra debería ser degradante, pero me gusta cuando él la dice. Soy su zorra. Esta mañana es como la Navidad cuando era niña, ansiosa por desenvolver mis regalos. Solo que esta vez, mi regalo es un enorme y musculoso fugitivo que le encanta usar máscaras. Y no puedo esperar a desenvolverlo.

—Antes de meternos en las festividades —dice Maddox— tengo algunos regalos para ti. — Sus palabras hacen que mi corazón lata con una mezcla de emoción y ansiedad. La idea de regalos me pone nerviosa porque no le he conseguido nada. Sus ojos centellean con diversión mientras me conduce al árbol, donde yacen unos cuantos regalos envueltos prolijamente.

—Pero no te conseguí nada —admito, sintiéndome culpable.

—No te preocupes por eso —me asegura Maddox. — No es como si hubieras podido ir a la tienda de todos modos. Estamos nevados, ¿recuerdas?

Niego con la cabeza. —Nunca estuvimos nevados, resulta. —Lo miro con enojo. — Mentiste.

—Lo hice, pero ahora es verdad. Revisé el paso esta mañana. No se puede conducir.

Suspiro. —¿Cómo lograste conseguir todos estos regalos? —cuestiono, picada por la curiosidad.

Se encoge de hombros con casualidad, una sonrisa traviesa en su rostro. —Compré algunas cosas antes de que llegaras —confiesa. — Créeme, como te dije, he estado obsesionado contigo desde que reservaste hace cinco meses. Sabía que querría consentirte.

Mi estómago se revuelve. —¿Incluso sabiendo que venía con mi novio?

Sus ojos se oscurecen. —Te dije lo que le habría pasado.

Es una locura que mi coño se moje más con el recordatorio.

—Y algunos —continúa, bajando la mirada a los regalos debajo del árbol— los hice yo mismo.

Alcanza y toma un puñado de regalos, sus envoltorios de colores brillantes centellean bajo las luces del árbol. Me los pasa, sus ojos brillando de anticipación.

Empiezo a desenvolverlos. El primero es un hermoso conjunto de lencería, su intrincado diseño de encaje me calienta. El siguiente es una caja que contiene una variedad de juguetes sexuales, cada uno más intrigante que el anterior. Maddox observa mi reacción con cuidado, sus

ojos ardiendo.

—Estos no son solo regalos —me dice, con la voz baja e intensa. — Son promesas. Promesas del placer que tengo la intención de darte. —Sus palabras envían escalofríos por mi espina dorsal, una mezcla de miedo y emoción se enrosca en mi estómago.

El siguiente regalo que desenvuelvo revela hermosos artículos de madera tallados a mano, cuyos intrincados detalles denotan una extraordinaria artesanía. Cada pieza, desde un delicado colgante tallado hasta una pequeña figura de cierva con aspecto realista, es un testimonio del inmenso talento de Maddox.

—¿Tú hiciste estos? —pregunto.

Asiente. —Sí, si no te diste cuenta, soy bastante bueno con la madera.

Me río de eso, y sus ojos se oscurecen.

—¿Qué es tan gracioso, ángel?

Me encojo de hombros. —Sí, eres muy bueno con todo tipo de madera.

Sacude la cabeza. —Tanta mente sucia para un ángel tan bonito.

Le lanzo una sonrisa traviesa, mis ojos centelleando con picardía. —¿Y quién tiene la culpa de eso?

Él me devuelve la sonrisa, sus ojos bailando de alegría. —Culpable como acusado, ángel.

—Pero en serio, estos son increíbles. Tu talento es increíble. —Acaricio la pequeña cierva de madera, maravillada por sus detalles realistas.

—Gracias, Ivy —responde Maddox, su mirada suavizándose. — Me alegra que lo aprecies. La mayoría de la gente no se da cuenta de cuánto tiempo y esfuerzo requiere la carpintería.

—La mayoría de la gente —respondo con confianza— probablemente no ha visto tu trabajo. Cualquiera que lo haya hecho no podría negar tu talento. —Paso los dedos por la suave superficie de la cierva.

—Me alegra que te guste. Hay mucho más de dónde vino eso.

Arqueo una ceja hacia él. —¿Ah, sí? ¿Debería esperar un zoológico entero hecho de madera?

Se ríe, enviando mariposas revoloteando en mi estómago. —Tal vez —responde. — Tendrás que esperar y ver. Abre este.

Mi ceño se frunce ante la forma cilíndrica y larga. Y cuando lo abro, mi boca se abre. —¿Es esto lo que creo que es?

—Una réplica exacta de mi polla en madera, sí —Se ríe. — Un consolador hecho a mano, para que si alguna vez no estamos juntos, siempre puedas tenerme dentro de ti.

Un rubor calienta mis mejillas ante su descarada declaración, pero una innegable emoción se enciende dentro de mí. Hay un elefante en la habitación al que tengo demasiado miedo de dirigirme. Dijo si alguna vez no estamos juntos. No puedo quedarme aquí para siempre, y él no puede venir conmigo a Nueva York debido a su pasado. Muy pronto, no estaremos juntos. El hechizo mágico que este lugar ha lanzado sobre nosotros tendrá que terminar. Me duele el corazón, pero no quiero pensar en eso ahora mismo.

En cambio, me concentro en el calor que se enciende en mi núcleo y me arrastro sobre su regazo, gimiendo cuando siento la dura presión de su polla contra mi centro. —¿Puedo tener la cosa real dentro de mí ahora? —desafío, con la voz ronca de deseo.

—Ve y selecciona una de las máscaras, y luego consideraré divertirme un poco contigo.

Arqueo una ceja. —¿Qué tipo de diversión?

—Sin preguntas —me da una nalgada. — Haz lo que se te dice, ángel.

Tomo la máscara de Call of Duty ghost, con la que me he estado muriendo para que la use durante el sexo, y regreso.

Sonríe cuando la ve. —Voy a llevar nuestro juego a un nuevo nivel. ¿Confías en mí?

No debería confiar en él. He visto a este hombre matar. He visto de lo que es capaz. Y sin embargo, confío en él con mi vida. —Sí —respiro.

—Bien. Bebe esto. —Me da una botella de agua.

Arqueo una ceja.

—Y no hagas preguntas.

Bebo el agua, sintiéndome bastante sedienta. Una vez que termino la botella, lo miro. —¿Y ahora qué?

Su sonrisa se ensancha. —¿Cómo te sientes?

Me muevo un poco en el sofá y encuentro que mi cabeza se siente pesada. —Un poco rara.

—Bien, está surtiendo efecto.

Se me cae el estómago. —¿Qué hiciste?

—Te drogué, ángel. La diversión está a punto de comenzar. Feliz Maskmas. —Su voz se vuelve más distante, y de repente, mi visión se nubla. Y todo se vuelve en blanco.

MADDOX

IVY SACA A RELUCIR MI LADO MÁS OSCURO. NO SÉ SI ME ESTOY TOMANDO NUESTRO JUEGO DE rol demasiado en serio. Después de todo, no es como si ella pudiera decir la palabra de seguridad mientras está drogada, y yo hago un desastre con su bonito coñito y culo con los juguetes que le compré.

Gruño mientras su coño vuelve a chorrear por tercera vez mientras ha estado inconsciente. Su ano está estirado alrededor de un grueso tapón anal. Mi ángel está acostumbrada a tener cosas en el culo. Estoy seguro de ello. Se estiró alrededor del tapón con facilidad.

Por eso tengo la intención de follarle el culo cuando se despierte.

Ivy es una visión atada con cuerdas al caballo de salto en mi granero. Desnuda y enchufada tanto en el culo como en el coño.

Un gemido escapa de sus labios y empieza a moverse, advirtiéndome de que se está despertando de su sueño inducido por las drogas. Le di pastillas para dormir, pero eran lo suficientemente fuertes como para dejarla fuera de combate un par de horas.

Y he pasado esas horas explorando su cuerpo perfecto. Memorizando cada parte de él. Camino a su alrededor y me pongo delante de su cara, queriendo que yo y la máscara seamos lo primero que vea cuando vuelva en sí.

Sus ojos parpadean, nebulosos y desenfocados. Son de un hermoso tono verde. Es mi nuevo color favorito para follar. La estufa está orientada hacia ella para asegurarse de que no pasa frío. No soy un monstruo completo.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto.

Su expresión es confusa y adorable. Sus caderas se mueven ligeramente porque probablemente nota la plenitud de los juguetes dentro de ella.

—¿Qué has hecho?

Arqueo una ceja.

—Pasarlo bien. Después de todo, has estado inconsciente durante dos horas.

Su boca se abre, y lo que daría por sentir sus labios rodeando mi polla.

—¿Dos horas? —Su voz es insegura, y casi me siento mal. Casi.

—Sí, y mi polla está dura como una roca. —Ladeo la cabeza, mirándola a través de los agujeros de los ojos de la máscara. — Es hora de que le des un gusto. Después de todo, te has corrido múltiples veces mientras estabas inconsciente. Solo es justo que devuelvas el favor.

Su garganta sube y baja, y saco mi polla de mis pantalones. Ya es hora de que me chupe la polla.

—Maddox, esto es una locura. Para.

—Sabes que me gusta más cuando me dices que pare. —Me la masajeo antes de apoyarla

contra sus labios cerrados. — Abre bien para mí.

Sus ojos están muy abiertos. Puedo verla discutiendo internamente con ella misma. La parte de ella que era inherentemente buena, pura, y la parte de ella que ansiaba de verdad lo que estoy haciendo.

—He dicho que abras —ordeno.

Sus labios se separan, y empujo hacia delante, envainando mi polla en su boca. Un gruñido se me escapa ante la sensación. Su lengua sale disparada para explorar y saborearme. Sus manos siguen atadas delante de ella, manteniéndola a mi merced.

—Vas a atragantarte con mi polla. Sentirás cada centímetro follando la parte de atrás de tu garganta hasta que derrame mi semen por ella. Y cuando lo haga, te lo tragarás todo. —Empujo hasta el fondo de su garganta, y se atraganta.

Agarro su pelo con una mano, la otra en la parte posterior de su cuello, manteniéndola firme. Intenta echar la cabeza hacia atrás, pero no le permito escapar.

Sus ojos están llorosos, su rímel corriéndose.

—Eso es, tómatelo todo —gruño.

Bombeo mis caderas, observando cómo su garganta trabaja alrededor de mi longitud, tragando y jadeando. La vista es jodidamente increíble. Los pequeños sonidos lastimeros que hace son emocionantes.

—Nunca he visto nada tan hermoso como tu garganta tragando hambrienta mi polla.

Puedo sentir cómo se acerca mi orgasmo, la sensación pulsante que va de mis pelotas a mi eje. Observo por última vez la imagen de Ivy en esta posición para mí, disfrutando de la mirada suplicante en sus ojos. Es demasiado tarde para parar ahora, ángel.

Con un empujón final, me corro en su boca. Es una descarga intensa. Mi visión se nubla por un momento mientras mi polla late y se sacude en su caliente garganta.

—Trágate todo —exijo. — Y ahora, voy a follar ese culo perfecto que tienes.

Sus ojos se abren con miedo. Dejo que mi polla aún dura se escape de sus labios.

—No puedes. Tu polla es demasiado grande.

Sonríó con suficiencia, agachándome frente a ella para que los agujeros de los ojos de mi máscara estén a la altura de sus ojos.

—Casi puedo oler tu miedo. Me intoxica y alimenta mi deseo de poseerte por completo. Todos y cada uno de tus agujeros. Te dije que soy el villano, y tengo la intención de usarte como me dé la puta gana.

Sus ojos brillan con fuego.

—Soy mi propia persona —me desafía. — Quizás seas tú el que estoy utilizando a mi antojo. Después de todo, llevas la máscara que quería que llevaras. —Un destello de ira me atraviesa ante la insinuación. — Quizás te tengo justo donde quiero.

Una risa grave escapa de mi garganta.

—¿Eso crees? —le pregunto, manteniendo mi agarre en su pelo. — Ciertamente tienes una forma de pulsar mis botones, ¿no?

Su garganta sube y baja mientras traga.

—No te equivoques, ángel, aquí no tienes ningún control. —La rodeo como un depredador acechando a su presa. — Me encanta tu desafío. —Me acerco para que sienta mi aliento contra su oído. — Pero no olvidemos tu lugar. Vas a aceptar lo que te dé y te va a encantar. — Lentamente, tiro de la base del tapón de su culo pero no lo saco, haciéndola gemir. — Tu culo se estiró fácilmente, ángel. ¿Te gusta que te follen el culo? ¿Te follaba Preston el culo?

—Sí —suspira.

Ya me parecía. Quiero arrancarle la garganta por eso. Se llevó todas sus primeras veces. No me dejó nada a mí.

—Tiene suerte de que ya no esté aquí, o le arrancaría la garganta por follar lo que me pertenece.

Ivy gime, separando sus labios. Me encanta lo mucho que disfruta de mi lado oscuro. Cómo se excita cuando estoy desquiciado y posesivo.

Le acaricio suavemente la mejilla, mirando fijamente sus impresionantes ojos verdes.

—Voy a destruirte, ángel. Cuando haya terminado contigo, nunca volverás a ser la misma.

Me muevo para situarme detrás de ella y le doy una nalgada en su firme culo.

Chilla ante la sensación.

—Primero, voy a castigarte.

La paleta que tengo en la mano, tallada en caoba oscura, se siente pesada, un peso apropiado para el castigo que estoy a punto de infligir.

Estudio la curva perfecta del culo de Ivy, intacto e inmaculado.

Con un golpe rápido y medido, la descarga sobre ella, el chasquido resonante rompiendo el silencio. Un jadeo se escapa de sus labios, dolor y placer entremezclados en su exquisito grito.

—Quiero oírte suplicar, Ivy —susurro, con la voz oscura y cargada de deseo. — Quiero oírte gemir mi nombre, rogándome que pare. — Mis dedos recorren su columna vertebral, provocándole un escalofrío. — Y cuando supliques, ángel, sabrás que no seré suave contigo, no seré gentil. — Mis dedos bailan sobre su piel. — Necesitas ser castigada por ser tan jodidamente desafiante todo el tiempo.

Meto la mano entre sus muslos, mis dedos encuentran lo empapada que está.

—Por favor, para —gime, interpretando el papel que le he dado. Sin decir nunca la palabra que lo detiene todo. No estoy seguro de poder parar si pronunciara esa palabra.

Mi agarre se aprieta alrededor de la paleta, la lisa caoba se siente fría contra mi palma. Con una firmeza nacida del control, la descarga sobre su delicada piel una, dos veces, una ráfaga de golpes calculados que dejan su carne ardiendo.

Cada golpe resuena a nuestro alrededor, el sonido salpicado por sus suaves gritos y gemidos de éxtasis. Su culo se enrojece bajo mis atenciones, y es una vista preciosa.

—Ivy —resoplo, con la voz baja y llena de lujuria cruda. — Estás tan jodidamente hermosa. He estado esperando este momento, soñando con él. — Mi mano acaricia su piel roja y cálida. — Verte atada, desnuda y a mi merced —dejo escapar una risa oscura, trazando con mis dedos las marcas que he hecho, — es más de lo que jamás podría haber imaginado.

Trazo las marcas enrojecidas con las yemas de mis dedos, regodeándome en la forma en que tiembla bajo mi tacto, su cuerpo respondiendo a mi dominio de la manera más deliciosa.

—Ahora, es hora de aprender cuánto te encanta que te follen el culo.

Saco el tapón de su culo, y ella jadea. Lo dejo caer al suelo y luego me muevo para situarme detrás de ella, con la polla más dura que el acero.

Cojo un bote de lubricante que había estado usando y rocío una cantidad generosa en mi polla, frotándomela de arriba abajo. Luego añado un poco más a su ano ya lubricado y dilatado.

—Por favor, no —murmura Ivy, con la voz pequeña y tranquila.

Sonrío con suficiencia y la ignoro, permitiendo que la cabeza de mi polla descanse contra su ansioso agujero. Su coño todavía tiene un juguete, y tengo la intención de dejarlo ahí, llenarla de una manera que dudo que lo haya estado antes. Le doy una nalgada en el culo.

—Sabes que pedirme que pare solo hace que quiera follarte más.

Presiono mi mano con firmeza contra su cadera, introduciendo la punta de mi polla en su

culo.

—¡Maddox, por favor, para! —gime.

Me río detrás de ella. A menos que escuche la palabra de seguridad, nada me detendrá. Aprieto mi agarre sobre ella, trazando círculos en su cadera. Empujo, lento y constante, haciéndola retorcerse.

La vista que me recibe es absolutamente pecaminosa. Empujo hacia adelante, y el apretado agujerito de Ivy cede, estirándose para acomodar mi grosor. Nunca he visto una imagen tan seductora. La forma en que sus músculos se aferran a mi eje es celestial, enviando una oleada de posesividad a través de mí, recordándome que cada uno de sus agujeros es solo mío para disfrutar mientras ambos vivamos.

Ivy grita, pero no me detengo, empujando más profundo hasta que mis pelotas descansan contra la base del consolador en su coño. Alargo la mano, masajeando su clítoris y sacando mi polla lentamente.

—Te gusta eso, ¿verdad, ángel?

Ella no me responde. Todo lo que puede hacer es gemir y chillar mientras le follo el culo.

—¡Maddox, es demasiado! —grita.

Sus palabras me ponen más duro.

—No, cariño, es justo lo necesario —gruño, trabajando su clítoris mientras empujo en su culo como un animal.

Mi ritmo es implacable. Siento el grueso consolador de su coño frotando contra mi polla, haciendo más difícil contener mi inminente orgasmo. El cuerpo de Ivy es un amasijo tembloroso y convulso, chorreando por todo el caballo de salto. Está cerca. Puedo sentirlo. Gruño, mi ritmo se vuelve irregular a medida que me acerco.

Y entonces me vengo, derramándome dentro de ella. La sensación la envía al borde, ambos llegando al clímax juntos.

Los gritos de Ivy son música para mis oídos mientras su cuerpo se convulsiona. Su culo se aprieta alrededor de mi polla como si nunca quisiera que me vaya. Nunca quiero irme. Quiero permanecer envuelto en mi ángel por el resto de mi vida. Está sin aliento cuando lentamente salgo.

Me quito la máscara y la dejo a un lado, caminando para contemplarla.

Con suavidad, desato los nudos de las cuerdas que la atan al caballo de salto, notando las abrasiones en su piel. Hermoso. Una marca para recordarle lo que acabamos de hacer.

—Lo has hecho perfecto, ángel —le digo, besando su frente. La levanto del caballo y la llevo fuera del granero, a través de la nieve, hacia la cabaña más grande.

Tiembla una vez que estamos afuera, pero no pasa mucho tiempo hasta que su suspiro de satisfacción resuena a nuestro alrededor al entrar en el calor de la cabaña. La dejo en el mullido sofá, besándola con suavidad.

—¿Cómo te sientes?

—Bien —murmura.

Niego con la cabeza, incrédulo de que sea tan perfecta. ¿Cómo puede estar tan tranquila con lo que hice? ¿Con el juego de rol que me encanta practicar? ¿Con las máscaras que me encanta usar? ¿Con que la drogara, por el amor de Dios? Le encanta, y nunca creí que encontraría una mujer tan en sintonía conmigo.

—¿Cómo puedes ser tan jodidamente perfecta? —Me aparto de ella y traigo un vaso de agua, regresando para dárselo. —

—Bebe. Necesitas hidratarte.

Me mira con escepticismo después de que la drogara antes, pero toma la bebida.

Río. —No te preocupes, ángel. No más drogas por hoy.

Hace un puchero. —Espero que haya más diversión, sin embargo.

Increíble. Es más insaciable que yo.

—Por supuesto, pero primero. La cena de Navidad.

Vuelvo a la cocina y compruebo el ganso, que se está cociendo lentamente. Está perfecto y casi listo. El resto de la comida también está lista. El aroma de la carne cocinada llena la cabaña.

Ivy se pone la bata, que le había dejado en el sofá, y se acerca a mí. —¿Cómo puedo ayudar?

—Sentándote y descansando mientras termino la cena.

Arquea una ceja, y percibo que no está acostumbrada a sentarse y no hacer nada mientras un hombre prepara la comida para ella.

—Déjame adivinar, ese bastardo de Preston nunca cocinó para ti, ¿verdad?

—No, no sabía cocinar.

—Hombre inútil —digo, señalando hacia la mesa. — Ven y siéntate. La comida está casi lista.

Aunque duda, finalmente obedece y se sienta en una silla.

Centrándome de nuevo en la cocina, doy los últimos toques a nuestra comida. El aroma del ganso asado, del pan recién horneado y el dulce matiz de la tarta de manzana que había hecho antes llena la habitación. Joder, me estoy convirtiendo en un maldito amo de casa. Pero por ella, vale la pena.

—Espero que tengas hambre —le grito.

Una suave sonrisa se dibuja en sus labios. La visión me envuelve el corazón como la hiedra, irónicamente. ¿Qué me está haciendo esta mujer? Nunca me he sentido tan doméstico, tan jodidamente normal. Me está convirtiendo en un hombre diferente, y ni siquiera encuentro el deseo de luchar contra ello.

Con los platos llenos, llevo la cena a la mesa, dejando uno frente a ella y tomando asiento enfrente. Las luces navideñas proyectan un resplandor suave y cálido por toda la habitación. Esta es la primera cena navideña de verdad que tengo desde que era un niño.

Y a pesar de ser dos personas que se conocieron solo hace una semana, es como si lleváramos años, no días, haciendo esto.

Niego con la cabeza, desechando el pensamiento. La sentimentalidad me inquieta un poco. No estoy acostumbrado a sentirla. No estoy acostumbrado a sentir nada más que rabia.

—Bon appétit, ángel —digo, alzando mi copa para brindar. Ella también alza la suya, y nuestras copas tintinean. Es un sonido que resuena profundamente en mí. Un símbolo de nuestra unidad. Hoy es perfecto. Ella hace que todo sea perfecto.

Dios, ayúdame. Me he enamorado perdidamente de esta mujer.

IVY

EL DÍA DESPUÉS DE NAVIDAD, ESTOY RIDÍCULAMENTE DOLORIDA. NUNCA HE TENIDO TANTO SEXO en tan poco tiempo. Es una locura lo insaciable que es Maddox. Y ya lo hemos hecho varias veces esta mañana. Ninguno de los dos parece poder evitarlo.

Después de ducharme, entro en el salón y se me revuelve el estómago cuando veo la máquina de coser en medio de la habitación y montones de telas en el suelo.

—¿Qué es todo esto? —pregunto.

Maddox se encoge de hombros. — Te gusta la moda, ¿no?

Asiento. — Sí.

—¿Por qué no dar vida a tus diseños? Antes de comprar este lugar, una costurera era dueña de los graneros y de la vieja cabaña que reconstruí. Todo esto se quedó aquí.

He hecho algunas prendas antes, pero sobre todo he mantenido mis diseños en 2D, en mi cuaderno de bocetos. Me emociona pensar en hacerlos realidad, pero entonces mis ojos se fijan en una tela de gasa azul pálido que sería perfecta para el vestido que acabé de dibujar.

—¿Cómo puedes ser tan increíble? —pregunto.

Maddox sonríe con suficiencia. — Dale vida a tus dibujos, ángel. Quiero verte brillar.

Algo se contrae con fuerza en mi pecho. Este hombre rudo, oscuro y peligroso quiere verme brillar. Quiere apoyar mis sueños, y es una sensación extraña. Nadie se detuvo a preguntarme nunca sobre mis sueños, y mucho menos a apoyarlos.

Se me llenan los ojos de lágrimas que ruedan por mis mejillas.

Maddox se acerca a mí. Coloca su mano en mi mejilla, secando las lágrimas con el pulgar. Sus únicos ojos azul hielo reflejan la tela azul pálido que acabo de admirar. — ¿Por qué lloras, ángel?

Respiro entrecortadamente, con el corazón hinchado por una emoción tan fuerte que abruma. — Soy feliz —digo. — Nadie ha hecho nunca algo tan considerado por mí.

Sus labios esbozan una pequeña sonrisa, su mano se desliza de mi mejilla a mi pelo, tirando suavemente de los mechones. — Pues acostúmbrate. Planeo hacer realidad todos tus sueños.

Me atrae hacia sí, su otra mano se posa en mi espalda. El mundo desaparece mientras me besa. Sus labios se mueven ferozmente contra los míos, y su tacto enciende un fuego.

—¿Qué te parece si empiezas mientras preparo algo para cenar? —murmura contra mis labios.

Sonrío y asiento. — Vale.

Me separo difícilmente de Maddox, con el corazón desbocado en el pecho y el cuerpo vibrante de deseo. La vista de la tela azul me devuelve a la realidad. Me recorre una oleada de emoción mientras mis dedos se deslizan sobre el suave tejido. Enciendo la vieja máquina de

coser, sintiendo la familiar vibración bajo las yemas de los dedos.

Pueden haber pasado años desde la última vez que usé una, pero parece ayer. Corto y coso, perdiéndome en el ritmo de la máquina. No me doy cuenta del paso del tiempo, el mundo se desvanece mientras creo.

De reojo, veo a Maddox en la cocina, cocinando. De vez en cuando, su mirada se dirige hacia mí, el azul de sus ojos es tan intenso como la tela con la que estoy trabajando. No puedo evitar sonreír ante la visión. Este es nuestro extraño pequeño paraíso en el frío de Alaska, y por ahora, es perfecto.

Todo en lo que puedo pensar es en el ahora, porque el futuro es demasiado incierto y nebuloso.

Maddox saca un pastel del horno y lo coloca sobre la mesa, echándome un vistazo. — ¿Crees que puedes separarte el tiempo suficiente para comer?

Sonrío, dejando el vestido en la silla de al lado. — Por supuesto. Necesito un descanso.

Nos sentamos uno frente al otro, con el pastel de carne entre nosotros, una deliciosa distracción.

Maddox corta el pastel y el olor a carne cocinada llena la cabaña. Me pasa un trozo, sin apartar sus ojos de los míos. — ¿Cómo va el vestido?

—Va tomando forma —respondo, con una sonrisa que refleja la suya. — Siento que me falta algo. Quiero que sea perfecto.

Levanta una ceja, echándose hacia atrás en la silla. — Eres demasiado dura contigo misma. Estoy seguro de que será impresionante, como tú.

—Me encantaría llevarlo a uno de los eventos de mi madre —menciono, mis dedos trazan el borde liso del plato de porcelana. Las palabras flotan en el aire, un pensamiento frágil que me he permitido expresar.

La mirada de Maddox se agudiza, sus fosas nasales se dilatan. Me gustaría saber si tiene los mismos pensamientos que yo. ¿Qué pasará después con nosotros? —Quizás lo hagas algún día —murmura.

No saco a colación la gala de Nochevieja. Una gala de la que Maddox no sabe nada. Solo quedan cinco días. Puedo terminar el vestido a tiempo, pero ¿cómo rompo este sueño en el que estamos y dejo a Maddox? La idea de ponerme este vestido, una creación nacida de nuestra soledad compartida y mi pasión renacida bajo los focos en el resplandor de la mirada orgullosa de mi madre, sería tan gratificante.

—Seguiré con él después de cenar —digo, tratando de romper la tensión.

Maddox asiente, pero parece que ya no está centrado en la comida. Parece perdido en sus pensamientos, con la cuchara suspendida en el aire. — Deberías, Ivy. No dejes que tu talento se desperdicie —dice.

Nuestra conversación se desvanece, reemplazada por el rítmico tintineo de la cubertería contra los platos.

Vuelvo al vestido después de cenar, mis dedos bailando sobre la tela, el ritmo de la máquina de coser haciendo eco en el silencio.

Maddox me observa desde el viejo sillón de cuero en el que está sentado, con sus intensos ojos azul hielo. No estoy segura de qué deparará el futuro, pero por ahora, me contento con disfrutar de la suave luz de la cabaña, el zumbido de la vieja máquina y la presencia de un hombre que me importa más que nada. Estoy atrapada en este sueño que hemos tejido juntos. Un sueño del que soy reacia a despertar. Pero sé que debo hacerlo, pronto.

MADDOX

LA RESPIRACIÓN SUAVE DE IVY ESTÁ EN SINCRONÍA CON LOS LATIDOS RÍTMICOS DE MI CORAZÓN mientras yace sobre mi pecho, profundamente dormida. Una sensación de paz desconocida me invade, no pedida pero bienvenida. El calor de su cuerpo contra el mío despierta una ternura que nunca había conocido, su confianza en mí inquietante e intoxicante a la vez. Paso mis dedos con suavidad por su pelo, disfrutando de la sedosa sensación de los mechones contra mi áspera piel.

Los indicios de una emoción que he mantenido bien enterrada amenazan con salir a la superficie, mientras la observo dormir. Es un sentimiento demasiado peligroso para ponerle nombre, pero demasiado potente para ignorarlo. Estoy enamorado de ella. Irrevocablemente. Estaba enamorado de ella incluso antes de conocernos. Es una locura.

Mi polla ha estado dentro de ella más de lo que ha estado fuera desde la mañana de Navidad. Todo lo que hacemos es follar, dormir y comer como animales. Cuesta creer que solo hayan pasado dos días desde Navidad. Ivy piensa que se irá a casa una vez que la carretera esté despejada, pero esa no es una opción. No voy a dejar que se vaya a ninguna parte.

Un repentino estruendo la sobresalta y la despierta.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta, con los ojos muy abiertos.

Niego con la cabeza. — No estoy seguro, ángel. Quédate aquí. Voy a ver qué pasa. — Dejo su lado con renuencia, calzándome las botas y poniéndome un abrigo. Afuera, el frío me corta como una navaja. Un contraste brutal con el calor de mi ángel.

Allí, tendido a lo ancho de la carretera, hay un gran árbol. Al instante, sé que no se ha caído solo porque el corte de la madera es demasiado limpio y preciso. Alguien lo ha talado.

Una sospecha inquietante se cuela en mis pensamientos. O alguno de los hombres del asentamiento cercano sabe lo que le hice a esos dos hombres, y han venido a por mí. O quizás han visto a mi bonita ángel y la quieren para ellos.

El pánico me invade mientras regreso a la cabaña, con la mente acelerada. Ivy está en peligro.

Vuelvo adentro, intentando mantener la cara neutral y las emociones bajo control. Pero Ivy me lee demasiado bien. — ¿Qué pasa, Maddox? —pregunta.

—No era más que un árbol —digo, esforzándome por mantener la voz firme. Un mundo de peligros acecha fuera, y no puedo permitir que la toque. No lo haré.

—¿Se ha caído? —pregunta ella, frunciendo el ceño.

—Algo así —murmuro.

—Eso no tiene sentido. No hay viento.

Me muerdo el carrillo porque mi ángel es demasiado lista para engañarla. — Creo que alguien lo ha talado.

—¿Por qué iba a hacer eso alguien?

Me encojo de hombros, con el estómago revuelto. — Quizás sepan lo que le hice a esos hombres.

Ella jadea. — ¿Estamos en peligro?

Me acerco y la rodeo con mis brazos por la cintura, atrayéndola hacia mí. — No estás en peligro cuando estoy cerca, ¿entendido? Daría mi vida para protegerte.

Sus ojos brillan con lágrimas contenidas y, a pesar de su miedo, asiente y entierra la cabeza en mi pecho.

De repente, por el rabillo del ojo, capto un destello de luz. Giro bruscamente, atraída mi mirada hacia la ventana a mi izquierda. A lo lejos, bailando con malicia contra el cielo nocturno, hay llamas. Fuego. Es uno de mis graneros. La vista despierta mi lado más salvaje. Nadie entra en mi maldita tierra y me amenaza así. Cuando coja al culpable, disfrutaré viendo cómo se le escapa la vida.

El enfermizo resplandor de la estructura en llamas ilumina la oscuridad, un faro del peligro que se cierne sobre nuestro santuario.

—Alguien está definitivamente cabreado —murmuro.

Ivy sigue mi mirada. — ¿Pero qué demonios?

—Tengo que apagar el fuego. Pero tienes que venir conmigo. No sabemos quién anda por ahí ni cuáles son sus intenciones.

Salimos corriendo, y mi agarre sobre su mano es de hierro. Incluso a distancia siento el calor del granero, con las llamas lamiendo y devorando todo a su paso. Tengo una vieja manguera conectada al grifo fuera de mi otro granero. Confío en que hará el trabajo, pero mi prioridad es mantener a Ivy a salvo. Lo demás puede arder.

La enciendo, y el chorro es inmenso mientras dirijo la manguera hacia el infierno, observando cómo el agua apaga poco a poco las llamas. No tarda en que el aire y el agua helados sofoquen el fuego.

Pero entonces me doy cuenta de que me he distraído. La mano de Ivy ya no está en mi brazo. Un escalofrío de advertencia me recorre la nuca. Cuando me vuelvo para buscarla, encuentro a un hombre a un lado con el brazo alrededor de su cuello.

Sus ojos están muy abiertos por el miedo.

—Suéltala —rugo.

La sangre se me hiela en las venas, todos mis instintos gritándome que la proteja.

El hombre sonríe, sus dientes brillando con la luz perversa de las brasas moribundas. — ¿O si no, qué? —se burla, apretando más su agarre sobre Ivy.

El miedo en sus ojos alimenta mi furia. Es mía, y que me condenen si dejo que alguien me la quite.

—O te despedazaré con mis propias manos —siseo, sin apartar los ojos de los suyos ni un instante.

Me estudia, sopesando sus opciones, y luego se ríe. — Oh, he visto lo que eres capaz de hacer —dice. — Vi cómo acababas con mis dos amigos sin pestañear. Impresionante. — Su mirada se dirige a Ivy, sus intenciones claras como el día. — Eran las únicas dos personas que me quedaban en esta maldita tierra. — Sus ojos vuelven a mí, entrecerrándose. — Y voy a llevarte a esta cosita tan mona como pago.

—Eres un hombre muerto —le prometo, sabiendo que no hay mundo posible en el que este hombre viva después de amenazar a mi ángel.

Su risa se transforma en una mueca sombría. — ¿Eso crees? ¿Y cómo vas a matarme si estás

ahí y yo aquí con tu chica?

Sin perder un segundo más, me lanzo hacia él. Una rabia tan aguda me abrasa las venas. Es tan poderosa que podría avergonzar al sol. El mundo se reduce a su cara aterrorizada y la repugnante mueca en la de él. Cada paso me acerca más, anticipando la pelea.

Entonces el bastardo saca una pistola de la cintura. La adrenalina inunda mis venas y mis sentidos se agudizan. Aprieta el gatillo, el disparo rasgando el silencio. Pero soy rápido. Me tuerzo, la bala silbando junto a mí, rozando mi hombro, desgarrando la tela de mi camisa.

Un gruñido se me escapa, pero lo ahoga la oleada de adrenalina. El dolor es una molestia insignificante comparado con mi rabia. Antes de que el tipo se dé cuenta de que ha fallado, estoy sobre él.

Ivy cae a un lado, a salvo, mientras derribo al hombre contra el suelo, poniendo mis manos alrededor de su cuello y apretando con fuerza. La pistola cae a un lado.

Me da una patada y se libera de mi agarre, buscando a tientas el arma junto a su cara. La lucha por el control del arma es intensa. Nuestros gruñidos y el sonido de la nieve al moverse son lo único que se oye.

Sus dedos se aflojan en torno al arma, y aprovecho para desarmarlo. Se resiste, y su desesperación iguala a la mía. Pero su desesperación nace del miedo. La mía está alimentada por el amor.

Esquivo un potente gancho de izquierda, mi puño impactando en su abdomen y dejándolo sin aire. Su cuerpo se queda flácido un segundo, el suficiente para propinarle otro golpe, esta vez en la cara. La sangre brota de su nariz, crujiendo.

Finalmente, envuelvo sus cuello con mis manos otra vez mientras da patadas y forcejea bajo mí, intentando desesperadamente luchar por su vida.

Su fuerza vital mengua bajo mi agarre, cada vez más débil, alimentando mi deleite. La repugnante sensación de su corazón desfallecido bajo mi agarre despiadado es una sinfonía para mis oídos, un testimonio de mi victoria. Es inmoral. Pero en estos fugaces momentos, la oscuridad dentro de mí ruge, regodeándose en el crudo y despiadado poder sobre la vida y la muerte.

El escalofriante silencio de su ausencia se expande, llenando el espacio entre Ivy y yo.

Los ojos de Ivy están muy abiertos, su pecho agitado mientras me observa a mí y al crudo poder que he desplegado. Algo cambia en su mirada, igual que después de que matara a los otros hombres. Un destello de algo primario. Mis ensangrentadas manos se extienden hacia ella, atrayéndola a un apasionado abrazo.

Nuestros labios se encuentran en un beso eléctrico, una desesperada danza de lengua y dientes. Puedo sentir los latidos de su corazón contra mi pecho, un ritmo rápido acompasado con el mío.

Sus dedos trazan patrones en mi espalda. Su desesperado tacto no deja lugar a dudas sobre su aceptación de mi lado oscuro. Y en el silencio, entre los susurros del viento, me doy cuenta de que es mía. Completa y absolutamente, de un modo en que nadie más podría serlo.

Mis dedos se enredan en su pelo, atrayéndola más hacia mí. La oscuridad en mí ruge, satisfecha y saciada, envolviéndonos en su abrasivo abrazo mientras estamos allí de pie, recortados contra el paisaje desnudo, dos almas entrelazadas en un baile tan antiguo como el tiempo.

IVY

UN NUDO DE APRENSIÓN SE FORMA EN MI ESTÓMAGO MIENTRAS VUELVO HACIA LA CABAÑA. HAN pasado dos días desde el incidente con el hombre y el fuego. Maddox despejó el árbol ayer, cortándolo en leña para almacenar. Sin embargo, el camino está despejado. Y he estado temiendo este momento.

Abro la puerta de la cabaña, y el calor me envuelve. El sonido de la ducha funcionando ya no resuena a través de la hermosa cabaña que Maddox construyó con sus propias manos. A Maddox no le gustaría si supiera que he bajado al camino, a pesar de que sólo fue un paseo de cinco minutos, especialmente después de todas las amenazas que nos han llegado desde que llegué.

De repente, lo oigo aclarándose la garganta detrás de mí. —¿Has sido una chica traviesa, Ivy?, — pregunta.

Mi estómago se revuelve mientras lo enfrento, encontrándolo con pantalones de chándal y sin camisa. —No, sólo quería un poco de aire fresco.

Inclina la cabeza. —Te vi dirigirte por el camino. — Se acerca acechándome. —¿Qué te dije sobre caminar sola?

Mariposas revolotean en mi estómago. —Lo siento, quería comprobar si el camino estaba despejado.

Se queda helado, entrecerrando los ojos. —¿Por qué?

Me obligo a sostenerle la mirada, negándome a dejar que vea mi miedo. —Porque quiero irme, — digo, las palabras se precipitan antes de que pueda detenerlas. La habitación parece encogerse, todo el oxígeno absorbido de ella. —La gala anual de Nochevieja de mi madre es mañana por la noche, y voy a asistir.

Su expresión se oscurece ominosamente, apareciendo un brillo peligroso en sus ojos. —¿Irte?, — repite la palabra como si fuera extraña. —No puedes irte, Ivy.

Un escalofrío helado me recorre la espina dorsal. Medio esperaba esta reacción. Sé más sobre el hombre ante mí y su pasado, pero no lo suficiente para saber cómo reaccionará a mi partida. —Puedo, y lo haré. — Lo miro desafiante. —No soy prisionera aquí.

Una oscura mueca retuerce sus labios. —¿Estás segura de eso, ángel?

Cuadro los hombros y endurezco la voz. —Nos lo hemos pasado bien juntos, y me has abierto los ojos a lo que me estaba perdiendo en la vida, pero tengo una vida en casa a la que debo volver. — Incluso diciéndolo, una parte de mí quiere quedarse envuelta en la fantasía con Maddox para siempre.

Su mueca desaparece. —Ingenua angelito. — Sacude la cabeza. —No nos lo hemos estado pasando bien. Te he reclamado como mía. Mía. No hay vuelta atrás a tu vida. Ahora yo soy tu vida. — Da un paso más cerca, haciendo que mi corazón retumbe. —Eres la polilla y yo soy la

llama. Sólo puedes existir en mi luz.

—No soy tuya. Soy un ser humano con derechos, y tengo derecho a irme e ir a la gala de Nochevieja de mi madre en Nueva York.

Arquea una ceja. —¿Y vas a volver conmigo enseguida después?

Suspiro pesadamente. —No, no puedo vivir aquí, Maddox. — Por mucho que me encantaría esconderme en una cabaña con este hombre por el resto de mi vida, si alguna vez quiero seguir una carrera en la moda, lo dudo desde aquí.

Me agarra la garganta, apretando lo suficiente como para hacerme entrar en pánico.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. Su agarre es firme pero no lo suficiente para cortarme el suministro de aire por completo. —Maddox, me estás haciendo daño, — logro decir con dificultad, mis manos aferrándose instintivamente a su muñeca.

Su mirada es intensa, una mezcla de dolor, ira y algo más que no puedo descifrar. —No puedo dejar que te vayas, Ivy, — dice, con voz tranquila. —Me perteneces.

Lágrimas pinchazos en las esquinas de mis ojos. —¡No me posees, Maddox! —protesto de nuevo, con la voz estrangulada. Reúno todo mi valor. —Déjame ir.

Por un momento, el silencio cuelga entre nosotros. Entonces Maddox finalmente habla, —Te dije antes de que siguiéramos este camino que soy el villano, y los villanos no hacen tonterías como dejar ir a la mujer que aman. — Afloja el agarre en mi garganta, pero no me suelta, sus oscuros ojos mantienen cautivos a los míos.

El mundo parece detenerse mientras sus palabras resuenan en la habitación. —Amor... — susurro, probando la palabra y sintiéndola rodar por mi lengua. —Nos conocemos desde hace menos de dos semanas, Maddox. Es una locura que digas que me amas. — En el fondo, sé que yo también le amo, aunque sea una locura.

—Pero lo hago, — contrarresta él, su voz un susurro peligroso. Afloja el agarre alrededor de mi garganta, deslizando la mano para descansar sobre mi corazón acelerado. —¿No puedes sentirlo? Es una locura, pero es real. — Su mirada es intensa.

—Tengo que irme, — digo, apartándome de él.

Me mira con la mandíbula apretada. —¿Y si te persigo?, — pregunta, con un extraño brillo en los ojos. —¿Correrías?

—Correría rápido, — respondo, con la voz llena de desafío.

Tiene un brillo depredador en los ojos. Y me doy cuenta de que la única manera de salir de aquí es corriendo. Así que me vuelvo y salgo corriendo de la cabaña, mis pies crujen en la nieve recién caída.

Detrás de mí, puedo oír el eco de su risa, un escalofriante sonido que envía un estremecimiento de anticipación por mi espina dorsal. —Que comience la caza, — grita detrás de mí, sus palabras se desvanecen en el frío aire invernal.

Mi corazón late como un tambor salvaje en mi pecho mientras corro, el frío aire invernal me escuece las mejillas. En algún lugar detrás de mí, oigo a Maddox, sus pesadas botas crujen en la nieve. Una parte de mí está aterrorizada, el miedo es algo vivo y respirante que me estremece la espina dorsal.

Sin embargo, hay otra parte de mí que está emocionada. Mi sangre canta con ella. Lo último que debería sentir es emoción después de nuestra discusión, pero no puedo evitarlo. Este hombre tiene un control inexplicable sobre mí, del que no puedo deshacerme. Ni siquiera cuando actúa como un lunático desquiciado y me dice que nunca me dejará ir.

—¡Ivy!, — resuena la voz de Maddox a través del bosque cargado de nieve. —¡No puedes correr para siempre, ángel! — Sus palabras son un desafío. —Cuando te atrape, te haré mía una y

otra vez. — Sus palabras hacen que mi corazón lata más fuerte. —Te haré suplicar por mi polla, — grita, su voz más cerca.

Empujo con más fuerza y más rápido, segura de que mis pulmones estallarán.

—¡Maddox, estás loco!, — le grito.

Se ríe en respuesta. —Suplicarás que pare, — grita, la promesa en su voz hace que mi corazón martillee en mi pecho. —Suplicarás, pero no pararé. No hasta que grites mi nombre, no hasta que te quiebres bajo mi tacto. — El crujido de la nieve bajo sus botas está más cerca.

Mis piernas me llevan más y más lejos, pero sé que no puedo huir de él. Y no quiero. La idea de ser atrapada y follada de nuevo, como la primera vez contra un árbol, me vuelve loca.

Su risa es un bajo rugido más cerca ahora. —Y te encantará cada segundo, ¿verdad?

—¡No!, — grito en respuesta. Mi voz rebota en las ramas cargadas de nieve.

El aire frío me atraviesa los pulmones y empujo más rápido. Mi ceño se frunce porque ya no oigo el crujido de sus botas en persecución, poniéndome en guardia. Me escondo detrás de un grueso tronco de árbol, recobrando el aliento e intentando estar en silencio, pero es imposible.

De repente, una mano fuerte me rodea la garganta, arrancándome de mi refugio improvisado. Maddox se yergue sobre mí, con los ojos salvajes. Su agarre es firme y castigador. —Te encontré, — gruñe.

Miedo y emoción burbujan dentro de mí, encontrando su mirada a través de otra de sus máscaras.

Fui tan lenta que tuvo tiempo de ponerse una camisa y una máscara y aún así atraparme. Se me cae el estómago porque este nunca fue un juego justo, pero no quiero que sea justo. Quiero que me tome contra mi voluntad. Las líneas se difuminan entre nuestro juego de roles y la realidad porque nuestra discusión fue real.

Maddox está en silencio, sus manos se mueven con la eficiencia de un depredador mientras me baja los vaqueros, exponiéndome al aire helado. Me levanta contra el árbol, la corteza helada y cubierta de nieve muerde mi piel a través de mi camisa.

—Para, — susurro, aunque el temblor en mi voz traiciona la emoción que me recorre.

Los dos sabemos que sólo se detiene si uso la palabra de seguridad. Y ahora mismo, no sé si se detendría. Sus ojos son demasiado salvajes. Está perdido en cualquier rima o razón. Podría probarlo, decirlo, pero por alguna loca razón, todavía quiero esto, incluso cuando me dice que soy su prisionera.

Su mano deja mi garganta sólo para bajarse la cremallera de los pantalones. Echo un vistazo, y mi respiración se entrecorta porque su tamaño siempre me intimida.

Mi corazón late frenéticamente porque estoy dividida entre el miedo y la excitación, mi cuerpo reaccionando al suyo. Empujo mi mano contra su duro pecho, el calor de él contrastando con el frío mordiente que me muerde la piel expuesta. —No, — protesto débilmente.

Sus ojos brillan ante mi resistencia.

—No puedes tenerme, — digo.

Su mano se aprieta alrededor de mi cintura, su cuerpo presionando contra el mío. Mi miedo y mi deseo están tan entrelazados que no puedo distinguirlos. Quiera admitirlo o no, soy suya, y todo lo que puedo hacer es prepararme para la tormenta que está a punto de llegar.

Frota la cabeza de su polla contra mi coño empapado.

Niego con la cabeza. —Dije que no, — gruño.

Sin otra palabra, me penetra, su dureza llenándome. Estoy más mojada que nunca, mi cuerpo dándole la bienvenida con avidez.

Un gruñido surge desde lo más profundo de su pecho mientras comienza a moverse,

reclamándome contra el árbol con un fervor animal.

—Estás empapada para mí, ¿verdad?, — gruñe Maddox en mi oído, su voz cargada de deseo. —Tan buena putita, tomando mi polla tan bien.

Me contraigo a su alrededor con cada embestida, mi cuerpo respondiendo al suyo a un nivel primario. Su posesividad animal es demasiado y sin embargo no suficiente. —Te encanta, ¿verdad?, — continúa, su aliento caliente contra mi cuello. —La forma en que te lleno y te reclamo. Estabas hecha para mí. — Me muerde el cuello como un animal, el dolor me hace gritar. —Y es por eso que nunca te voy a dejar ir, ángel.

Su polla se sumerge tan profundo en mí, como si estuviera tratando de partirme. Cada embestida es un delicioso tormento que arranca un jadeo de mi garganta. La cruda intensidad de nuestros cuerpos chocando no se parece a nada que haya conocido. Arrastro mis uñas por su espalda, haciéndole sisear.

Su agarre se aprieta alrededor de mi cintura, acercándose más. Su voz es un ronco raspar en mi oído. —Eres una cosita tan sucia, ¿verdad?

Sus caderas embisten con más fuerza, volviéndose aún más salvajes. —Huir de mí, hacer que te persiga. Te gusta, ¿verdad? — Sus palabras son viciosas. —Dime cuánto te gusta cuando te tomo así. — Puntúa sus palabras con una embestida particularmente brusca, haciendo que se me escape un gemido.

Sus dedos se envuelven alrededor de mi garganta, no apretando pero firmes. Bloquea mi vía respiratoria y aumenta el placer. —¿Por qué no estás diciendo nada?, — ruge, con los ojos azules ardiendo de salvajismo. El frío viento invernal azota a nuestro alrededor, pero palidece en comparación con la helada furia de su tono. —Exijo una respuesta, Ivy, — gruñe, apretando más el agarre. La amenaza está clara: habla o enfrenta las consecuencias.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos por la presión en mi garganta. Una mezcla de abrumador placer, emoción cruda, adrenalina y una avalancha de emociones me recorre.

Logro decir las palabras con dificultad. —Me encanta, — confieso, mi voz apenas por encima de un susurro. —Me encanta cuando me dominas y me follas incluso cuando te digo que pares, — digo. Mi corazón late desigualmente mientras continúo. —Cuando llevas una máscara y me atas, me pone tan mojada. Incluso me encanta cuando me drogas y juegas conmigo mientras estoy inconsciente. Y me excita cuando me degradas. — Las palabras suenan extrañas y crudas. —Me emociona, me asusta, me lleva al límite. La rudeza y la crudeza de tú y yo. — La confesión se cierne entre nosotros. —Me hace correr tan jodidamente fuerte, Maddox.

Maddox ruge, el sonido como una bestia primitiva desatada. Me folla más fuerte y con más fuerza.

Jadeo, mi cuerpo convulsionando entre él y el árbol, el placer intensificándose hasta un punto en el que estoy al borde de un precipicio. Estoy segura de que voy a morir por la intensidad.

Se inclina, sus labios rozando mi oído. —Eres tan buena chica, — me elogia. —Mi buena chica. Y quiero que te corras en mi polla tal como te corriste en ese consolador esa noche. Quiero que te dejes ir para mí.

Grito cuando alcanza entre nosotros y pellizca mi clítoris, la intensidad me manda por el borde del acantilado. Mi cuerpo tiembla y me corro por toda su polla.

De repente, Maddox gruñe, un sonido bajo y gutural que envía una descarga de placer a través de mí. —Joder, Ivy, — ruge en mi oído. —Me encanta cómo tomas mi polla tan jodidamente bien. La forma en que te cierras a mi alrededor.

Gimo mientras me folla a través de mi orgasmo. —Y la humedad. Jesús, nena, me has empapado los pantalones. Has hecho un maldito desastre, y es el desastre más dulce. — Sus

palabras se quedan en el aire. —Eres mía, Ivy, — afirma, puntualizando sus palabras con una embestida profunda y posesiva.

Maddox se tensa contra mí, su agarre en mis caderas volviéndose dolorosamente fuerte. Con un empujón final y brutal, se entierra profundamente. Su rugido resuena en el aire silencioso mientras alcanza el clímax. Calor me inunda, su liberación marcándome de la manera más íntima. Está reclamando su dominio, su posesión, su pertenencia. Se asegura de que entienda que le pertenezco. Sigue besando mi cuello, embistiéndome mucho después.

En ese momento, me doy cuenta de que no quiero irme. Anhele quedarme aquí, envuelta en estos sentimientos salvajes y desenfrenados que Maddox y yo compartimos. Pero sé que necesito irme. Debo enfrentar a mi madre para explicar por qué estoy dejando atrás todo lo familiar. Por qué estoy intercambiando lo conocido por una vida desconocida en Alaska. He encontrado mi hogar en los brazos de este hombre, por loco y desquiciado que sea. Quiero pasar el resto de mis días aprendiendo sus secretos, navegando sus estados de ánimo y siendo consumida por su amor.

—Quiero quedarme contigo, Maddox, — confieso, mi voz apenas un susurro, con miedo de hacer estallar nuestra burbuja frágil.

Sus acciones se detienen abruptamente, su mirada encuentra la mía. Su silencio se prolonga y me apresuro a llenarlo, —Quiero estar contigo. En Alaska o en cualquier otro lugar, siempre y cuando seamos tú y yo. — Veo que sus ojos brillan con emociones antes de asentarse en algo que parece alivio. —Pero tengo que ir y explicarle todo a mi madre.

Por primera vez, noto una corriente subyacente de miedo en su mirada.

—Voy contigo, — anuncia Maddox. Lo miro, sorprendida por su proposición arriesgada. Podría ser atrapado, pero parece que no le importa. Está dispuesto a arriesgarlo todo por mí.

—Eso es una locura, Maddox, — lo amonesto. —Podrías ser atrapado.

—No me importa, — se encoge de hombros con indiferencia, su mirada inquebrantable. — Voy contigo para asegurarme de que regreses. — Inclina la cabeza. —Tengo un pasaporte falso y han pasado siete años. Además, no es como si fuera de Nueva York. Vivía en la costa oeste, así que es poco probable que alguien me reconozca. Debería estar bien.

Es imprudente, arriesgado, pero es Maddox. No hay forma de disuadirlo, y egoístamente no quiero hacerlo. Lo quiero a mi lado porque me da una fuerza que no sabía que poseía. Con un suspiro de aceptación, asiento con la cabeza. El acuerdo se transmite en silencio entre nuestras miradas bloqueadas. Estamos juntos en esto, pase lo que pase.

MADDOX

—¿ESTÁS NERVIOSO? —PREGUNTA IVY MIENTRAS ME AJUSTO LA CORBATA OTRA VEZ, ODIANDO lo desgastado que se ve mi esmoquin.

Mis ojos se estrechan. — No seas tan estúpida, ángel. Nunca estoy nervioso.

—Está bien estarlo, lo entiendo. Conocerás a mis padres por primera vez y les dirás que me has robado para llevarme a Alaska para siempre —sonríe. — Ya te odian y ni siquiera saben que existes todavía.

—Gracias por el voto de confianza —pongo los ojos en blanco. — Pueden odiarme todo lo que quieran. Me importa una mierda —digo con los dientes apretados, mirándola fijamente. — Solo me importas tú.

Veo cómo sus ojos brillan ante mi confesión. — Bien. A mí solo me importas tú.

Escuchar a mi chica decirme eso nunca se volverá viejo.

El jet privado tiembla al descender. Los iluminados rascacielos de Nueva York se vislumbran amenazadoramente a lo lejos. Mi estómago se revuelve anticipándose. No puedo permitirme ningún error ahora. No cuando estoy tan cerca de ganarla.

—¿Estás segura de esto, Maddox? —susurra Ivy.

Su vestido, que ella misma ha cosido con esmero, resplandece bajo las luces. Su belleza es un recordatorio cruel del mundo del que viene, un mundo al que no pertenezco.

Por Ivy, entraría en la boca del lobo. Por Ivy, miraría a la muerte a la cara y le escupiría. Y debo convencer a su familia de que soy digno de su hija. Aunque sé que no lo soy. Soy un monstruo, y ella un ángel.

—Absolutamente —miento entre dientes, sonriendo.

El jet aterriza y rueda por la pista. Cojo nuestro equipaje de mano del maletero, caminando hacia la puerta detrás de Ivy.

Al salir del jet, un viento cortante atraviesa la noche neoyorquina, sus gélidos tentáculos enroscándose a nuestro alrededor. Mi agarre en la mano de Ivy se aprieta. Este es territorio enemigo. Sin lugar a dudas. No hay espacio para la debilidad.

La limusina se acerca, su brillante carrocería negra reluciendo bajo los duros focos del aeropuerto. Nos deslizamos en el asiento trasero, la mullida piel un fuerte recordatorio de la opulencia del mundo de Ivy. El paisaje urbano empieza a difuminarse, y Ivy se vuelve hacia mí. — Maddox... —murmura, su voz apenas audible sobre el zumbido del motor.

—¿Qué pasa, ángel?

—Tengo miedo —confiesa, sus ojos convertidos en estanques temblorosos en el resplandor ambiental de la ciudad. — Mi madre va a estar furiosa.

La miro, su temor reflejado en mis ojos. — ¿Miedo? —me río, pero mi risa carece de humor.

— No tienes nada que temer.

Mis dedos se aprietan alrededor de los suyos. — Estamos en esto juntos. No importa lo hondo que sea el precipicio, ni lo doloroso del impacto. Nosotros contra el mundo, ¿entendido?

— Las palabras salen a borbotones, pero suenan como el mantra de un loco. Quizás lo sean.

Ella asiente, mordiéndose el labio. — Lo sé. Es que no estoy segura de cómo reaccionará cuando le diga que me voy a Alaska contigo y que voy a centrarme en mi marca de moda en línea.

— Bueno, ángel, ahí es donde empieza la diversión — me acerco, bajando la voz a un susurro.

— Nos importa una mierda cómo reaccione porque ya no puede controlarte, ¿verdad?

Ivy niega con la cabeza.

Y entonces la limusina se detiene. Al salir, las brillantes luces del Rockefeller Center nos golpean de lleno en la cara, cegándonos y desorientándonos. Ivy mantiene la compostura, su firme agarre en mi brazo la única indicación de sus nervios. Sus ojos buscan los míos, llenos de aprensión.

Nos abrimos paso entre la opulenta y fuertemente perfumada multitud, sus rostros un vago borrón, sus susurros un zumbido lejano. Los tatuajes por encima de mi cuello atraen más de una mirada curiosa. No me importa. Que miren. Que se pregunten.

Entonces veo a la madre de Ivy. Diane St. Clair es hermosa, con el mismo pelo rubio que Ivy. Una versión mayor, pero tiene un aire estirado, a diferencia de mi despreocupado ángel. Sus ojos se estrechan cuando nota el brazo de su hija enlazado con el mío.

Abre la boca para hablar, pero Ivy se le adelanta. — Mamá, te presento a Maddox — dice, con la voz firme. Hay un desafío en su tono, fuego en sus ojos. Está lista para luchar, lista para plantar cara. No podría sentirme más orgulloso.

Le tiendo la mano, esbozando una sonrisa educada. — Encantado de conocerla, señora St. Clair.

Sus ojos van de mí a Ivy, su expresión indescifrable. Pero casi puedo sentir los engranajes girando en su cabeza, procesando este giro de los acontecimientos inesperado, tratando de encontrar la manera de mantener el control sobre su hija. Lo que no sabe es que su control sobre su hija ya se le ha escapado entre los dedos como arena.

— Ivy, ¿cómo conoces a este hombre? — Su voz destila desdén.

Observo a Ivy respirar hondo, preparándose para la ofensiva. — Nos conocimos en Alaska. Y estoy saliendo con él.

Su madre alza la nariz, entrecerrando los ojos. — ¿Estás intentando poner celoso a Preston?

Ivy se ríe con amargura. — ¿Por qué coño iba a querer ponerlo celoso?

— Ese lenguaje, Ivy — la reprende su madre, mirando nerviosa a su alrededor. — Recuerda dónde estás y quién eres. Para empezar, ese vestido es precioso. Es un vestido que llevas cuando quieres dar celos a un hombre. — Su mirada se dirige a mí. — Y porque este hombre no es adecuado para ti.

Estoy de acuerdo. Sin embargo, Diane no sabe nada de mí. Está haciendo ese juicio basándose en nada más que un vistazo. — ¿Y exactamente por qué es eso, señora St. Clair? — pregunto.

— ¿A qué te dedicas? — pregunta.

— Carpintero — digo simplemente, porque es la verdad. Aunque en el pasado fui atracador de bancos. No he atracado uno en más de siete años.

— Exacto. Un carpintero no está a la altura de mi hija — niega con la cabeza. — Sin ofender.

Aprieto los puños a los costados. — Ivy es mía, y si tienes algún problema con eso, me

importan una mierda tus opiniones.

Ivy parece sorprendida, pero una leve sonrisa retuerce sus labios. — Efectivamente, mamá. Me voy a Alaska. Ya he dado mi preaviso en Cravath.

Los ojos de Diane están desquiciados ahora. Mira a su alrededor como buscando a alguien. Y entonces divisa a su marido. El señor St. Clair. — ¡No pienso consentir esto! ¡Jonathan! —llama a su marido pidiendo refuerzos.

Jonathan St. Clair es un hombre de estatura media y complexión delgada. Tiene el pelo de un tono más oscuro que el de Ivy, pero tiene sus mismos ojos verdes. Son idénticos. Se acerca y me echa un vistazo receloso cuando ve la mano de su hija en mi brazo.

—Ivy, ¿quién es tu amigo? —pregunta.

—Maddox —dice, aclarándose la garganta. — Mi novio.

Escucharla llamarme su novio me llena de orgullo.

—Ivy está dejando su trabajo en Cravath —dice su madre, sonando histérica.

—Ya era hora —dice su padre.

Ivy y Diane parecen desconcertadas.

—¿Qué? —cuestiona Diane.

Jonathan sonríe, ladeando la cabeza. — El corazón de Ivy nunca ha estado en las leyes. No estoy seguro de por qué se metió en eso. —Hace una pausa. — No es que esté diciendo que seas una mala abogada, cariño. Eres genial, pero no es tu vocación, ¿verdad?

Ivy niega con la cabeza. — No, eso es lo que estoy intentando explicar. —Mira a Diane. — Sé que estás decepcionada, pero quiero dedicarme a la moda.

Diane resopla. — No existe tal cosa como una carrera viable en la moda.

Aclaro mi garganta. — ¿No has dicho que el vestido de Ivy es precioso?

El ceño de Diane se frunce. — Sí, ¿cuál es tu punto?

—Lo he diseñado y cosido yo, mamá —anuncia Ivy.

Jonathan sonríe. — Parece que nuestra niña tiene un verdadero talento para la moda, ¿no crees?

Diane lo fulmina con la mirada. — No es una carrera viable. ¿Cómo vas a vivir en Alaska?

—Tengo ahorros, y Maddox gana bien. Sobreviviremos —replica Ivy.

Puedo sentir la tensión que irradia, una palpable corriente de ansiedad. Le aprieto la mano, sosteniendo la mirada de su madre. — ¿No crees que es importante que Ivy sea feliz? —pregunto.

Inesperadamente, Jonathan se ríe, rompiendo el silencio. — Creo que Maddox tiene razón, querida —dice, con los ojos centelleantes de diversión. — Además, es Alaska, no la luna.

Ivy suelta una risa suave, relajándose visiblemente. Por un momento, parece que hemos ganado una pequeña batalla, una victoria contra una marea de prejuicios y expectativas.

—Ya no eres hija mía si sigues con este plan. Discúlpame. —Diane se da la vuelta y se va.

Jonathan suspira pesadamente, poniendo una mano reconfortante en el hombro de Ivy. — Dale tiempo, cariño. Necesita procesar esto —la tranquiliza con una suave sonrisa. Pero la amabilidad en sus ojos hace poco por ocultar la resignación. Sabe, al igual que ella, que su camino no será fácil. — Tengo que ir a ver cómo está —murmura.

Ivy lo observa marcharse, sus ojos vidriosos por las lágrimas contenidas. Por muy esperadas que fuesen, el aguijón de las palabras de su madre corta profundamente. Romper las cadenas sociales es difícil, pero ha tomado la decisión correcta. Al final, merecerá la pena. Porque nuestro amor, por más oscuro y retorcido que sea, es lo más puro que he conocido.

Le seco las lágrimas que ruedan por sus mejillas. — No te preocupes, ángel. Ahora eres libre.

Ella me dedica una sonrisa melancólica. — Sí, tenía la esperanza secreta de que me apoyaría.

—Dale tiempo —murmuro, pasando el brazo por su hombro y guiándola hacia el bar. — Vamos a tomar algo.

La música retumba de fondo mientras nos acercamos al abarrotado bar.

Ivy asiente, y nos abrimos paso entre los cuerpos. — ¿Qué debería tomar? —pregunta, su voz apenas audible por el fuerte golpe del bajo.

—Algo fuerte —sugiero, recorriendo con la mirada las filas de alcohol. — Para quitar el amargo sabor de las malas reacciones.

Ella se ríe. — Pareces un mal poeta.

Me río, el sonido me resulta extraño a mis propios oídos. Hace tanto que no me reía genuinamente... Se siente raro, pero bien. Liberador, incluso. — Muy bien. Un especial de mal poeta en camino —nuestras risas se mezclan con la música. — ¿Qué te parece un whisky? — sugiero.

Ella arruga la nariz. — ¿Eso no es una bebida de viejo?

Me encojo de hombros. — Tiene el golpe que necesitas.

Le hago una seña al camarero y pido dos chupitos de whisky. El líquido ámbar se vierte y ambos cogemos nuestros vasos.

—¿Por los nuevos comienzos? —propongo, alzando mi vaso.

Los preciosos ojos verdes de Ivy se encuentran con los míos. — Por los nuevos comienzos y la mala poesía —añade, entrechocando su vaso con el mío.

Apuramos los chupitos; el ardor del whisky es un ataque bienvenido.

Le tiendo una mano. — Baila conmigo —exijo.

Ella me estudia, su esmeralda mirada atravesándome el corazón. Luego, pone su mano en la mía, su confianza tangible. Nos dirigimos a la pista de baile, tragados por la multitud y el fuerte golpe del bajo. Pero en este momento solo estamos los dos.

Nuestros cuerpos se mueven al ritmo de la música, nuestros corazones laten al unísono. La atraigo hacia mí y el mundo se desvanece. Solo somos nosotros. Nosotros y el ritmo de nuestros corazones, la carga eléctrica entre nuestros cuerpos.

La risa de Ivy resuena en mi oído, la melodía más dulce que he escuchado. La acerco más y entierro la cara en su pelo, inhalando ese dulce aroma a vainilla y pino.

Huele a hogar. He encontrado mi hogar en ella. Sea lo que sea esto, seamos lo que seamos, es real. Y tengo algo por lo que vivir por primera vez en mucho tiempo.

EPÍLOGO

IVY

Un año después...

NOS SENTAMOS EN LA ENORME MESA DEL COMEDOR CON MI FAMILIA Y AMIGOS. LA MANO DE Maddox está fuertemente agarrada a la mía debajo de la mesa.

Me sorprendió cuando mamá nos invitó a Maddox y a mí para Navidad. No hemos hablado desde la fiesta de Año Nuevo del año pasado. Maddox se siente lo suficientemente cómodo para pasar unos días fuera de Alaska de vez en cuando, especialmente porque volamos en privado. Esto evita toda la seguridad y las cámaras de CCTV de las aerolíneas comerciales.

Preston me mira con socarronería desde el otro lado de la mesa. Su nueva novia, una mujer joven e ingenua, se sienta a su lado, con los ojos llenos de adoración soñadora. Me revuelve el estómago. Pasó seis años haciéndomela y resulta que es bisexual. Y ahora le está haciendo lo mismo a otra chica.

Maddox nota que mi atención está en él y se acerca a mi oído. —Ese tipo me da asco. El mundo sería mejor si lo hubiera asesinado —susurra.

Y aunque me encanta ver a mi hombre siendo primal y en contacto con su poder masculino crudo, no ha matado a nadie desde el incidente del incendio. Así es cómo tiene que seguir siendo. Si sigue matando, solo es cuestión de tiempo hasta que la ley lo alcance.

Suspiro, y mi tono adquiere un matiz más serio. —Maddox —digo su nombre como advertencia. — Lo prometiste.

Su mandíbula se tensa, manteniendo la voz baja. —No voy a matarlo. Pero al menos deberías advertirle a la chica. De lo contrario, perderá seis años o más como tú.

Asiento con la cabeza. —Cierto.

Cuando la cena termina, se instala un extraño silencio sobre nosotros. Es como si la casa contuviera la respiración, esperando lo inevitable. Mi madre, una mujer de gracia y acero, se levanta de la silla, con los ojos más suaves que jamás le haya visto. —Ivy —dice, con la voz apenas por encima de un susurro. — Te ha ido muy bien, cariño. Estamos orgullosos de ti. Las palabras me golpean como una bala, atravesando mis defensas, y siento que se me llenan los ojos de lágrimas.

La sonrisa de papá es genuina. —Tu marca está causando sensación, Ivy. Y no podríamos estar más orgullosos.

Aprieto la mano de Maddox mientras las lágrimas recorren mi rostro. —Gracias.

—Y Maddox, suena como que tu negocio de tallas en madera va muy bien —agrega papá.

Maddox asiente. —Sí, señor. Ha despegado más de lo que esperaba. Me cuesta seguir el ritmo de la demanda.

Papá sonríe. —Siempre es mejor tener demasiado trabajo que muy poco.

—De acuerdo —dice Maddox.

Papá hace un gesto hacia el bar. —Ven y tómate una copa conmigo.

Maddox no pierde el ritmo. Se pone de pie y se aleja con mi padre. Mamá me aprieta la mano. —Disfruta de la fiesta, cariño. Luego charlamos.

Aprovecho esta oportunidad para acercarme primero a Preston, decidiendo que debería darle el beneficio de la duda. La chica podría ser una actriz que él contrató.

—Hola, Preston.

Él se da vuelta y me mira fijo. —Hola.

—¿Podemos hablar? —Miro a la chica. — ¿A solas?

Parece frustrado pero asiente. Salgo del comedor y entro a uno de los salones de recepción vacíos.

—¿Qué pasa? —espeta.

—¿La chica con la que estás es realmente tu novia?

Sus ojos se estrechan. —Sí, ¿por qué?

—Porque no es justo lo que le estás haciendo. Tienes que ser sincero sobre tu bisexualidad y dejar de ilusionar a chicas ingenuas cuando tienes otras necesidades.

Su mandíbula se tensa y se acerca a mí. —Ella sabe que soy bisexual porque ella también lo es... —se calla, con el ceño fruncido y las mejillas enrojecidas. — Te mataré si le cuentas esto a alguien, pero ella es trans. Hailey solía ser Harry. Y es pre—op. Nos gusta experimentar el uno con el otro y con otros. Aunque me atraen las chicas y los chicos, disfruto ser cogido. Sabía que eso nunca sería algo que te interesaría, y lamento haberte ilusionado tanto tiempo.

Mis ojos se abren como platos. —Oh.

—Somos felices juntos. Y no quiero que nada joda eso. —Su expresión se suaviza. — Lamento cómo manejé todo y cómo te traté. Para ser honesto, sé que esperabas una propuesta en nuestro viaje y es por eso que te engañé cuando me atrapabas. Una forma de salir de la relación. Fui un completo idiota. Y lo siento.

Sonrío. —No te preocupes. Solo no quería que le hicieras lo mismo a otra chica. —Me acerco, apretándole la mano. — Me alegro de que seas feliz. ¿Crees que Hailey es la indicada, entonces?

Se muerde el labio y sus ojos se iluminan. —Sí, voy a proponerle matrimonio.

Sonrío. —Me alegro por ti.

—Lo siento, Ivy. Por todo. —Aprieta mi mano. — Pero espero que podamos ser amigos.

Asiento con la cabeza. —Me gustaría.

—Será mejor que volvamos a la fiesta —dice Preston.

Asiento de acuerdo y regreso, encontrando rápidamente a Maddox para contarle las noticias. —Hola, ángel. ¿Dónde fuiste?

—Estaba confrontando a Preston.

La mandíbula de Maddox se tensa al mencionar a mi ex novio. —No deberías acercarte a ese hombre sola.

Niego con la cabeza. —Está bien. Resulta que hay más de lo que parece con su novia.

Maddox frunce el ceño. —¿Cómo es eso?

—Ella es trans. Pre—op.

—Oh —dice Maddox, pareciendo sorprendido. — Nunca lo hubiera adivinado.

—Yo tampoco, pero él es feliz. Aparentemente, le propondrá matrimonio.

Hay un extraño brillo en los ojos de Maddox ante la noticia. —Me alegro por él. —Me atrae

hacia él y baja la voz. — Escuché que los terrenos de este lugar son extensos, ¿y que hay un viejo pabellón al borde del bosque?

Me echo hacia atrás para mirarlo a los ojos. —Sí, ¿cómo sabías eso?

—No importa cómo lo sé. Quiero que corras hacia allí por mí. ¿Puedes hacer eso?

Me muerdo el labio inferior. —Maddox, ¿qué hay de toda esta gente?

—No escucharán. Está lo suficientemente lejos de la casa principal, ¿no?

Mi corazón se acelera ante la idea. Si nos descubren, moriría.

—Corre hacia allí ahora, ángel.

Asiento y salgo por la puerta trasera, cruzando rápidamente los terrenos. El aire frío azota mi cara.

Puedo sentir los latidos de mi corazón, haciendo eco de mis pasos mientras me acerco al viejo pabellón. Mi respiración sale en rápidas y cortas bocanadas, miro por encima del hombro, esperando ver a Maddox persiguiéndome. Pero el camino está desierto, el silencio es ominoso y el frío de la noche mordaz. Un búho ulula a lo lejos, su llamado cortando el silencio con una precisión espeluznante.

De repente, una figura encapuchada da un paso a la luz de la luna, una familiar máscara táctica brillando a la fría luz. Sé que es Maddox, pero el escalofrío del miedo envía una descarga de adrenalina por mis venas.

Lanzo un grito, que se corta abruptamente cuando me agarra, metiéndome una mordaza de bola en la boca. Luchar contra él es inútil. Me ata a la barandilla del pabellón, sus oscuros ojos reflejando un destello de locura desquiciada.

Levanta mi vestido hasta las caderas de un fuerte tirón, exponiendo la piel desnuda debajo al aire helado. Arranca mis bragas de un duro jalón, el sonido de la tela rasgándose resuena en la noche. Rápidamente, libera su longitud de los pantalones. Me retuerzo contra las ataduras, mis protestas amordazadas se tragan la bola.

Pero se sumerge en mí sin vacilar, sus implacables embestidas pintando un cuadro de crudeza y salvajismo desenfrenados. Me folla con la ferocidad de un loco, sus ásperas respiraciones puntuando el silencio de la noche.

Cada embestida, cada movimiento, es un descenso a la locura. El agarre de Maddox en mis caderas, brutal e implacable. Su ritmo es frenético, y el implacable ritmo coincide con los latidos de mi corazón.

Su voz corta el silencio, profunda y áspera, enviando escalofríos por mi columna vertebral. —Eres una buena chica —gruñe, puntuando cada palabra con una embestida fuerte. — Tomando mi polla tan bien.

Me agarra la garganta y aprieta, algo que he llegado a amar. Intensifica el placer cuando restringe mis vías respiratorias.

—Tan jodidamente apretada —raspa. — Su ritmo se acelera, sus embestidas alcanzan un frenesí febril. — Puedo sentir cuánto me necesitas —gruñe, con la voz baja y ronca. — Estás empapada por mí, ángel. —El pabellón cruje bajo nuestro peso combinado. — Esta coño se siente como el cielo envuelto alrededor de mi polla. Especialmente cuando luchas contra lo inevitable.

Lo miro desafiante, luchando contra las ataduras y logrando un no detrás de la mordaza de bola.

—Qué buena puta, tomando mi polla y actuando como si no la quisieras.

Su risa retorcida hace eco en la noche, un recordatorio escalofriante del poder que ejerce. Suelta mi garganta, solo para agarrarme del pelo, tirando mi cabeza hacia atrás. Sus ojos,

encendidos a la luz de la luna, se clavan en los míos. —Puedo verlo, ángel —se burla, con una mueca cruel en los labios. — Te encanta esto, ¿verdad? Su mano se desvía a mi clítoris, sus dedos presionando y circulando en un ritmo que hace que mi cuerpo me traicione. El placer se mezcla con el dolor, una embriagadora mezcla que amenaza con consumirme.

—Adelante, grita —gruñe, su ritmo errático. — Grita cuánto te encanta mi polla dentro de ti. Quiero oírlo, ángel. —Sus palabras cuelgan en el frío aire nocturno, un desafío que no puedo expresar, solo responder con un jadeo ahogado cuando mi clímax se abate sobre mí.

Su clímax se abalanza sobre él con una intensidad que iguala la mía. Sus embestidas se vuelven frenéticas y erráticas, su agarre en mi pelo se tensa mientras derrama su semilla caliente. —¡Joder, sí! —ruge con un gruñido áspero de placer.

La sensación de que viene dentro de mí, junto con el implacable asalto a mi clítoris, me hace girar sobre el borde una vez más. Mi cuerpo se convulsiona y squirt, el líquido tibio se suma al desastre de nuestra liberación combinada.

Su polla se contrae dentro de mí, cada chorrito de su liberación enviando réplicas a través de mi cuerpo.

Gruñe, sus ojos se encuentran con los míos a la luz de la luna, encontrando una satisfacción retorcida en nuestra depravación compartida. El pabellón se llena de nuestras pesadas respiraciones, el silencio de la noche interrumpido solo por el distante ulular del búho.

Se retira, el repentino vacío provoca un gemido de mis labios. Quitándose la máscara con calma metódica, la guarda en el bolsillo.

Se inclina y deposita un suave beso contra mis labios, contrastando el duro trato de hace unos momentos. —Eres perfecta —murmura, su voz apenas un susurro a la luz de la luna. — Te amo, Ivy. Se arrodilla, sin apartar su mirada de la mía. El destello de locura en sus ojos es reemplazado por una intensidad abrasadora que me quita el aliento.

Saca una pequeña caja de terciopelo del bolsillo. —Tengo algo para ti —dice, con la voz ronca. La tapa de la caja se abre con un suave clic, revelando un diamante con un frío y duro brillo que me recuerda a nuestro hogar. — Le he pedido su bendición a tu padre —continúa. — ¿Te casarías conmigo?

Mi corazón martillea. Un año. Solo un año. Sin embargo, su pregunta no es inesperada ni desagradable. He estado cayendo en este camino desde el momento en que nos conocimos, su oscuro carisma me atrajo, su locura resonó con una parte de mi alma que nunca supe que existía. —Sí —exhalo, la sola palabra simple pero con tanto peso y amor detrás. — Sí, lo haré.

Sonríe y coloca el anillo en mi dedo, que calza a la perfección. Luego se pone de pie y me hace girar. —Buena chica —ronronea.

—Te amo —susurro mientras aprieta los brazos alrededor de mí. Estas tres palabras nunca me habían salido tan fácilmente, pero fluyen de forma natural con Maddox.

Quiero ser su buena chica por el resto de mi vida. Nuestra vida es tan diferente a la que me planearon. La vida que pensé que nunca rompería, pero no cambiaría nada. Es todo lo que nunca supe que necesitaba. Y Maddox es mi oscuro caballero con armadura brillante que me salvó de un mundo de aburrimiento y luz cuando todo lo que necesitaba era la oscuridad.

SOBRA DEL AUTORA

—Siempre me han atraído las historias oscuras. Mis relatos son una exploración de esa oscuridad, llenos de misteriosos hombres enmascarados, heroínas intrépidas y escenas ardientes que prenderán fuego a tus Kindles.

—Desde que tengo memoria, me ha fascinado el lado más oscuro del romance. Debo aclarar que no apruebo este tipo de relaciones en la vida real. Sin embargo, me encanta escribir sobre la intoxicante persecución, el baile mortal, el miedo que acelera el corazón y la irresistible atracción.

—Publico exclusivamente en Amazon, ofreciendo un escape emocionante para aquellos que se atreven a adentrarse en el lado oscuro del amor y el deseo. Si has leído mi libro y quieres más, sígueme en Amazon o en las redes sociales para enterarte de mis próximos lanzamientos de novelas oscuras. Tu aventura está a solo un click de distancia.

